

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



Crónica de la
beatificación

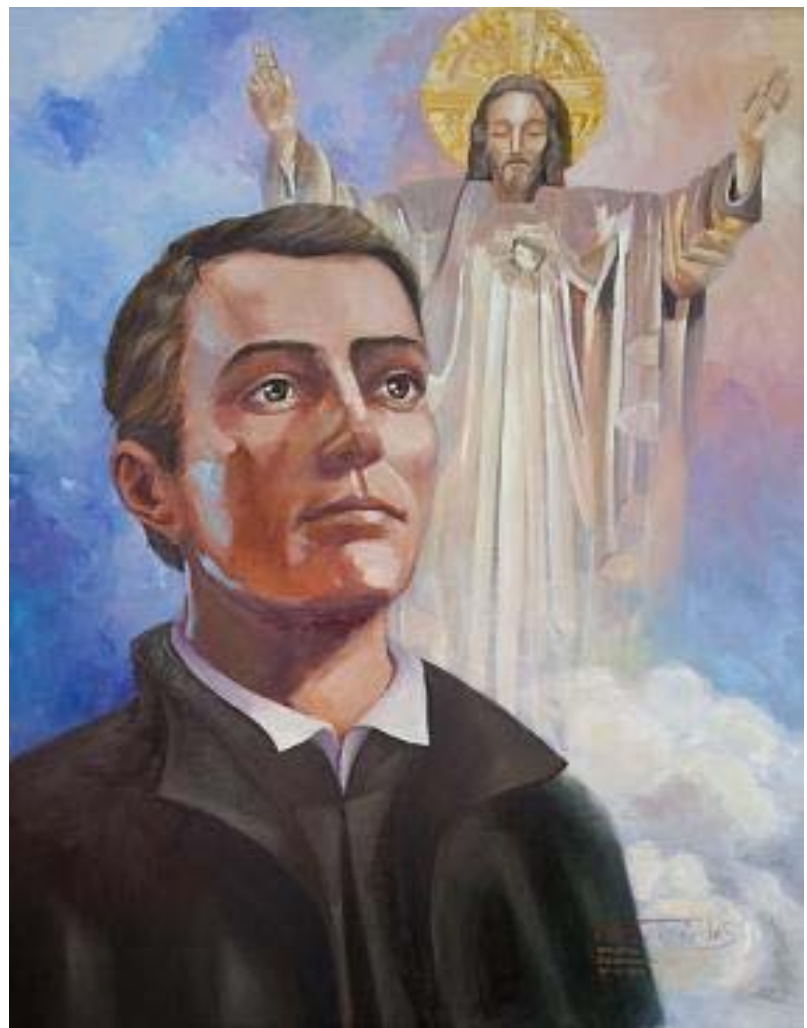
Actualidad
psicológica
del culto al
Sagrado Corazón
de Jesús

San José Oriol:
fidelidad y
carismas

Katyn: el dolor
y la esperanza

La Pascua,
esperanza
mesiánica

BEATO BERNARDO DE HOYOS



Porque, ¿qué cosa puede presentárenos más digna de nuestra devoción amante que el Corazón amantísimo de Jesús? ¿Qué cosa más dulce, más tierna, y más amable? En este sacratísimo Corazón están escritos, digámoslo así, o impresos, los infinitos beneficios que Jesús ha hecho a los hombres.

Año LXVII- Núm. 945
Abril 2010

BEATO BERNARDO DE HOYOS: *Tesoro escondido*

Sumario

Homilía de monseñor Angelo Amato en la misa de beatificación del venerable Bernardo de Hoyos	3
Comunicado de monseñor Renzo Fratini, nuncio de Su Santidad en España, con motivo de la beatificación de Bernardo de Hoyos	5
El Corazón de Jesús nos confirma que no se ha olvidado de su Gran Promesa. Crónica de la beatificación José-Javier Echave-Sustaeta	6
Carta del administrador diocesano de Valladolid con motivo de la beatificación de Bernardo de Hoyos	8
La lectura de la Palabra de Dios desde el Corazón de Cristo Ignacio Manresa	12
Actualidad psicológica del culto al Sagrado Corazón de Jesús Mercedes Palet Fritschi	16
El padre Agustín de Cardaveraz, místico del siglo XVIII (II) Ignacio M ^a Azcoaga Bengoechea	24
El padre Francisco Javier de Hoyos: «Reinaré en España» Francisco Canals Vidal (†)	28
San José Oriol (1650-1702). Fidelidad y carismas en su labor sacerdotal. Guillermo Pons Pons	31
Katyn 1940-2010: el dolor y la esperanza Marcin Kazmierczak	35
La Pascua, esperanza mesiánica Javier de Aralar	37
Contemplando la vida de Cristo. Después de la primera Pascua Ramón Gelpí	38
Pequeñas lecciones de historia Gerardo Manresa	41
Actualidad religiosa Javier González Fernández	42
Hemos leído Aldobrando Vals	44

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

EN la mañana del pasado 18 de abril, en Valladolid, ante veinte mil enfervorizados fieles, entre los que se hallaba una numerosa representación de Schola Cordis Iesu, y muchísimos jóvenes, monseñor Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, leía el decreto de Su Santidad Benedicto XVI: «Acogiendo el deseo de nuestro hermano Ricardo Blázquez y de muchos hermanos en el episcopado y fieles, y después de haber consultado a la Congregación para las Causas de los Santos, concedemos que el venerable siervo de Dios, religioso, miembro de la Compañía de Jesús, testigo humilde del amor de Cristo y apóstol en la devoción del Corazón de Jesús, sea llamado beato y que su fiesta se puede así celebrar el 29 de noviembre, día de su nacimiento para el cielo». Un atronador aplauso entre ondear de estandartes y banderas, algunas con la promesa de su «Reinaré», siguió a estas autorizadas palabras del representante del Corazón de Jesús en la tierra, mientras el coro entonaba el «*Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*».

Francisco Javier de Hoyos, el joven jesuita, muerto a los 24 años, entraba así a formar parte del ingente número de siervos de Dios dignos de culto. En su vida había practicado las virtudes cristianas en grado heroico. Pero también fue el depositario de singulares carismas que tanto fruto han dado, dan y darán a la Iglesia, especialmente a la que peregrina en España. De él se sirvió el Corazón de Cristo para dar a conocer entre nosotros su mensaje de Amor misericordioso, el mensaje que sesenta años antes había escuchado en Paray-le-Monial santa Margarita María de Alacoque; él fue el depositario de aquellas singulares palabras: «Reinaré en España y con más veneración que en otras partes». Mensaje de promesa doble que pide a los españoles aquella veneración de la que nos dieron ejemplo generaciones anteriores.

El doctor Francisco Canals escribió en 1996, en un artículo que reproducimos, unas palabras sugerentes sobre aquel mensaje: «Es aleccionador y estimulante advertir la plena conciencia que tenían aquellos primeros apóstoles del Corazón de Jesús en España de que estaban iniciando una obra que por designio divino tenía que fructificar definitiva y universalmente en España y en el mundo. La certeza de que serían vencidas todas las dificultades que el mismo Señor les había anunciado, es también para nosotros un renovado mensaje. El reinado del Corazón de Jesús en España, prometido en 1733, se habrá ido cumpliendo no tanto en la pública consagración oficial al Sagrado Corazón, sino también y muy especialmente en la semilla fecunda de los mártires de la gran persecución de los años 1936-1939, que fructificará sin duda en el futuro».

Hemos dedicado dos números a honrar la memoria del beato Bernardo de Hoyos porque en él vemos una figura tremendamente actual, que nos guía hasta Cristo, hasta el Corazón amoroso de Cristo. La fiesta de su beatificación, cerca del santuario de la Gran Promesa, se habrá celebrado también en el cielo.

Una alegría para la Iglesia católica y un honor para España

Homilía de monseñor Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, en la misa de beatificación del venerable Bernardo de Hoyos

1. Queridos hermanos. La beatificación del siervo de Dios Bernardo Francisco de Hoyos (1711-1735), de la Compañía de Jesús, supone una gran alegría para la Iglesia católica y, al mismo tiempo, un honor para España, tierra noble de santos y de mártires. Aunque es verdad que su breve existencia terrena aconteció hace ya tres siglos, su fama de santidad ha sobrevivido los años difíciles de la supresión de la Compañía en 1773 y permanece todavía muy viva en España, en América Latina y lógicamente aquí, en Valladolid, al igual que en su pueblo natal. Son, además, muy numerosas las gracias obtenidas por su intercesión.

Si bien era pequeño de estatura y de delicada apariencia, el padre Hoyos es un gran testigo de la perfección cristiana, vivida con serenidad y ternura, pero con solidez y sin connotaciones pueriles. Fue un enamorado del Corazón de Jesús, cuya devoción predicó y propagó con todas las fuerzas de su amor y de su celo apostólico.

Ya desde el noviciado, cuando todavía tenía 15 años, recibió gracias espirituales extraordinarias que se intensificaron en los últimos años de su corta vida. Siendo joven estudiante de teología, el Señor le continuó enriqueciendo con visiones místicas especiales que le llevaron a difundir en España el culto público al Sagrado Corazón de Jesús. Pero Bernardo destacaba también por sus cualidades humanas poco comunes. De hecho, estaba dotado de una notable inteligencia, como lo demuestra el brillante resultado obtenido en la solemne disputa académica que tuvo lugar al final de sus estudios de filosofía.

Su originalidad espiritual consiste en la capacidad de acoger, en armonía con la mística ignaciana, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, según la impronta trazada por santa Margarita María de Alacoque.

Fue el primero, de hecho, en considerar la importancia de esta devoción como un instrumento de santificación personal y de eficaz apostolado. La devoción al Sagrado Corazón no consiste en otra cosa sino en el culto al amor redentor de nuestro Salvador, cuya enseñanza se puede resumir en el único mandamiento del amor a Dios y al prójimo.

2. Con razón se le puede aplicar a nuestro Beato el íntimo diálogo entre Cristo Resucitado y san Pedro, que hemos leído en el Evangelio de hoy (Jn 21,15-17). Por tres veces Jesús dirige a Pedro la pregunta: «*Simón, hijo de Juan, ¿me quieres más que éstos?*». Y por tres veces, Pedro le responde: «*Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero*».

El beato Bernardo fue sometido al examen del amor durante toda su vida, pero sobre todo en los últimos tiempos, cuando ya era sacerdote. Fiel miembro de la Compañía de Jesús, amaba a Cristo, su Señor, y sentía que era su bendito corazón el manantial de toda caridad. El Sagrado Corazón fue su verdadera escuela. Como el apóstol Juan, él reclinó su cabeza en el Corazón de Jesús, para contar al mundo la riqueza de este amor infinito.

Su entusiasmo por la devoción al Corazón de Jesús no se basaba en un sentimentalismo superficial, sino en una auténtica vivencia de caridad. La espiritualidad del Corazón de Jesús fue para él fuente de una cuádruple experiencia.

Fue primero y ante todo experiencia de transfiguración. Al poner su corazón junto al Corazón de Jesús, se convierte en un apóstol inflamado de caridad. En el fuego, la leña se quema y da calor. En el Corazón de Jesús su corazón se quemaba de amor. Podía así repetir con san Pablo: «*Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*» (Gal 2,20).

Además, segundo, la espiritualidad del Sagrado Corazón significó para él una experiencia de aceptación interior del sacrificio. El Corazón de Jesús es un corazón ensangrentado, traspasado y herido por los pecados y la traición de sus amigos y hermanos. Al beato Bernardo no le fue ahorrada la prueba dolorosa de la noche oscura y del gran abandono, que duró del 14-11-1728 al 17-4-1729.

En tercer lugar, la espiritualidad del Sagrado Corazón fue para nuestro beato una experiencia intensa de oración continua y de diálogo de amor. Escuchar el latido del Corazón de Cristo significa hablar con Jesús y así alcanzar la verdad de aquel que es la Verdad en persona.

Finalmente, la espiritualidad del Sagrado Corazón supuso para el beato Bernardo de Hoyos una

experiencia de santificación. Él buscó en el Corazón de Cristo el alimento para su fe, la ayuda para su fidelidad sacerdotal, la creatividad para su apostolado y la alegría de su vida de gracia.

A él se le puede perfectamente aplicar el deseo del apóstol Pablo: «*Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender, junto con todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que supera todo conocimiento. Así os llenaréis del todo de la plenitud de Dios*». (Ef 3,14-19).

3. ¿Qué significado tiene hoy la beatificación del padre Bernardo Francisco de Hoyos? La respuesta es múltiple.

A nuestro parecer, tal acontecimiento eclesial es sobre todo un preclaro testimonio de la presencia en la Iglesia de sacerdotes santos. En este año sacerdotal, nuestro beato dice a todos los sacerdotes del mundo una palabra de estímulo para vivir con alegría la sublime misión del anuncio del Evangelio, según el ejemplo de san Ignacio de Loyola, del Santo Cura de Ars, de san Juan Bosco, de san Damián de Veuster, el héroe de los leprosos de Molokai, de san Pío de Pietrelcina.

En segundo lugar, como religioso, exhorta a sus hermanos, y también a todos los consagrados y consagradas del mundo, a vivir una existencia virtuosa, que sólo es posible como fruto de la gracia, que proviene de los sacramentos de la reconciliación y de la Eucaristía. Es posible superar la fragilidad humana y vivir en gracia sólo si permanecemos estrechamente unidos al Corazón de Cristo y a su perdón y misericordia. No hay atajos ni caminos fáciles. Sin la gracia que brota del Sagrado Corazón de Jesús no se puede vivir la santidad.

Por otra parte, Bernardo de Hoyos, muerto cuando apenas contaba veinticuatro años, pocos meses después de haber sido ordenado sacerdote, es una

invitación a los jóvenes cristianos a permanecer firmes en sus buenos propósitos y es también un empuje para aquellos jóvenes que sienten que el Señor les llama a dar una respuesta generosa y definitiva.

A todos los fieles, además, el beato Bernardo nos ofrece un extraordinario mensaje de bondad y caridad. Él es un rayo del rostro Pascual del Cristo Resucitado. Él nos invita a confiar en el Corazón de Jesús, para obtener en ese copioso manantial el amor que debe animar nuestra vida de familia, nuestra vida social y nuestro trabajo.

Por último, el beato Bernardo recuerda que todos los bautizados estamos llamados a la santidad. La vocación de los discípulos, de hecho, es la santidad. «*Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*». (Mt 5,48). Nuestro Beato nos exhorta a vivir «*como conviene a los santos*» (Ef 5,3). La santidad no debe ser exclusiva de los sacerdotes ni de los consagrados. Todos los cristianos estamos llamados a la plenitud del amor. La santidad de los laicos es hoy más necesaria que nunca para promover un estilo de vida más humano y para introducir en la sociedad terrena aquellas virtudes evangélicas que favorecen el bien y la verdad.

4. «*Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él*» (1Jn 4,16). Como en el beato Bernardo, también Dios ha derramado en nosotros su amor por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rm 5,5). Ayudados por su ejemplo e intercesión, hagamos crecer la caridad en nuestro corazón, como una buena semilla que da frutos buenos.

Para finalizar, queremos expresar nuestra gratitud al Santo Padre por el precioso regalo de esta Beatificación. El Papa ama mucho a España y a todos los españoles y reza para que vuestro pueblo continúe dando testigos ejemplares del Evangelio de Jesús, como el beato Bernardo de Hoyos. Amén.

(Viene de la página siguiente)

amor de manera que nuestra vida quede cada vez más modelada por Él... la experiencia del amor surgida del culto del costado traspasado del Redentor nos tutela ante el riesgo de replegarnos en nosotros mismos y nos hace más disponibles a una vida para los demás».

Hago un llamamiento en particular a los jóvenes. El P. Hoyos es un precioso testimonio de los que ellos más codician. Sí, existe un amor que es capaz de llenar completamente el corazón y de empeñarlo en una gran tarea cargada de ilusión, portadora de

luz y esperanza a los hombres con la entrega de la propia vida. Ese amor es Cristo Jesús. Este joven jesuita nos enseña cómo vivir la amistad con Jesús dándole el primer lugar en la vida.

Al felicitar a la Iglesia que peregrina en España, y en particular a la archidiócesis de Valladolid y a la Compañía de Jesús, expreso mis mejores deseos de que esta beatificación sea ocasión de renovar la apertura de nuestra voluntad a la de Dios para que «su Nombre sea santificado así en la tierra como en el cielo».

«En lo profundo del mensaje de la vida del nuevo beato percibimos la urgencia de una tarea que realizar y para la que Dios cuenta con nosotros»

Comunicado de monseñor Renzo Fratini, nuncio de Su Santidad en España, con motivo de la beatificación de Bernardo de Hoyos

EN estos primeros meses en que inicio la tarea que el Santo Padre me ha confiado al servicio de la Iglesia que peregrina en España, es para mi ocasión de gran estímulo y esperanza la concurrencia de varias beatificaciones de hijos de esta querida nación. Veo en ello significada la poderosa acción del Espíritu Santo que actúa diversamente en cada caso enriqueciendo a la Iglesia universal, lo cual no puede sino revertir en bien de nuestras comunidades eclesiales.

El P. Bernardo Francisco de Hoyos es una estrella fugaz, un jovencísimo sacerdote jesuita, de 24 años, que cumplió en poco tiempo la preciosa misión que Jesús le confió: mover los corazones al culto de su Sagrado Corazón, cuya «esencia, consiste en corresponder al infinito amor con que nos ama; y en reparar sus ofensas con cuantos obsequios puede inventar la piedad cristiana».

El P. Hoyos vio el sentido de su vida desde aquellas palabras del salmo «¿Con qué pagaré el bien que me ha hecho?» (Sal 115). Su vida la considera una deuda de agradecimiento, una correspondencia al encendido amor del Verbo hecho carne que nos da todo bien entregando su vida por nosotros en la Cruz. Esa correspondencia la vive en la contemplación del sufrimiento del Corazón «traspasado por nuestras rebeliones» (Is 53, 5), en el espíritu de servicio y en el ejercicio de la humildad como nos dice su primer biógrafo: «se ejercitaba en los oficios humildes y en cuanto podía hacerle semejante al humilde Corazón de su amado Jesús, que estaba muy en lo más íntimo de su corazón».

De ahí nacía en el P. Hoyos el ímpetu del celo apostólico. Buscar el Reino de Cristo en la vida, en la sociedad humana, emprendiendo empresas vivificadas por el amor de Cristo, amigo de los hombres, que busca la amistad de las personas, dándonos la capacidad de contribuir en la obra de la creación con la bondad que sólo Él puede derramar en nuestros corazones mediante el don de su Espíritu Santo.

En el culto al Corazón del Redentor nos vemos amados con un corazón de carne, exactamente como

el nuestro menos en el pecado (Cf. Heb 4, 15). Es muy curioso comprobar que, precisamente cuando el hombre en los últimos siglos siente la tentación de experimentar su libertad como un derecho subjetivo, sin referencias a la razón, a la objetividad de su naturaleza, se producen entonces como efecto las ideas bien de un Dios lejano que nos ha dejado a nuestra suerte sin intervenir en nuestra vida; o bien de un Dios a mi semejanza, donde proyecto lo que yo soy o me gusta, así como también una religión a la carta, donde mi compromiso lo mide lo que cada uno está dispuesto a aceptar según su particular criterio.

Es en este contexto donde la devoción al Corazón de Jesús aparece como un camino que nos conduce a lo auténtico, a sanear nuestra relación con Dios y con nuestros hermanos, a recuperar realmente el ámbito de la libertad que sólo se fortalece en la relación con Cristo. Como nos dicen los últimos pontífices, es en esa relación donde somos capaces de descubrir el fin y el sentido de nuestra vida, «a permanecer alejados de ciertas perversiones del corazón y a unir el amor filial a Dios con el amor al prójimo».

El conocimiento que el hombre encuentra en la fe le pone ante la realidad de ser amado por Dios. Este misterio, siendo inabarcable, le adviene como algo que le permite crecer, y le hace capaz de lo más grande, de entregarse totalmente sin esperar nada a cambio.

En lo profundo del mensaje de la vida del nuevo beato Bernardo Francisco de Hoyos percibimos la urgencia de una tarea que realizar y para la que Dios cuenta con nosotros. Esa tarea es un oficio de amor que tiene su fuente en el misterio de Cristo que transforma nuestra propia vida. Como enseña el Santo Padre Benedicto XVI al hablar del culto al Corazón de Jesús con ocasión del quincuagésimo aniversario de la encíclica *Haurietis aquas*: «cuando practicamos este culto no sólo reconocemos con gratitud el amor de Dios, sino que seguimos abriéndonos a este

(Acaba en la página anterior.)

El Corazón de Jesús nos confirma que no se ha olvidado de su Gran Promesa

Crónica de la beatificación del padre Bernardo de Hoyos

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

LA mayoría de los españoles del siglo XXI, tras décadas de forzado silencio, nos habíamos casi olvidado de la Gran Promesa que el Corazón de Jesús nos hizo hace tres siglos. Inesperadamente, su recuerdo lo han despertado hechos recientes que confirman que Él, autor y protagonista de cumplirla, no se ha olvidado de lo prometido, y nos lo quiere recordar, pues sus promesas de misericordia son irreversibles, por más que sus destinatarios, pasemos largos años sin acordarnos de ellas.

El papa Pío XII había escrito: «Los nombres providencialmente reunidos en haz fraternal, de Bernardo de Hoyos, Agustín de Cardaveraz, Juan de Loyola y Pedro de Calatayud, dicen más que un volumen de historia. Con ellos estalló un incendio hasta entonces latente.» El fuego de este incendio pareció a muchos casi extinguido y retornado a su rescoldo latente, pero hechos recientes les desmienten.

En 2005 las reliquias de santa Margarita María recorrieron toda España, reavivando la tradicional devoción al Corazón de Jesús en extraordinaria corriente de gracia. En 2007 el espléndido Congreso internacional de Barcelona sobre el Corazón de Jesús, mostraba la actualidad y vigencia de su devoción. El pasado 2009 nos alentaba rememorando el 90º aniversario de la Consagración nacional a su Corazón y de la erección del monumento que desde 1919 nos viene haciendo presente su Gran Promesa de que reinará en España. Entre otros, eran éstos hitos preparatorios con que la amorosa Providencia de Dios conduce sus designios hacia su cumplimiento, tantas veces por caminos insospechados.

Viéndonos hoy el Corazón de Jesús a los españoles tan desalentados, y a tantos de sus dirigentes sin otra esperanza que la de buscar el consenso y el mal menor de la colaboración con quienes se han propuesto descristianizar nuestra Patria, tiene nuevamente misericordia de nosotros, y para despertar nuestra decaída esperanza, nos agracia con una de sus admirables sorpresas: el gran acontecimiento de la elevación a los altares de su apóstol y mensajero de su Gran Promesa, Bernardo Francisco Javier de Hoyos.

«Me mostró su Corazón. Bernardo de Hoyos, testigo de una promesa para nuestro mundo»

COMO preparación del acontecimiento, la semana precedente tuvo lugar en la Facultad de Derecho de la Universidad vallisoletana el Congreso del Corazón de Jesús bajo el lema: «Me mostró su Corazón. Bernardo de Hoyos, testigo de una promesa para nuestro mundo». De entre las ponencias del fin de semana a que pudimos asistir, destacamos la de la doctora Mercedes Palet de Fritschi, miembro de Schola Cordis Iesu, sobre «La actualidad psicológica del culto al Sagrado Corazón de Jesús», que se publica, resumida, en estas mismas páginas, así como la impactante exposición a cargo de Alicia Beauvisage, y del padre Eduardo Marot, ex rector del santuario de Paray-le-Monial, responsables de los viajes de las reliquias de santa Margarita María alrededor del mundo, que expusieron sus experiencias de cómo el mensaje del Corazón de Jesús es aceptado, comprendido y correspondido, sin la menor dificultad, por toda clase de personas, pueblos y razas. Seguidamente, el padre Máximo Pérez, S.J., presentó una precisa síntesis biográfica del padre Hoyos. La clausura estuvo a cargo de monseñor Ángel Amato, con la ponencia titulada: «“Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien se lo quiera dar a conocer”. El Corazón de Cristo y su amor redentor».

Vigilia Juvenil de adoración en el templo de la Gran Promesa

EN la noche de la víspera de la beatificación, monseñor Francisco Cerro, obispo de Coria-Cáceres, presidió la vigilia juvenil de adoración en el Templo de la Gran Promesa, abarrotado de jóvenes, en que tras la proyección de un inspirado vídeo del nuevo Beato, glosó sus palabras al Corazón de Jesús, momentos antes de recibir la Gran Promesa: «*Este es mi descanso para siempre, moraré en él, porque lo he elegido*». Numerosos jóvenes se sucedieron en turnos de adoración hasta el

rezo de Laudes al amanecer. Los periódicos de Valladolid destacaban que el grupo de peregrinos más numeroso era el procedente de Barcelona, pues decían que, no en vano, el Corazón de Jesús posee también en el Tibidabo otro de sus luminosos focos de devoción.

El acto de beatificación en Valladolid, actualización y anticipo de la promesa de su reinado

HACE 62 años, el 22 de mayo de 1948, en la conmemoración del 25 aniversario de la consagración de la ciudad de Valladolid al Corazón de Jesús y la entronización de la imagen del Corazón de Jesús sobre la torre de su catedral metropolitana, el entonces arzobispo monseñor Antonio García recibía del Vaticano el siguiente telegrama: «*Excmo. y Rvdmo. Señor, el Santo Padre [Pío XII] pide al Corazón Divino de Jesús, que en la capital de esa Archidiócesis tiene un foco de luz y de amor.... que se realice en ella, antes que en otras partes, la promesa de su reinado*». J. B. Montini, Substituto. Secretaría de Estado. El firmante sería luego papa Paulo VI.

En la mañana de este tercer domingo de Pascua, 18 de abril de 2010, los devotos del Sagrado Corazón, con ojos providencialistas, hemos podido contemplar el gran acontecimiento de la beatificación de su apóstol Bernardo, como el principio del cumplimiento de aquella petición del entonces Vicario de Cristo, y como confirmación de la plena vigencia de los designios del Corazón de Jesús de reinar en España que impulsaron al hoy silenciado gran arzobispo Remigio Gandásegui a consagrarle su diócesis y a erigirle su santuario de la Gran Promesa.

La lluvia había venido cayendo sobre la ciudad hasta la noche de víspera, pero, pese a las amenazas de los metereólogos, sabíamos que el nuevo beato mandaría al hermano sol se sumara a la celebración luciendo sus luces durante las dos horas que iba a durar la ceremonia, como así fue. La plaza de Colón, donde se hallaba instalado el presbiterio, y la amplia avenida de Acera de Recoletos, estaban repletas de una multitud de más de veinte mil fieles. En representación del Papa, el legado pontificio monseñor Angelo Amato presidió la Eucaristía. Con él se hallaban el nuncio apostólico en España, el prepósito general de la Compañía de Jesús, el vicepostulador de la Causa padre Postigo, S.J., y entre otros, el arzobispo de Toledo monseñor Braulio Rodríguez, el presidente de la Conferencia Episcopal Española monseñor Antonio María Rouco, numero-

sos obispos y representantes de congregaciones religiosas con el carisma del Corazón de Jesús, y en las primeras filas, diversas autoridades civiles y medio millar de sacerdotes.

Monseñor Amato iniciaba la celebración diciendo: «El padre Hoyos es un rayo del rostro pascual del Cristo resucitado, que nos invita a confiar en el Corazón de Jesús, para obtener en ese copioso manantial el amor que debe animar nuestra vida de familia, nuestra vida social y nuestro trabajo».

Seguidamente, monseñor Ricardo Blázquez, arzobispo de Valladolid desde hacía apenas unas horas, tras leer una breve reseña biográfica del padre Hoyos, se dirigió al legado pontificio: «Excelencia, humildemente hemos pedido a Su Santidad Benedicto XVI que se digne inscribir en el número de los beatos al venerable siervo de Dios Bernardo Francisco de Hoyos». En respuesta, el prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos dio lectura a la carta apostólica de Benedicto XVI:

«Acogiendo el deseo de nuestro hermano Ricardo Blázquez y de muchos hermanos en el episcopado y fieles, y después de haber consultado a la Congregación para las Causas de los Santos, concedemos que el venerable siervo de Dios, religioso, miembro de la Compañía de Jesús, testigo humilde del amor de Cristo y apóstol en la devoción del Corazón de Jesús, sea llamado beato y que su fiesta se puede así celebrar el 29 de noviembre, día de su nacimiento para el cielo».

Un atronador aplauso entre ondear de estandartes y banderas, algunas con la promesa de su «Reinaré», siguió a estas autorizadas palabras del representante del Corazón de Jesús en la tierra, mientras el coro entonaba vibrante el «*Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*».

Tras el rito de beatificación y finalizada la Eucaristía, el arzobispo de Valladolid pidió la intercesión del nuevo Beato en nuestra actual situación sociocultural «*en la que se desatiende a Dios, e incluso se le declara indiferente a la vida humana*». Como conclusión sonó por los altavoces el canto por distintos coros diocesanos del tradicional himno del padre Hoyos, que en sus estrofas, que reproducimos en contraportada, resume espléndidamente el providencial designio del acto que acabábamos de celebrar. Al día siguiente, el presidente de la Conferencia Episcopal Española, glosando el magnífico acto de la víspera, invitaba a sus miembros a comenzar la sesión con el canto del Oficio al Corazón de Jesús: *Cor Iesu Sacratissimum, adveniat Regnum tuum...* El beato Hoyos les inspiraba.

El padre Bernardo de Hoyos nos guía hasta el Corazón amoroso de Cristo

Reproducimos a continuación la carta que el administrador diocesano de Valladolid, don Félix López Zarzuelo, envió a los feligreses de la diócesis, el 7 de marzo de 2010, con motivo de la anunciada beatificación del venerable Bernardo de Hoyos.

Queridos hermanos: En la espera de un nuevo arzobispo para nuestra archidiócesis de Valladolid, me dirijo a todos vosotros, queridos diocesanos, ante la pronta beatificación de nuestro paisano, el sacerdote jesuita padre Bernardo Francisco de Hoyos.

Se trata de un gozoso acontecimiento eclesial y de una responsabilidad histórica para nuestra Archidiócesis, que espera de nosotros una respuesta generosa y agradecida. Damos gracias a Dios Padre por la vida del padre Hoyos, por su testimonio de santidad y por su misión en el anuncio y difusión del amor de Dios, manifestado en el Corazón de Cristo. Nuestra presencia y participación en la próxima beatificación será también un hermoso signo de comunión eclesial en este momento de gracia

Me permito recordaros unas breves ideas sobre la vida y la misión del Siervo de Dios, que nos sirvan de preparación para el gran acontecimiento de su beatificación.

1. ¿QUIÉN ES EL PADRE BERNARDO F. DE HOYOS?

La vida de Bernardo Francisco de Hoyos está vinculada especialmente a personas y lugares de Valladolid.

Nacido en Torrelobatón

Bernardo Francisco de Hoyos y Señá nace el 21-8-1711 en Torrelobatón, y es bautizado en la parroquia de su localidad natal el 5 de septiembre. Vive los primeros años de su vida en familia, en la que es educado por su madre en una profunda piedad cristiana. A los 9 años es confirmado, el 23-5-1720, por el obispo palentino Francisco de Ochoa; y con apenas 10 años se traslada a casa de una tía suya en Medina del Campo, para estudiar en el colegio de San Pedro y San Pablo de dicha localidad.

Estudios en Villagarcía de Campos

Prosigue sus estudios (1721-1726) en el colegio jesuítico de Villagarcía de Campos e ingresa en el

noviciado de la Compañía de Jesús el 11-7-1726, cuando iba a cumplir 15 años. Son años de una verdadera iniciación a la vida espiritual, caracterizada por el cuidado de la comunión eucarística, la práctica de la penitencia, la lectura de libros espirituales, la visita a enfermos del pueblo y la ayuda a los pobres. Conoce la vida de los santos jóvenes jesuitas san Luis Gonzaga, san Estanislao de Kostka, pero se identifica, sobre todo, con san Juan Berchmans, que será desde entonces su modelo a seguir.

Estancia en Medina del Campo

Al finalizar el tiempo de noviciado, en octubre de 1728, comienza el trienio de estudios de filosofía en el colegio de San Pedro y San Pablo de Medina del Campo. En este tiempo destaca por su inteligencia y aplicación al estudio; tanto que en junio de 1731, con menos de 20 años, defiende públicamente las tesis de filosofía en acto académico solemne por designación de sus profesores. Son años también de purificación interior. Personalmente lucha para combatir la vanidad en los detalles de la vida diaria del estudiante. No le falta sufrimiento por ciertos problemas familiares, experimenta la desconfianza de sus superiores, afronta la tentación de la tristeza y hasta la desconfianza en Dios. El año 1726 fue particularmente de prueba para él. Fruto de esta experiencia de purificación interior escribe el tratado titulado *Ímpetus del amor divino*, en el que descubre los sufrimientos como gracias espirituales que ayudan a madurar el espíritu.

Últimos años en Valladolid

En 1731 ingresa en el colegio de San Ambrosio de Valladolid, a los 20 años, y comienza el cuatrienio de estudios teológicos. En sus cinco años como jesuita había vivido ya un itinerario espiritual fascinante.

Del 3 de mayo al 12 de junio de este año comienza un tiempo de revelaciones del mismo Cristo, que le muestra el misterio de su amor misericordioso en

*Casa natal del beato Bernardo de Hoyos,
en Torrelobatón.*



el símbolo de su propio Corazón. Es el tiempo de su consagración personal al Corazón de Jesús y el inicio de la propagación de su culto en España.

En 1734 despliega una intensa actividad para propagar el culto al Sagrado Corazón de Jesús. Al finalizar el año, en su cuarto curso de teología, recibe las órdenes del subdiaconado (18-12-1734), del diaconado (31-12-1734) y el 2-1-1735 es ordenado presbítero por el obispo de Valladolid en el actual palacio de Fabio Nelli, entonces residencia episcopal. Celebra su primera misa el 6-1-1735 en la capilla del colegio de San Ignacio de Valladolid, actual parroquia de San Miguel.

Siendo ya sacerdote, organizó la primera novena pública en honor del Corazón de Jesús en España en junio de 1735 en la capilla de las Congregaciones de la iglesia de San Ambrosio de Valladolid. Mandó hacer un cuadro del Corazón de Jesús que estuvo expuesto durante la novena, con gran afluencia de público.

En septiembre de este año se traslada al colegio de San Ignacio para realizar la última etapa de su formación, un año dedicado más intensamente a la vida espiritual (Tercera Probación). A los dos meses y medio siente los primeros síntomas del tifus y muere el 29-11-1735, a los 24 años de edad. Fue enterrado en la actual parroquia de San Miguel, donde su tumba era muy visitada por los fieles.

En 1767 el rey Carlos III expulsa a los jesuitas de España y el templo está cerrado siete años. Posteriormente se habilita para parroquia, y al limpiar las tumbas, para poder enterrar a los parroquianos, desaparece la memoria de las reliquias del futuro Beato.

2. ¿QUÉ ES LA GRAN PROMESA?

La espiritualidad del Corazón de Jesús hunde sus raíces en el Evangelio, y, a través de los santos Padres y escritores místicos medievales, llega a la Edad Moderna. Era privilegio de algunas almas selectas, pero desconocida por la mayoría del pueblo cristiano.

El Señor elige a una humilde religiosa para lla-

mar la atención a la Iglesia sobre este inestimable tesoro. En 1675, en la ciudad francesa de Paray-le-Monial, Margarita María de Alacoque escucha del mismo Cristo aquellas palabras que, años más tarde, impactarán al padre Hoyos: *«He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha escatimado hasta consumirse y agotarse por ellos, y de la mayor parte no recibe sino ingraticudes y menosprecios... Tú, al menos, ámame».*

Además, el Señor pedía a esta religiosa que se instituyera en la Iglesia una fiesta para honrar su Corazón. Pero... ¿cómo realizar esta tarea? Ese mismo año era destinado a la residencia jesuítica de Paray-le-Monial un joven llamado Claudio la Colombière, que ayudará a santa Margarita a cumplir su cometido. Años más tarde, este hombre estará en Lyon como padre espiritual de los estudiantes jesuitas, entre los que se encontraba Josef Gallifet, que se siente entusiasmado con la devoción al Corazón de Jesús, predicada por el padre Claudio la Colombière.

Con el tiempo, el jesuita Gallifet escribe el primer libro sobre el Corazón de Jesús en latín, sufragado por el rey Felipe V de España. Un ejemplar de ese libro llega a la biblioteca del colegio de San Ambrosio de Valladolid.

La Gran Promesa: «Reinaré en España...»

Un año antes de estudiar teología el padre Hoyos, abandonaba el colegio de San Ambrosio un jesuita llamado Agustín de Cardaveraz que, recién ordenado sacerdote, era destinado al colegio de Bilbao. El año de 1733 le piden que predique la fiesta del Corpus Christi en Bilbao. Se acuerda del libro

del padre Galliffet, donde venían datos sobre la institución de esta fiesta. Escribe al padre Hoyos pidiéndole que lo lea y le envíe un extracto del libro.

La carta llega a Valladolid el 3-5-1733. El padre Hoyos busca el libro y cuando comienza a leerlo descubre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que hasta entonces desconocía. Así lo describe el protagonista a su director espiritual, el padre Loyola: «*Saque de la librería este tomo el domingo (3 de mayo). Yo, que no había oído jamás tal cosa, empecé a leer el origen del culto del Corazón de Jesús, y sentí en mi espíritu un extraordinario movimiento fuerte, suave y nada arrebatado ni impetuoso, con el cual me fui luego al punto delante del Señor Sacramento a ofrecerme a su Corazón, para cooperar cuanto pudiese, a lo menos con oraciones, a la extensión de su culto.*

No pude echar de mí este pensamiento hasta que, adorando la mañana siguiente (4 de mayo) al Señor en la hostia consagrada, me dijo clara y distintamente que quería, por mi medio, extender el culto de su Corazón sacrosanto para comunicar a muchos sus dones...».

Hasta ese momento, la devoción al Corazón de Jesús en España era prácticamente desconocida. El 14-5-1733, fiesta de la Ascensión del Señor, estando con los demás estudiantes en el presbiterio de la capilla, a un lado del altar, ocurre lo siguiente:

«Después de comulgar, tuve la misma visión del Corazón... Diome a entender que no se me daban a gustar las riquezas de este Corazón para mí solo, sino para que por mí las gustasen otros. Y pidiendo esta fiesta (del Corazón de Jesús) en especial para España, en que ni aun memoria parece que hay de ella, me dijo Jesús: “Reinaré en España y con más veneración que en otras partes”».

Bernardo de Hoyos recibe una promesa del mismo Cristo: «*Reinaré en España y con más veneración que en otras partes*». ¿Qué significa esto? Los biógrafos contextualizan el sentido de la Promesa diciendo que el padre Hoyos es el instrumento por cuyo medio Dios quiere dar a conocer a otros las riquezas del Corazón de Cristo y los valores de su Reino.

La Gran Promesa no es un privilegio o favoritismo del Corazón de Jesús a favor del pueblo español. Jesús no hace distinciones de pueblo, raza o nación. La Gran Promesa encomienda al padre Hoyos extender el reinado de Cristo, especialmente en el territorio hispano, que en aquel entonces (1733) comprendía la España actual más Hispanoamérica y Filipinas.

La basílica de la Gran Promesa de Valladolid es el lugar que evoca este encuentro espiritual de la vida del padre Hoyos, y es para nosotros un lugar de gracia para todos los que allí se acercan. La enorme

imagen del Corazón de Jesús, tallada hermosamente por Félix Granda, nos recuerda el amor misericordioso de Jesucristo comunicado al padre Hoyos en la contemplación de su divino Corazón.

Primer apóstol del Corazón de Jesús en España

El padre Bernardo de Hoyos es un místico. Es un joven que tiene experiencia personal de Dios, no con una finalidad individualista o pietista, sino con una clara finalidad evangelizadora «para los demás»: Difundir lo que él ha experimentado. Esta es la tarea de todo discípulo y apóstol de Jesucristo: «*Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos*» (1Jn 1,3).

Bernardo de Hoyos, estudiante de teología con 22 años, sin experiencia en el mundo ni trato de gentes, se siente pequeño («*quedé algo turbado, viendo la improporción del instrumento y no ver medio para ello*»), pero, persuadido de esta encomienda, se entrega a la tarea de extender esta magnífica devoción por toda España. Lo primero que hace es consagrarse él mismo al Corazón de Jesucristo (12-6-1733). Después pergeña un plan de actuación para difundir esta devoción: buscar hombres, sobre todo hermanos jesuitas y religiosas orantes; escribir libros, y a través del P. Loyola escribe *Tesoro escondido* (21-10-1734); ganarse al pueblo, a través de gran cantidad de estampas y novenas del Sagrado Corazón de Jesús; fundar cofradías entre los fieles ayudado por los misioneros populares, que recorrían toda España; interesar a personas influyentes, por ejemplo, a los obispos y a la familia real. Por eso, el P. Hoyos es también un apóstol, un enviado que recibió un encargo de parte del Señor y entregó su vida para cumplirlo. Difundir la devoción del Sagrado Corazón de Jesús significa difundir el amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, a toda la humanidad. Y esta misión encomendada en primer lugar al futuro Beato es también responsabilidad nuestra, de los católicos vallisoletanos, porque aquí aconteció este encuentro y promesa, porque aquí comenzó esta misión «evangélica».

3. ¿POR QUÉ UNA BEATIFICACIÓN?

La beatificación es una declaración hecha por el papa, en la que reconoce que un siervo de Dios vivió una vida de santidad, bien por el ejercicio de las virtudes cristianas en grado heroico, bien por su martirio. Pero, ¿por qué se beatifica ahora a una persona de hace tanto tiempo? Es la pregunta que se hacen algunas personas que consideran al P. Hoyos

una figura poco actual, al conocer la noticia de su beatificación.

Una antigua causa

En 1767, el rey Carlos III expulsa a los jesuitas de España, y la Compañía será suprimida seis años después por el papa Clemente XIV. Hasta que no es restaurada por el papa Pío VII, los jesuitas no tienen la paz necesaria para introducir el proceso de beatificación del P. Bernardo de Hoyos.

El 17-10-1895, unos días antes de ser creado cardenal, D. Antonio María Cascajares, arzobispo de Valladolid, abre el proceso diocesano, que se clausura a finales de siglo, iniciándose entonces el proceso apostólico en la Santa Sede. Al carecer de testigos contemporáneos de los hechos se exige una investigación histórica. La primera guerra mundial y la Guerra Civil Española obstaculizan el seguimiento del proceso. Y es el papa Juan Pablo II quien reconoce las virtudes heroicas del siervo de Dios P. Hoyos, y da comienzo el examen de los milagros.

En 1933, con motivo del III centenario de la Promesa, se erige en templo expiatorio la actual basílica de la Gran Promesa del Corazón de Jesús, aumentando considerablemente el conocimiento de la vida y mensaje del P. Hoyos.

El milagro aprobado por Benedicto XVI en 2009, de entre los muchos presentados, es un hecho ocurrido en Macotera (Salamanca) el 22-4-1936: la curación instantánea y radical de Mercedes Cabezas Terrero, que padecía una tumefacción endoabdominal.

Valladolid, 18 de abril de 2010

El papa Benedicto XVI ha recuperado la antigua tradición de celebrar las beatificaciones en la diócesis donde ha muerto el beato y se ha iniciado el proceso de beatificación, ya que los beatos reciben un culto local; mientras que reserva las canonizaciones para la ciudad de Roma, porque el culto de los santos se propone para toda la Iglesia universal.

Más allá de los aspectos históricos, culturales y hasta económicos de un evento como este para nuestra ciudad, se trata de un verdadero acontecimiento de fe. La ciudad de Valladolid es conocida, entre otras muchas cosas, por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. El santuario es un lugar esencial en la vida y espiritualidad del padre Hoyos y desde donde se propaga esta devoción por toda España, Hispanoamérica y Filipinas.

¡Cuántas congregaciones religiosas, asociaciones católicas, cofradías y organizaciones eclesiales vin-

culadas al Sagrado Corazón de Jesús! ¡Cuántos monumentos al Sagrado Corazón de Jesús esparcidos por ciudades, montes y aldeas! ¡Cuántas imágenes veneradas en iglesias, ermitas y en nuestras propias casas!

Pido a todos, queridos hermanos, que sepamos ponderar la importancia de esta celebración eclesial, que sepamos aprovechar este momento de gracia que nos regala el Señor y participemos en este acto eclesial e histórico, pues en los más de cuatrocientos años de nuestra diócesis nunca se ha celebrado en ella una beatificación.

Al contemplar la vida y la misión del padre Bernardo de Hoyos tenemos que ver en él una figura tremendamente actual, que nos guía hasta Cristo, hasta el Corazón amoroso de Cristo que es el signo o símbolo del amor de Dios. El corazón en la cultura occidental es el centro de la persona. El Corazón de Cristo muestra el centro y núcleo de su ser: el amor misericordioso de Dios para todos, especialmente para los más desfavorecidos, necesitados y débiles.

Pienso, ahora, en ellos, en los más pobres, en los que sufren, en los que no son queridos. Ellos entenderán bien el mensaje del padre Hoyos, porque habla del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús.

Pienso en los jóvenes, que pueden encontrar en el padre Hoyos un modelo de energía y entusiasmo para creer y luchar por nobles ideales.

Pienso en las familias cristianas; que no decaigan en la noble tarea de educar a sus hijos en los valores del evangelio. El fruto de sus esfuerzos madurará en sus hijos, como en el padre Hoyos.

Pienso en los hombres y mujeres consagrados al Señor en la vida religiosa, de los que tanto hemos de aprender todos, por su entrega y disponibilidad al servicio del Reino de Dios. Especialmente quiero recordar a la querida Compañía de Jesús, a sus hijos conocidos, pero también a otros muchos anónimos, que han regado con su fe y amor el campo de la Iglesia universal y nuestra Iglesia diocesana.

Pienso en los seminaristas y novicios que desde esos años fundamentales de su vida han de forjarse en el profundo y verdadero amor de Dios, como el joven Bernardo de Hoyos, para no decaer nunca en la misión futura.

Pienso, finalmente, en vosotros, queridos sacerdotes, que mantenéis vivo el fuego de la fe y del amor de Dios en parroquias, comunidades cristianas y fieles. La Providencia ha querido que la beatificación del padre Hoyos coincida con la celebración del Año Sacerdotal, y hemos de saber valorarlo.

Queridos hermanos, ¡que el pronto beato padre Hoyos nos guíe a todos con su ejemplo e intercesión para experimentar el amor misericordioso que encontró en el Corazón Sagrado del Salvador!

La lectura de la Palabra de Dios desde el Corazón de Cristo*

IGNACIO MANRESA

1. INTRODUCCIÓN: SENTIDO

a. Escritura y Tradición viva

Al igual que Felipe «anunció el Evangelio de Jesús» al ministro de la reina Candace (cf. Hch 8, 27-39) y así le abrió el sentido de aquella Escritura que leía pero no conseguía comprender y le condujo a recibir el bautismo, análogamente el anuncio del misterio del Corazón de Cristo nos abre la comprensión profunda de la Palabra escrita y la capacidad de acogerla para nuestra salvación. Este anuncio lo recibimos en esta ocasión por la vida y escritos del padre Bernardo de Hoyos, apóstol del Corazón de Jesús en España. Él, a su vez, lo recibió principalmente de las revelaciones que el Señor hizo a santa Margarita María en Paray-le-Monial¹.

La Iglesia en su Magisterio también ha tenido esta misma actitud: ilustrada por las revelaciones de Paray-le-Monial privadas ha dirigido su mirada a las fuentes de la revelación, de las cuales vive, para beber abundantemente de ellas.

Estas revelaciones, así como la misma vida de los santos, forman parte de la Tradición viva de la Iglesia, que no aumenta el contenido de la Revelación, pero conducen a la Iglesia a su verdadera interpretación y a su actualización providencial para bien de los hombres (CEC 67). De este modo, el Espíritu sigue hablando a la Esposa, (DV 8; CEC 79). Así, la Iglesia en el contacto con este Espíritu en la Tradición viva de la Iglesia, se hace apta para comprender y acoger la palabra de Dios según el mismo Espíritu con que fue escrita (DV 12).

También nosotros, al emprender esta reflexión, tomamos este punto de vista, convencidos de que es el correcto para leer la Escritura. Situados, pues, en esta Tradición viva del Iglesia, cuyo intérprete es el Magisterio, dirigimos nuestra mirada sobre la Escritura, para poder comprenderla.

*Resumen de la ponencia presentada por nuestro colaborador en el congreso internacional del Corazón de Jesús celebrado en Valladolid del 11 al 17 de abril como pórtico a la beatificación del padre Bernardo de Hoyos, con el título de «Me mostró su Corazón: Bernardo de Hoyos, testigo de una promesa para nuestro mundo».

1. Cf. Juan de Loyola y Bernardo de Hoyos, *Tesoro escondido* (TE), (ed. Postigo, 2009), p. 21.

b. El Corazón de Cristo, «síntesis de la religión cristiana»²

En la enseñanza del Magisterio y de los santos como el padre Hoyos, el Corazón de Cristo es presentado con un contenido concreto que conviene señalar como punto de partida para nuestra exposición:

Corazón de Jesús, se refiere no meramente el órgano corporal del Redentor, sino a éste, como «símbolo» que significa y visibiliza otra cosa. Significa, primeramente, la afectividad del Señor, especialmente su amor sensible, el cual a su vez es signo del amor de su voluntad humana con la que «ama sin cesar al Padre Eterno y a todos los hombres sin excepción» (Pío XII, *Haurietis aquas*, n. 27) hasta dar su vida en redención. A su vez, este amor es signo su amor divino, que con respecto a los hombres, es uno con el del Padre y el del Espíritu Santo. De un modo más sintético, el corazón se constituye en signo del «centro de su personalidad», como totalidad una (Juan Pablo II, 24 de junio de 1984). Digamos, por otra parte, que la palabra «corazón» ha sido tomada por el Magisterio primeramente en su sentido moderno, como afectividad, pero haciéndola entrar en síntesis armónica con el sentido bíblico de esta palabra («interioridad», voluntad, centro de la persona), ajeno a escisiones más propias del hombre caído, que del hombre nuevo restaurado en Jesucristo. Finalmente, añadamos, que al leer la Sagrada Escritura desde esta clave no debemos atender meramente a la palabra «corazón», sino a lo significado por ella en el Magisterio, lo cual puede decirse en la Biblia con otras palabras («entrañas», «pecho», «seno»), y encontrarlo supuesto en muchas acciones del Señor.

Este «Corazón de Jesús» es presentado por la enseñanza del Magisterio como el centro del misterio de Cristo y su veneración como «la más completa profesión de la religión cristiana» (HA 60). Así el amor de Cristo es puesto en el centro de todo el misterio de la redención y de la vida cristiana, y es tomado, por tanto, como clave para comprenderlo y vivirlo.

Por ello, la Sagrada Escritura, fuente de la reve-

2. Para toda esta parte, E. Glotin, *La Biblia del Corazón de Jesús*, Burgos 2009, pp.114-162.

lación, se nos abre como en su lugar privilegiado en el «Corazón de Jesús» (CEC 112).³

Desde estas verdades acerquémonos a leer la Escritura, y descubramos con pequeñas pinceladas la verdad y fecundidad de estas afirmaciones. En primer lugar, viendo de qué modo el Corazón del Señor es el centro de la revelación de la Escritura, y en segundo lugar, haciendo algunas aplicaciones que revelen la fecundidad de este punto de vista.

2. EL CORAZÓN DE JESÚS ES LA LLAVE PARA COMPRENDER Y ACOGER LA PALABRA DE DIOS

a. En el Antiguo Testamento

EL Antiguo Testamento no nos presenta directamente a Jesucristo, ni encontramos tampoco «el corazón» constituido en símbolo del amor de Dios. Sin embargo, podemos descubrir las realidades que este símbolo significa, y que preparan la revelación del Corazón de Jesucristo.

El centro del Antiguo Testamento es la *Alianza*. Dios, para la salvación de los hombres, creados en bondad, pero heridos por el pecado, busca y elige un pueblo (Israel) y arrancándolo de la esclavitud sella con él un pacto. En esta alianza aparece con toda su fuerza la grandeza y la exigencia de justicia hacia Dios como el Señor, y correlativamente el temor o respeto debido hacia él. Sin embargo, en la entraña de la alianza se revela un amor de Dios hacia aquel pueblo: «Por amor a vosotros y para guardar el juramento hecho a vuestros padres el Señor os ha hecho salir con mano fuerte y os ha liberado de la casa de esclavitud» (Dt 7, 8), que pide al mismo tiempo una respuesta de amor: «Escucha, Israel... amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas» (Dt 6, 4-6)

Esta Alianza será imposible por la infidelidad del pueblo. Sólo el amor de Dios que se hace *misericor-*

3. Este texto del CEC, a pesar del intercambio complejo que hace entre Sagrada Escritura y Corazón de Cristo, deja a entender con suficiente claridad que la mirada hacia el Corazón de Cristo, que se intuye tras el costado abierto, es la que abre el significado de la Escritura:

112 1. Prestar una gran atención «al contenido y a la unidad de toda la Escritura». En efecto, por muy diferentes que sean los libros que la componen, la Escritura es una en razón de la unidad del designio de Dios, del que Cristo Jesús es el centro y el corazón, abierto desde su Pascua (cf. Lc 24,25-27. 44-46).

El corazón (cf. Sal 22,15) de Cristo designa la Sagrada Escritura que hace conocer el corazón de Cristo. Este corazón estaba cerrado antes de la Pasión porque la Escritura era oscura. Pero la Escritura fue abierta después de la Pasión, porque los que en adelante tienen inteligencia de ella consideran y disciernen de qué manera deben ser interpretadas las profecías (S. Tomás de A. *Expos. in Ps 21,11*).

dia viene a sacar adelante este proyecto. Una misericordia que es intentada y anunciada, como nueva alianza (Jer 31, 3.31-33). Una *misericordia* que va a abarcar también a los paganos (*goïm*), así a todos judíos y paganos, tal como más tarde dirá san Pablo: «Dios ha encerrado a todos los hombres en la desobediencia para tener misericordia de todos» en Cristo muerto y resucitado (Rm 11,32).

Para manifestar este amor entrañable de Dios hacia nosotros, el Antiguo Testamento, por boca de los profetas especialmente, desarrolla una serie de imágenes que nos preparan el símbolo encarnado del Corazón de Jesús: Amor paterno (Os 11, 1.3-4; 14, 5-6);⁴ amor maternal (Is 49, 14-15);⁵ amor conyugal (especialmente en Os 2, y en la lectura judía y cristiana del Cantar de los Cantares).

b. En el Nuevo Testamento

Sin duda, en el Nuevo Testamento, el Señor está presente en él. Sin embargo, hay que reconocer que la expresión Corazón de Jesús no es presentada explícitamente de un modo cierto como «símbolo» con el contenido que nosotros le damos. Así lo reconocía Pío XII: «Es indudable que los Libros Sagrados nunca hacen mención *cierta* de un culto particular de veneración y de amor hacia el corazón físico del Verbo encarnado como *símbolo* de su ardentísima caridad» (HA, 6). Sin embargo, sí encontramos la realidad de lo significado por la expresión «Corazón de Jesús».

En los evangelios se nos revela que Jesucristo es el Hijo de Dios encarnado. Se ha hecho verdaderamente hombre. Y con verdadero cuerpo humano, aparece dotado de verdaderos sentimientos por los que se conmueve: Jesús llora por Jerusalén, por Lázaro; se apiada de la muchedumbre como ovejas sin Pastor; se exulta de alegría con la conversión de Lázaro, oveja perdida; se goza y canta el plan del Padre de revelar a los pequeños; se entristece sintiendo angustia en Getsemaní. De este modo se nos hace más concreto, personal y sensible el amor de Aquel, que al entrar en este

4. «Cuando Israel era un niño, yo lo amé; y de Egipto llamé a mi hijo [] yo enseñé a Efraín a caminar, tomándole por los brazos, pero ellos no comprendieron que yo cuidaba de ellos. Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor [] Yo sanaré su infidelidad, los amaré con un amor generoso, pues mi cólera se ha apartado de ellos. Seré como rocío para Israel; florecerá como el lirio y hundirá sus raíces como el Líbano».

5. «Sión decía: “¡El Señor me ha abandonado, el Señor me ha olvidado!” ¡Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque éstas llegase a olvidar, yo no te olvidaré jamás».

mundo se ofrece por nuestra salvación: «me amó y se entregó por mí» (Gal 2,20), y que vive toda su vida para esto. Y con ello se nos revela que detrás de toda esta actividad está «el Amor divino y misericordioso por cada uno de nosotros». Este amor, sin embargo, se nos revela más claramente en el evangelio de san Juan.

c. En el evangelio de san Juan

Si con el evangelio de san Juan, se nos da, por así decir la cumbre de la revelación, que abre la comprensión profunda de todo lo anterior, éste evangelio «es un libro cuya inteligencia escapará a quien no ha descansado en el pecho de Jesús ni recibido a María de Jesús, convertida así en su propia madre» (Orígenes, *Sobre el evangelio de Juan*, I,6). Podemos así sacar la ecuación: comprenderemos profundamente el misterio que nos transmite la Escritura, si comprendemos el evangelio de san Juan. Pero sólo comprenderemos el evangelio de san Juan, «si descansamos sobre el pecho de Jesús».

En este evangelio, encontramos el símbolo del Corazón de Jesús, aunque velado bajo el signo del costado abierto (19,31-36), o del pecho sobre el que descansó el discípulo (Jn 13,25). Más importante es que este «Corazón», en cuanto signo del amor del Redentor y del Amor de Dios mismo por cada hombre (Jn 3,16) es el centro de todo el misterio que san Juan nos transmite, y la escuela donde él lo ha aprendido.

El Discípulo amado ha bebido la riqueza del misterio, en el pecho de Cristo, sobre el que se apoya, y que contempla abierto. Es significativo que san Juan se describa a sí mismo en la escena del lago de Genesaret como «el que se reclinó sobre su pecho» (Jn 21, 20) (*epistethios*), dándonos a entender la fuente oculta de su evangelio. Así al escribir el evangelio, no hace otra cosa que transmitir lo que ha conocido, testimoniándolo para que creyendo tengamos vida (cf. Jn 19,35-37; 1 Jn 1,1-3: «lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros»).

¿Y qué quiere transmitirnos?

San Juan dice explícitamente lo que pretende con su evangelio:

«Y éstos [signos] han sido escritos para que lleguéis a creer que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que perseverando en la fe, tengáis vida en su nombre» (Jn 20,21).

Cualquiera que conozca el evangelio de san Juan sabe la riqueza de contenido que hay en las palabras *creer, Mesías, Hijo de Dios, vida eterna*. Es la participación en la misma vida de Dios que nos es abierta en el Redentor, que es justamente Él mismo el Hijo Unigénito de Dios.

¿Y cómo se accede a esta fe?

Si consideramos la estructura del cuarto evangelio, vemos que después del prólogo donde el evangelista hace la síntesis del mensaje evangélico, la narración va conduciendo al lector como en un itinerario espiritual hacia el culmen del costado atravesado (Jn 19,31-37) y de la confesión de Tomás (Jn 20,28-29), enseñándole al mismo tiempo el modo concreto de acceder al misterio («ver» y «tocar»). Así el creyente es invitado a mirar, con esa mirada «mística» que penetra en el misterio, al costado del Señor y descubrir a través de aquella humanidad abierta del Salvador, «el Corazón del Señor» que nos ama hasta dar la vida en aquella sangre, y que nos entrega el Espíritu Santo que da la vida nueva con aquella agua (cf. Jn 7,39). De este modo al mirar, que equivale a creer, es transformado: «hemos conocido el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4,16). E igualmente, como Tomás cada lector es invitado a «tocar» las llagas de Cristo, y confesar a Jesús Resucitado, como su Señor y su Dios.

3. APLICACIÓN: LEER DESDE EL CORAZÓN DEL SEÑOR

EN el Corazón del Señor tenemos ahora la llave que nos abre la comprensión de la Escritura, y la posibilidad real de acogerla. Hagamos unas pequeñas catas que a modo de apunte puedan mostrar algo de lo que es leer la Escritura en el Corazón de Cristo.

a. Gen 1: la Creación: «Y vio Dios que era bueno»

«Y vio que era bueno». Este es «el ritornello» del primer relato de la creación (Gn 1,1-2,4^a). Sin embargo, la realidad es que se nos hace difícil de hecho sintonizar con esta mirada de Dios sobre la Creación. Pues nos encontramos como con una triple dificultad:

–la dificultad de vernos como criaturas, limitadas pero buenas. La misma ley como el precepto impuesto a nuestros primeros padres;

–la dificultad de comprender la creación como buena, herida por el dolor y el mal;

–la dificultad de sentirnos como fruto de un azar.

El Corazón del Señor nos posibilita recuperar sobre la creación la mirada de Dios que es la verdadera, entendiendo el sentido de la creación, y acogiendo. Desde el amor del Señor, es posible para el hombre ver que la creación brota de la bondad y de la sabiduría de Dios, y de su amor personal hacia el hombre.

c. El misterio del mal: Gen 3 y Job

El misterio del mal físico (dolor, sufrimiento) y moral (pecado) recorre toda la Escritura. Desde Gn 3, pasando especialmente por el libro de Job, hasta el Apocalipsis. De algún modo no hay una parte de ella que no sea una respuesta: la creación es buena, pero está herida por el pecado y sus consecuencias. Dios lo permite, y en su Providencia nos ha salvado en Cristo.

Es en el Corazón del Señor, donde es posible radicalmente aceptar, incluso en su aspecto de incomprendibilidad, el mal y vencerlo.⁶ Se cumple de un modo perfecto la expresión del apóstol san Juan: «hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él» (1 Jn 4,16).

c. La asociación corrententora: «Completo en mi carne» (Col 1,24)

San Pablo con estas palabras nos invita a unirnos a Cristo en sus padecimientos para bien de la Iglesia.

6. No me resisto a citar un largo texto del papa Benedicto XVI, que expresa a la perfección el sentido de esta afirmación:

«38. Es cierto que Job puede quejarse ante Dios por el sufrimiento incomprensible y aparentemente injustificable que hay en el mundo. Por eso, en su dolor, dice: “¡Quién me diera saber encontrarle, poder llegar a su morada!... Sabría las palabras de su réplica, comprendería lo que me dijera. ¿Precisaría gran fuerza para disputar conmigo?... Por eso estoy, ante él, horrorizado, y cuanto más lo pienso, más me espanta. Dios me ha enervado el corazón, el Omnipotente me ha aterrorizado” (23, 3.5-6.15-16). A menudo no se nos da a conocer el motivo por el que Dios frena su brazo en vez de intervenir. Por otra parte, Él tampoco nos impide gritar como Jesús en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46). Deberíamos permanecer con esta pregunta ante su rostro, en diálogo orante: “¿Hasta cuándo, Señor, vas a estar sin hacer justicia, tú que eres santo y veraz?” (cf. Ap 6,10). San Agustín da a este sufrimiento nuestro la respuesta de la fe: “*Si comprehendis, non est Deus*”, si lo comprendes, entonces no es Dios.[35] Nuestra protesta no quiere desafiar a Dios, ni insinuar en Él algún error, debilidad o indiferencia. Para el creyente no es posible pensar que Él sea impotente, o bien que “tal vez esté dormido” (1 R 18,27). Es cierto, más bien, que incluso nuestro grito es, como en la boca de Jesús en la cruz, el modo extremo y más profundo de afirmar nuestra fe en su poder soberano. *En efecto, los cristianos siguen creyendo, a pesar de todas las incomprensiones y confusiones del mundo que les rodea, en la “bondad de Dios y su amor al hombre”* (Tt 3, 4). Aunque estén inmersos como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecen firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros» (Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, 37-39).

sia. Pero ¿en qué consiste unirnos a Él? ¿Simplemente en padecer? El misterio del Corazón del Señor es una verdadera luz y escuela que abre el sentido de esta asociación a la Pasión del Señor en bien de su cuerpo que es la Iglesia.

d. El amor al prójimo: «amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15,12)

El mandamiento del amor a la luz del misterio del Corazón del Señor cobra su sentido más profundo. Nos es fácil comprender la hondura que alcanza este mandamiento a la luz del amor entrañable de nuestro Salvador que da la vida por nosotros. Pero no es menos relevante, todo el contenido espiritual que se abre al considerar nuestro amor al prójimo como participación en el amor del Corazón de Cristo en nosotros.

d. La esperanza: Apocalipsis

El libro del Apocalipsis, es una palabra de consolación para el pueblo cristiano. Es el anuncio de que a pesar de todas las persecuciones y dificultades, Cristo vencerá: «He aquí que vengo pronto». Desde el Corazón de Cristo es posible comprender en toda su radicalidad cómo vencerá el Señor. Es el triunfo de su Amor, el establecimiento de la tan deseada civilización del Amor, el Reinado de su Corazón. El sentido en definitiva de aquella promesa que el Señor hizo al padre Hoyos: «Reinaré».

Así nos lo recordaba el papa Benedicto al final de su encíclica *Deus Caritas est*:

39. Fe, esperanza y caridad están unidas. La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de Él incluso en la oscuridad. La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor. De este modo transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la esperanza segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, *al final vencerá Él*, como luminosamente muestra el Apocalipsis mediante sus imágenes sobrecogedoras. La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor. El amor es una luz –en el fondo la única– que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta encíclica.

Actualidad psicológica del culto al Sagrado Corazón de Jesús*

MERCEDES PALET FRITSCHI

Las pasiones y emociones humanas y el corazón

SANTA Margarita María de Alacoque es la que nos revela de parte de Dios, como un profeta para nuestro tiempo de apostasía, que el Verbo encarnado no sólo tiene amor divino y humano hacia nosotros sino también, como reiteradamente señala Pío XII en la encíclica *Haurietis aquas*, amor de afecto, amor sensible, amor de compasión, esto es, el más inmediato y sensible de los amores humanos.¹ Pío XII –quien por otra parte y hasta el día de hoy es el único pontífice que ha dado un magisterio específico dirigido a la psicología y muy especialmente a la psicología aplicada–, en la encíclica *Haurietis aquas* enseña que el Corazón de Jesús es «símbolo del triple amor de Cristo», y hace especial referencia al amor *sensible* de Cristo:

«Finalmente, y esto en modo más natural y directo, el Corazón de Jesús es símbolo de su amor sensible, pues el Cuerpo de Jesucristo, plasmado en el seno castísimo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, supera en perfección, y, por ende, en capacidad perceptiva a todos los demás cuerpos humanos [Cf. *ibíd.* 3, 33, 2 ad 3; 46, 6: ed. Leon. 11 (1903) 342, 433]».²

Es más, en esta encíclica el Papa habla de los movimientos del afecto humano que fueron propios del Corazón de Jesús durante su vida en la Tierra y también de los afectos que, después de su muerte y resurrección, continúan habitando en su Corazón. En una breve pero intensa contemplación y meditación de «*la íntima participación que el Corazón de nuestro Salvador Jesucristo tuvo en su vida afectiva divina y humana, durante el curso de su vida mortal*»,³ toda la *Haurietis aquas* está cuajada de expresiones y descripciones referidas a los movimientos «*pasionales*» del Corazón de Cristo, a sus afectos y emociones.

*Resumen de la ponencia presentada por nuestra colaboradora en el congreso internacional del Corazón de Jesús celebrado en Valladolid del 11 al 17 de abril como pórtico a la beatificación del padre Bernardo de Hoyos.

1. PETIT SULLÁ, José María, *Las apariciones a santa Margarita María y el magisterio de la Iglesia*, «Cristiandad», núms. 887-888, Barcelona 2005, p. 10.

2. Pío XII, *Haurietis aquas*, 15 de mayo de 1956, 15.

3. *Ibid.*

Ya desde la antigüedad se atribuye una estrecha relación entre las pasiones y emociones humanas y el corazón. De una manera u otra, y porque comúnmente se sienten en el pecho, la experiencia humana relaciona las pasiones con el corazón. En la actualidad son numerosísimos los estudios tanto en el campo de la medicina, como en el de la psicología aplicada, que demuestran una relación íntima y especial entre los afectos humanos y la salud de corazón.⁴ La sabiduría popular ha sostenido siempre que por las penas o las alegrías extremas se puede llegar a «partir el corazón». En la actualidad esta experiencia humana queda confirmada por el descubrimiento en el campo de la medicina de lo que se denomina el «síndrome del corazón roto» o del «corazón partido».⁵ En todo caso, hoy en día es no sólo aceptada, sino también confirmada, la existencia de la alteración, de una conmoción cardíaca en casi todas las emociones, lo que es más que suficiente para considerar el corazón como el símbolo que sintetiza la vida afectiva «encarnada» propia del ser humano.⁶ Puede afirmarse entonces que «los latidos del corazón reflejan los estados emocionales humanos, sus alegrías y sus sufrimientos».⁷

Es el corazón el que queda afectado, el que queda herido, o el que se ve aliviado; es el corazón el que se alegra o el que se abate. En una palabra, el corazón es el «lugar» del ser humano en el que se manifiestan las pasiones y las emociones humanas. *Todas* las pasiones y emociones «*pasan*» de alguna manera por el corazón.⁸ Particularmente desde un

4. Por ejemplo, estudios del Instituto Hearth-Math (www.hearthmath.org) han demostrado que las emociones, especialmente las emociones más fuertes, se reflejan claramente «latido por latido» en el ritmo cardíaco.

5. La miocardiopatía de Takotsubo es un tipo de miocardiopatía no isquémica en la que hay un repentino debilitamiento temporal del miocardio. Debido a este debilitamiento, que puede ser desencadenado por estrés emocional como en el caso de la muerte de un ser querido, la enfermedad es conocida también como síndrome del corazón roto.

6. Cf. ECHAVARRÍA, Martín. *Las pasiones del corazón. El Sagrado Corazón, modelo y remedio de la vida emocional humana*. Ponencia presentada en el congreso *Cor Iesu, Fons Vitae*, Barcelona, 1-3 de junio de 2007.

7. ECHAVARRÍA, Martín. *Ibid.*

8. MANZANEDO, Marcos, F., *Las pasiones según santo Tomás*, Editorial San Esteban, Salamanca 2004, p. 46-47

punto de vista más psicológico parece, pues, que es en el corazón el lugar donde, de algún modo, residen las emociones, las pasiones y los afectos del ser humano, especialmente todos aquellos que más le mueven, más le afectan y, de alguna manera, más le conforman.

Resulta muy difícil definir conceptualmente qué es el corazón en un sentido estrictamente psicológico; para ello hemos de contentarnos con aludir a determinadas experiencias. Así, por ejemplo, cuando estamos pendientes o expectantes de algo, siempre que atendemos intensamente a algún hecho o siempre que llevamos algo profundamente guardado en el alma, estamos tratando de vivencias del corazón que, de este modo, podría definirse como aquel fondo del alma en el que las vivencias y las personas según su obrar adquieren un valor y un significado concreto y especial. Ello explicaría, en parte, el que con frecuencia se utilice la palabra «corazón» no sólo para designar el corazón de carne, el órgano, sino también para designar *el centro espiritual de una persona*.⁹

En el corazón entendido espiritualmente también hay afectos, afectos espirituales, que son actos de la voluntad¹⁰ y que, por una analogía metafórica, se designan casi siempre con el mismo nombre que las pasiones sensibles. Estos afectos espirituales, sin embargo, no comportan necesariamente perturbación anímica o transmutación corporal.¹¹

En el hombre, el corazón carnal es distinto del corazón espiritual y las inclinaciones de ambos se pueden oponer. El corazón del hombre, toda la afectividad humana tiende a diversas cosas según las potencias afectivas y según los diversos objetos apetecibles. Y por eso, *en un mismo individuo* luchan a veces algunas apetencias contrarias, como la concupiscencia carnal y el deseo voluntario de evitar el pecado, el deseo de los bienes materiales y el de los espirituales.¹² «Esta ley de la carne es la ley del corazón caído, del corazón dañado, apasionado en el sentido negativo, es decir, apartado de su inclina-

ción natural, y [...] que se traduce en la triple concupiscencia (de la carne, de los ojos y de la soberbia de la vida), que es el principio dinámico de todos los problemas de nuestra vida, de nuestras frustraciones, fracasos, pecados, e *incluso de muchos de nuestros desequilibrios psíquicos*».¹³

Aunque en el corazón del hombre, por el pecado original, se dé esa oposición entre el corazón de carne y el espiritual, en principio, la diferencia entre ambos corazones no implica *necesariamente* su oposición. En un principio Dios hizo las cosas de modo distinto. Las pasiones sensibles están hechas, de alguna manera, para seguir y, si cabe, corroborar, las del espíritu. El apetito sensitivo está hecho para ser gobernado, para ser dirigido y ordenado por la razón.

Desde una psicología fundamentada en la realidad de las cosas y en una antropología sana y cabal es necesario descubrir (y afirmar) que la razón y la voluntad son el centro directivo de la personalidad. La vida sensitiva y emocional, *la vida del corazón*, está hecha para ser guiada *desde arriba*,¹⁴ *desde la razón*.¹⁵ *Toda psicología, también aquella que quiera referirse tan sólo a las realidades «medibles» de orden natural, debería considerar y aceptar ese principio que yo me atrevo a calificar de «verticalidad descendente»*. Principio según el cual *también* las facultades sensibles e incluso vegetativas están especialmente al servicio de las facultades superiores racionales.

«La realización de la armonía entre la parte sensitiva y la parte espiritual que Dios pensó para el hombre se da eminentemente en Cristo, y se sintetiza en la imagen de su Sagrado Corazón».¹⁶ Cristo nos revela el amor del Padre amando con corazón de hombre. «Cristo nos amó con su alma y con su cuerpo. Nos amó y vivió las pasiones propias de los hombres, para mostrarnos cómo se es hombre también a ese nivel y para curar el desorden de nuestras propias pasiones. [...] Manifestó sus afectos no sólo con acciones, sino también con pasiones corporales tan hondas al punto de sudar sangre. [...] Las pasiones de Cristo, como las del primer hombre (figura del que había de venir), eran (y son) especiales, *propasiones*, es decir, que sus movimientos no se adelantaban al juicio de la razón ni lo alteraban, sino que se adecuaban perfecta y armónicamente a su voluntad. De este modo, aun más que en nosotros, las pasiones de Cristo eran manifestación cristalina (aunque de otro orden) del amor de su voluntad. Sus

13. ECHAVARRÍA, Martín. *Ibid.* La cursiva es nuestra.

14. ECHAVARRÍA, Martín. *Rudolf Allers, psicólogo católico*.

15. *Pío XII, Alocución a los participantes al I Congreso Internacional de Histopatología del Sistema Nervioso, AAS, XXXIV (1952)*, 783-784.

16. ECHAVARRÍA, Martín. *Corrientes de psicología contemporánea*. Editorial Scire, Barcelona 2010, p. 280.

9. Santo Tomás de Aquino menciona en este sentido el corazón. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, I-II, q. 24, a. 3, co:

10. «La voluntad es el apetito que corresponde al conocimiento racional e intelectual. Sólo por el intelecto, iluminado por la fe, conocemos cuál es nuestro fin último sobrenatural, así como los misterios centrales de la Revelación. También la razón, iluminada por la luz natural del intelecto y por la luz de la fe, puede discernir el bien y el mal. De tal manera que la voluntad es el apetito que coloca al hombre en la senda del amor de Dios o del mundo». ECHAVARRÍA, Martín. *Ibid.*

11. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, I, q. 82, a. 5, ad. 1

12. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 29, a. 1, c.

mismos ritmos corporales eran manifestación de su caridad, igual que los latidos salvíficos de su Corazón. [...] Pero los latidos de su Corazón no manifestaban sólo el amor de caridad que derivaba de su conocimiento humano experimental, sino también de su ciencia infusa, por la que es Cabeza de los ángeles, y del conocimiento inmediato y sin velos (visio beatífica) que como hombre tenía de Dios; e incluso del amor increado que se identifica con la esencia de Dios y que le pertenece en cuanto que Él es Dios.¹⁷

Se puede afirmar pues que Dios, y muy especialmente a través de su Pasión y Cruz, ha manifestado su amor «apasionado» por los hombres, y por un designio misterioso que jamás ningún hombre acabará de comprender, lo ha puesto de manifiesto a través de su Sagrado Corazón.

«Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres.»

Es muy especialmente en las revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a santa Margarita María de Alacoque (y también al ya pronto beato padre Bernardo de Hoyos) que de una forma también especialmente clara y renovada queda de manifiesto ese amor apasionado de Dios por el hombre.

Mostrándole su Corazón dice Jesús a santa Margarita María: «Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres. Quiero que esta imagen sea expuesta a sus miradas para ablandar sus corazones». El doctor Canals recordaba que «los hombres tienen que ser renovados por las cosas sagradas, y que no son las cosas sagradas las que tienen que ser cambiadas por los hombres».¹⁸ Hago esta precisión porque me parece muy importante indicar que también desde la psicología hay que considerar «las cosas sagradas» no para cambiarlas y reexplicarlas, reinterpretándolas o reduciéndolas a rituales o contenidos de «utilidad» psicoterapéutica –como desgraciadamente y con frecuencia es el caso en algunos sectores de la práctica de la psicología–, sino más bien para que esas «cosas sagradas» iluminen al psicólogo cristiano tanto en su consideración antropológica sobre la realidad del hombre en general como en la misma práctica concreta de la psicología, por lo que se refiere a su aplicación en la tera-

17. ECHAVARRÍA, Martín. *Las pasiones del corazón. El Sagrado Corazón, modelo y remedio de la vida emocional humana*. Ponencia presentada en el congreso *Cor Iesu, Fons Vitae*, Barcelona, 1-3 Junio de 2007.

18. CANALS VIDAL, FRANCISCO, *Aspectos pedagógicos de una renovada devoción al Corazón de Cristo*, «Cristianidad», núm. 910, Barcelona 2007, p. 8.

pia de los múltiples y tan variados malestares y trastornos psíquicos que, desgraciadamente, tanto proliferan en nuestros días.

Pío XII advierte muy seriamente a los psicólogos cuando afirma que: «Cuando se considera al hombre como obra de Dios, se descubren en él dos características importantes para el desarrollo y el valor de la personalidad cristiana: su semejanza con Dios, que procede del acto creador, y su filiación divina en Cristo, manifestada por la Revelación. En efecto, la personalidad cristiana resulta incomprendible si se olvidan estos datos, y la psicología, sobre todo la aplicada, se expone también a incomprendimientos y a errores si los ignora. Porque se trata claramente de hechos reales y no imaginarios o supuestos. Que estos hechos sean conocidos por revelación nada quita a su autenticidad, porque la revelación pone al hombre en el caso de sobrepasar los límites de una inteligencia limitada para dejarse prender por la inteligencia infinita de Dios».

Me atrevo a decir que las apariciones y las revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús, especialmente a santa Margarita María y toda la devoción y culto al Sagrado Corazón, tal y como los entiende el magisterio de la Iglesia, y tal y como están expresados en la liturgia y tal como los viven el sentir y las costumbres del pueblo cristiano forman parte sin duda de esta «inteligencia infinita de Dios», y patentizan como signo misterioso y providencial su Corazón como símbolo de amor.

«Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres. Quiero que esta imagen sea expuesta a sus miradas para ablandar sus corazones». Nuestro Señor pide que le miremos y lo pide porque quiere «ablandar» nuestros corazones. Séame permitido intentar una explicación de carácter meramente psicológico sobre el dinamismo intrínsecamente psíquico en el que consistiría este proceso de «mirar a un corazón y quedar por él ablandado». Hay que entender en primer lugar lo que puede significar «mirar». Desde una perspectiva del culto y de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús este «mirar» no puede más que entenderse como *contemplar y meditar*.

«El hombre a quien nunca nadie miró»

Es importante insistir en ello, porque en la actualidad se ha perdido *la virtud de mirar al otro*. Vivimos en unos tiempos en los que el ser humano ya no es mirado. «Atendamos con sinceridad a la situación del hombre contemporáneo –dice Canals– en una sociedad regida por una voluntad planificadora al servicio de sí misma y sin fines «especulativos». Lejos de ser aplastado por la mirada del prójimo, hallaremos tal vez en su trágica sole-

dad, perdido en lo público y sumergido en la socialización impersonal de pretendidas «relaciones humanas» a un hombre que podría ser caracterizado con el título de «El hombre a quien nunca nadie miró».¹⁹

Tal y como explica Canals, este «hombre a quien nunca nadie miró», «vendría a ser tipo ejemplar de los hombres de nuestro tiempo en muchos momentos y situaciones de la vida. Porque el mismo progreso técnico, higiénico, o el aumento de medios e instrumentos al servicio de una planificación educativa, puede conducir y de hecho conduce a una desproporción trágica entre la abundancia de datos registrados en el plano médico, pedagógico, de aptitudes y factores de inteligencia por medio de pruebas psicotécnicas, etc., y las posibilidades reales de atención y diálogo personal. Por extraño que pueda parecer, hay que afirmar que a lo largo de toda una vida puede un hombre de hoy hallarse muy raramente con alguna persona que lo mire a la cara. [...] Bajo pretexto de objetividad y de racionalización, el hombre individual y personal se queda solo. Esta soledad del hombre, perdido en lo público, reducido a un elemento de consideración tecnológica, puede servir de punto de partida para una reflexión que muestre la actualidad psicológica del mensaje del Corazón de Jesús».²⁰

¿Qué le ocurriría, pues, a un hombre a quien nadie hubiera nunca mirado? De entrada, lo que ocurriría a ese hombre es lo que con tanta frecuencia le ocurre al hombre de hoy. Que, en principio, *teme* la mirada del otro. Se siente molesto ante la mirada ajena, porque ya desde niño ha aprendido a ser mirado bajo una *mirada técnica* que más que mirarle, le evalúa; ha aprendido que cuando es mirado, es ante todo analizado, clasificado, medido y hasta seccionado; ya desde la más tierna infancia comparativamente juzgado por su rendimiento, por su aspecto, por su poder adquisitivo, por su utilidad social y profesional, por su adecuación a determinadas expectativas sociales, culturales, económicas y políticas. El niño y el joven de hoy *temen* la mirada de los demás, especialmente la de sus padres y maestros. Y la temen, en definitiva, porque en nuestra sociedad y cultura, tan altamente neuróticas y neurotizantes, están aprendiendo a entenderse a sí mismos como «no siendo suficientes», como siendo de entrada y originalmente incapaces de satisfacer expectativas y aspiraciones de talante muy relativo.

19. CANALS VIDAL, FRANCISCO, *Teoría y praxis en la perspectiva de la dignidad personal*, Espíritu XXV (1976), 121-127, p. 112.

20. CANALS VIDAL, FRANCISCO, *Aspectos pedagógicos de una renovada devoción al Corazón de Cristo*, «Cristiandad», núm. 910, Barcelona 2007, p. 11.

El hombre de hoy, desde su más tierna infancia, no es mirado, sino que es medido y relativizado. Parece que de esa mirada técnica no escapa nadie, tampoco escapa a esa mirada técnica el niño de hoy, como tampoco escapó aquel niño que hace pocas décadas fueron sus padres. Y es por esta razón que muchos padres, e incluso padres buenos que quieren obrar el bien para sus hijos, han aprendido a mirar a sus hijos sólo bajo el prisma de un relativismo, más o menos imperante, o por lo menos bajo el prisma de lo que yo me atrevo a calificar como el prisma del «déficit».²¹

De la mirada del hombre de hoy ha desaparecido la contemplación *de aquello* que se mira y el amor *por aquello* que se mira. El hombre de nuestros días adolece de la experiencia vivificante, tremendamente estructurante de ser contemplado y amado. El hombre de hoy ha aprendido a *temer* la mirada del otro. Pero no solo a temerla sino también a *rebelarse* contra ella.²² El hombre contemporáneo desconocedor de la mirada vivificante del amor, rehúsa la mirada, porque la vive ante todo como evaluación (crítica) de la propia vida, incluso de la propia existencia. Por esta imperante observación mecanizada y relativizante del hombre, y porque aspira a un sentido que no sabe nombrar y del que sólo experimenta su ausencia, se lleva al hombre si no a la soberbia por lo menos a una actitud vanidosa y altanera de

21. En la práctica cotidiana de la psicología infantil y juvenil es difícil de comprender la respuesta y reacción de muchas madres cuando son preguntadas por aquellas cualidades y características esenciales de personalidad que ellas aman y admiran en sus hijos. O cuando son preguntadas por aquello que hace de su hijo eso tan especial que merece ser amado con incondicionado amor de entrega. Se trata de una reacción y de una respuesta que manifiesta un desconocimiento profundo del hijo, porque, en el fondo, no ha sido mirado.

22. En el fondo de esta actual rebelión contra la mirada del otro se encuentran los argumentos del ateísmo y del antiteísmo contemporáneos «que presentan como absurda la idea de Dios, y no sólo por cuanto niega que tenga sentido la afirmación de algo entitativo y sustantivo que sea a la vez sujeto para sí, sino porque además adopta una actitud en que se postula precisamente que Dios debe ser negado. No se trata tan sólo de remover la afirmación del ser infinitamente perfecto, omnipotente y omnisciente, se trata de proclamar que Dios no es porque es algo que no debe ser, que sería malo para el hombre que fuese. Quien nos mira, nos convierte en objeto y nos cosifica, para la mirada del prójimo carecemos de libertad. Si nos creemos ante la mirada eterna de Dios, cree Sartre que somos por ella aplastados. Y a partir de allí se llega a la blasfemia y rebeldía de considerar a Dios providente como «un inspector supremo», que vigila el universo y que el hombre ha de sentir como un intolerable monstruo que no debe existir». CANALS VIDAL, FRANCISCO, *El Culto al Corazón de Cristo ante la problemática humana de hoy*, «Cristiandad», núm. 467, Barcelona 1970, p. 10.

quien no quiere estar «por debajo de nadie» y a rebelarse contra quien le dice cómo es y qué ha de hacer. Y en caso de carecer de aquella confianza que en psicología es llamada confianza básica y también en caso de carecer de los recursos psíquicos y de personalidad suficientes –lo cual es cada vez más frecuente en nuestros días– cae entonces el hombre en aquel abatimiento del alma y del afecto tan intenso y que se instala de tal manera en el interior del hombre que le hace creer que nunca podrá aspirar a ningún bien ni a ser feliz de una forma plena y en correspondencia con el propio ser.²³

Jesús pide con insistencia que dirijamos nuestra mirada hacia su Corazón, que le miremos

Y, sin embargo, «el «ser mirado», con mirada desinteresada, con mirada contemplativa y amorosa, lejos de ser destructor y anonadante, es una exigencia radical de la existencia y de la vida humana personal».²⁴ Si somos sinceros y humildes, reconoceremos que no es aplastante para el hombre, sino consolador y «fundante» en el sentido de que nos constituye, sentirse ante la mirada del amor, ante la mirada de quien nos ama, y muy especialmente ante la mirada de Dios.

«La situación del hombre de hoy está mostrando, no sólo la necesidad y la urgencia, sino también la *congruencia* profunda para las necesidades de la humanidad contemporánea del mensaje del amor de Dios sensibilizado humana y corporalmente en el Corazón de Cristo».²⁵ Porque «ningún hombre es plena y seriamente humano si no es hombre de corazón, y sin el amor todo lo humano es vacío, es inconsistente. Al revelarnos Cristo su corazón de hombre, de hombre de carne y hueso, al llamarnos a contemplar esa profundidad de su amor, nos manifiesta también la voluntad de restaurar y reasumir todas las cosas en el amor de Cristo».²⁶

Jesús pide con insistencia que dirijamos nuestra mirada hacia su Corazón, que le miremos; y la Iglesia insiste en que grabemos en nuestro corazón para que nunca sean olvidadas aquellas palabras de Cristo quien poniendo de manifiesto su infinita caridad,

23. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 20, a. 4, c.

24. CANALS VIDAL, FRANCISCO, *Teoría y praxis en la perspectiva de la dignidad personal*, «Espíritu» XXV (1976), 121-127, p. 113.

25. CANALS VIDAL, FRANCISCO, *Aspectos pedagógicos de una renovada devoción al Corazón de Cristo*, «Cristianidad», Nro. 910, Barcelona 2007, p. 12.

26. CANALS VIDAL, FRANCISCO, *Aspectos pedagógicos de una renovada devoción al Corazón de Cristo*, «Cristianidad», Nro. 910, Barcelona 2007, p. 13.

se lamentó justamente a santa Margarita diciéndole a la manera del que está triste: «*He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y que les ha llenado de toda suerte de beneficios y que no sólo no ha encontrado agradecimiento a su infinito amor; antes bien, olvido, desprecio, contumelias y, por cierto, inferidas a veces aún por los que estaban obligados a un peculiar amor*».²⁷

Desde un punto de vista meramente psicológico, que, de alguna manera es reflejo de la vida espiritual, aquello en lo que insiste Jesús al mendigar nuestra mirada es precisamente aquello que al hombre de hoy se le hace tan difícil: mirar al otro, darse cuenta de su existencia, penetrar en su vida, asentir y afirmar la bondad de su existencia. Porque lo que especialmente en nuestros días se está perdiendo es esa capacidad profundamente humana de apertura aceptante y afirmante del otro.

Lo que Jesús pide y suplica es precisamente la plenitud de la justicia: el amor

Lo que Jesús mendiga y suplica en ese esfuerzo tremendamente misterioso de mostrar su sacratísimo Corazón al hombre de hoy no es únicamente un acto de respeto por su amor y por la excelsísima excelencia de todos los títulos y poderes que le son propios por ser quien es, el Hijo de Dios, el Verbo Encarnado, el Dueño y Señor de la Historia y el Rey del Universo, ante cuyo nombre toda rodilla se dobla en los cielos, en la tierra y en los abismos;²⁸ un acto de respeto exigido por la justicia (en la forma precisa de la virtud de la religión).²⁹ Lo que Jesús pide y suplica es algo que va más allá de lo que es primeramente de justicia, completándola. Lo que Él pide es precisamente la plenitud de la justicia: el amor.³⁰ Es precisamente en estos nuestros tiempos en los que se ha enfriado el amor en el mundo, que profundizando en la conciencia de la Iglesia en algo que está en el mismo Evangelio y en toda la historia de la Salvación, pero que Él ha querido que se sintiese cada vez más a través de los carismas y la entrega de santos y santas como santa Margarita María, o san Claudio la Colombière o del a partir de mañana beato Bernardo de Hoyos, que Dios ha querido proponérsenos como *Amor*. De tal

27. Pío XI, *Misericordissimus Redemptor*, n. 13.

28. Cf. *Carta a los Filipenses*, 2, 10

29. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 81 a. 4 in c.

30. Cfr. Carta a los Romanos 13,10: «Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor. Pues el que ama al prójimo ha cumplido la ley [...]. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud».

manera que toda nuestra relación con Él queda centrada, simplificada y movida sobre todo por el hecho de que Dios es sumamente respetable, amable y digno de servicio porque nos ha amado.³¹ Por tanto, en cuanto culto y en cuanto entrega –pues devoción quiere decir, literalmente, entrega– la devoción y el culto al Sagrado Corazón es sobre todo y antes que nada la correspondencia al Amor de Dios.

El amor es aquel movimiento de la voluntad que se orienta a la convivencia con el otro, a la unión y a la intimidad con el amado. Enseña santo Tomás de Aquino que para su unión con Dios «el alma necesita ser llevada como de la mano por las cosas sensibles» y que por eso es necesario que en el culto divino «nos sirvamos de elementos corporales para que, a manera de signos, exciten la mente humana a la práctica de los actos espirituales con los que ella se une a Dios».³² Según advierte el mismo Santo, los actos interiores de culto «pertenecen al corazón».³³ Pero para poner en obra todo aquello que exige el culto divino es necesario que la voluntad esté pronta, que esté dispuesta para hacer con prontitud lo que el culto a Dios de suyo exige³⁴ y es precisamente en ello en lo que consiste la devoción, en una voluntad propia de *entregarse* a todo lo que pertenece al servicio de Dios.³⁵ Pero a la devoción, como acto de la voluntad que es, debe preceder alguna deliberación, alguna consideración. Y es así que son precisamente la contemplación y la meditación lo que santo Tomás de Aquino llama «causa de la devoción», porque por la contemplación y la meditación concibe el hombre el propósito de entregarse al servicio divino³⁶ Es por esta razón que en «El tesoro escondido» se explica que el culto interior al Sagrado Corazón de Jesús –y esta explicación es sumamente psicológica, a pesar de que desde tantos ámbitos de la psicología se haya perdido de vista que las facultades racionales son objeto especialísimo y principalísimo de la consideración psicológica– «consiste en el ejercicio de la memoria, entendimiento y voluntad acerca del délfico Corazón».

«La memoria debe acordarse familiar, frecuente y amorosamente de este divinísimo Corazón y de sus admirables perfecciones. El entendimiento debe ejercitarse en el conocimiento de sus soberanas ex-

celencias, pensando y penetrando bien cuánta sea su dignidad, su santidad y perfección, cuántos tesoros de gracias celestiales están depositados en este sacrosanto Corazón; cuánto padeció por la gloria de Dios y salvación de los hombres; cuán amado es de toda la Santísima Trinidad y, en fin, cuán amado sea de nuestra veneración y amor.

Este conocimiento de la amabilidad del Sagrado Corazón de Jesús [...] se imprimirá en el alma con la meditación de sus infinitas excelencias. [...] La voluntad seguirá al conocimiento con los afectos que corresponden a la excelencia de este Sagrado Corazón, a su dignidad suprema, a todas sus perfecciones, con una gran admiración, glorificación y alabanza al infinito amor para con los hombres, con amor ardiente y agradecido; y así otros innumerables afectos que el amantísimo Jesús se dignará infundir en nuestras almas. Y estando ciertos que no hay cosa más amada del Eterno Padre entre las criaturas que el Corazón sacrosanto de su divino Hijo, nos valdremos del mismo Sagrado Corazón para hacer nuestras acciones más aceptas y agradables a la divina Majestad, uniendo cuanto hiciéremos o padeciéremos con lo que hizo y padeció el divino Corazón de Jesús.

Finalmente, cotejando el infinito amor con que se abrasaba el Corazón de Jesús para con los hombres, con la ingrata correspondencia de éstos, y considerando que nosotros somos del número de estos ingratos, nos ejercitaremos en actos de confusión, dolor y arrepentimiento; y ofreceremos cuanto nos sea posible la enmienda, prometiendo reparar de nuestra parte las ofensas que ha recibido de nuestra ingratitud y la de los demás hombres, particularmente en el Santísimo Sacramento. Este es el obsequio que el amorosísimo Jesús desea principalmente para su amante Corazón».³⁷

Contemplando el Corazón de Jesús, el alma del hombre, el corazón del hombre no sólo mira, sino que ante todo es «mirado».

EL culto al Sagrado Corazón de Jesús dinamiza toda la vida psíquica, toda la vida personal, toda la vida interior y exterior del hombre poniéndola al servicio y alabanza de Dios, uniéndose a Él por la correspondencia y por la reparación en el Amor. Contemplando el Corazón de Jesús, el alma del hombre, el corazón del hombre no sólo mira, sino que ante todo es «mirado». Es mirado por Jesús, que le ama infinitamente, de un modo indecible, con una mirada que, de alguna manera, le está ya diciendo quién es él. Desde un punto de vista estrictamente

37. LOYOLA, JUAN DE; HOYOS, BERNARDO DE, *Tesoro escondido*.

31. Cf. CANALS VIDAL, FRANCISCO, *Conferencia inédita, Enero 1973*.

32. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 81, a. 7, c.

33. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 81, a. 7, sed contra.

34. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 82, a. 2, c.

35. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 82, a. 1, c.

36. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 82, a. 3, c.

psicológico de la formación de la conciencia personal concreta, la contemplación del Corazón de Jesús nos descubre de una manera misteriosísima el secreto de quién somos, nuestro propio secreto: «Yo, indigno pecador, soy el objeto del Amor de Dios». La consideración de esta realidad, que no por ser espiritual deja de ser psicológica, entraña dimensiones profundísimas en la consideración de la propia conciencia de sí mismo. Lo que yo soy ante Dios, lo que yo valgo ante Dios, a lo que yo estoy llamado por Dios y todavía mucho más, todo esto lo descubro en la contemplación y meditación de la divina excelencia del Amor del Sagrado Corazón de Jesús.

Los bienes que se siguen de la devoción y el culto al Corazón de Jesús son de todo orden. Tendríamos que esforzarnos en convencernos de que si somos fieles al propósito de ser fieles a la devoción y culto del Corazón de Cristo, de querer ser apóstoles del Corazón de Jesús, se darán en nosotros las bendiciones y gracias que el Sagrado Corazón de Jesús prometió a santa Margarita. Si nos entregamos al Corazón de Cristo, Cristo cuidará de nuestras cosas y velará por nuestros intereses. Pero estos intereses no deben ser únicamente entendidos como bienes externos. Son ante todo bienes de orden espiritual, pero también bienes de orden psicológico. Sin duda pertenece también a nuestro interés y se corresponde con el fin propio de nuestra naturaleza el saber quién somos, la memoria sobre nosotros mismos, y el saber para qué vivimos. La respuesta a esas cuestiones tan tremendamente existenciales y concretamente personales se encuentra definitivamente en la contemplación y la entrega al Corazón de Jesús.

«Junto al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a evitar ciertas perversiones del corazón humano, a unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo. Así —y ésta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador— sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se podrá construir la tan deseada civilización del amor, el reino del Corazón de Cristo».³⁸

Desde la mirada del Corazón de Cristo el corazón del hombre se ablandará

Es desde la mirada del Corazón de Cristo como el corazón del hombre se ablandará. No es tan sólo que sea la contemplación de la infinita bondad y amor de nuestro Señor que nuestro

38. JUAN PABLO II, Carta sobre el culto al Corazón de Jesús al prepósito general de la Compañía de Jesús entregada en Paray-le-Monial el 5 de octubre de 1986.

corazón se elevará, sino que, antes que nada, es la mirada amorosa del Corazón de Cristo la que nos desvela, particularmente a cada uno de nosotros, el misterio y la profundidad de nuestra vida personal, ablandando nuestros corazones.

El corazón de piedra del hombre moderno necesita ser «ablandado» por la mirada amorosa del Corazón de Dios. Lo que sea el verdadero amor humano, cuáles son sus causas y sus efectos, son cuestiones que la psicología, bajo ningún concepto, puede desatender. Del amor sabemos que lo que le es más propio, que a lo que con más fuerza tiende es a la unión del amado con el amante. El amor es como «vida que enlaza o desea enlazar otras dos vidas, al amante y al amado».³⁹ El Amante, Jesús mismo, busca y persigue la unión con lo amado, con nuestras almas. A este Amor vehemente de Jesús se le pueden atribuir, ya inmediatamente en el orden psicológico, una serie de efectos próximos, uno de ellos es lo que santo Tomás de Aquino llama la *licuefacción o derretimiento*.⁴⁰ Es decir, un ablandarse del corazón del amado. En efecto, se trata de «un reblandecimiento del corazón, que le hace hábil para que en el penetre el bien amado».⁴¹ Mirando y contemplando el Corazón de Jesús, abierto y palpitando por mi amor, el mismo amor vehemente de Cristo ablanda nuestro corazón y lo prepara amorosamente para que en él penetre el mismo Amor de Dios.

Desde una consideración psicológica, esta mirada del Amor de Cristo supone para el hombre, antes que nada, la confirmación en su mismo ser. ¿Qué misterio insondable significará que el Sagrado Corazón de Jesús nos mire y nos diga, a la vez que lo «siente» y lo «vive»: «¡He aquí mi Corazón que tanto te ha amado y que tanto necesita de tu amor!»? Es exactamente la confirmación en el ser. Es exactamente la confirmación del saberse querido, «aprobado» y confirmado de una forma única y absoluta, como es la que proviene de Dios.

Claro que para poder percibir esa mirada del Corazón de Jesús, el hombre tiene que contemplarlo, pero contemplarlo desde su ser *criatura*; desde la pequeñez y la indigencia de quien todo lo necesita y espera de Quien le ama. El doctor Canals insistía constantemente en que hemos de pedir continuamente que Dios nos haga «sentir» la devoción a su Sagrado Corazón. Y en este «sentir» lo que primeramente se incluye es «el ser pequeño». Sentir y co-

39. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, I-II, q. 28, a. 1, in c., citando a san Agustín, *De Trinitate* VIII, C. 10 ML 42,960.

40. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, I-II, q. 28, a. 6, ad.

41. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, I-II, q. 28, a. 6, ad.

nocer la propia pequeñez y la propia limitación es una de las condiciones previas para «sentir» y vivir la devoción al Sagrado Corazón.

La perfección del Amor de correspondencia al Sagrado Corazón consiste en aquello que santa Teresita con tanta sencillez explica: «en dejarse llevar, en sentarse en el regazo del Padre y dejarse acariciar por Él». Consiste en algo que gusta a los niños y que, sin embargo, al hombre moderno, herido y fragmentado y desorientado pero lleno de autosuficiencia, de autoestima y de vanidad no puede acabar de aceptar: ser deudor de nadie, ser queridos «gratis».

«Sólo la *confianza* y nada más que la *confianza* nos ha de llevar al Amor»

HAY dos caminos que llevan a la perfección querida por Dios, pero que por su sencillez y simplicidad son rechazados y despreciados por ese hombre de nuestros días tan herido pero tan envanecido. Son dos caminos que en cuanto son aceptados y amados por el hombre le llevan a la perfección del Padre Eterno que Jesús quiere para nosotros. Encontramos estos dos caminos delicada y magníficamente expuestos en la obra de la santa doctora de nuestros tiempos: santa Teresita del Niño Jesús. Estos dos caminos son la *simplicidad* y el *amor*.

Lo único conducente al Amor es la entrega, sencilla e infantil. Santa Teresita del Niño Jesús dice algo que puede parecer sorprendente: «Sólo la *confianza* y nada más que la *confianza* nos ha de llevar al Amor». ⁴² Pero para simplificarse, para ser sencillo, lo más importante no es hacer el propósito de hacerse sencillo, sino hacerse el propósito de aceptar el infinito Amor de Dios en su Sagrado Corazón. Y eso es lo verdaderamente difícil, porque esta aceptación supone la inmolación de sí mismo. Porque no hay amor sin dolor, no hay amor sin entrega. El amor verdadero dispone a la entrega y al sacrificio por los hermanos, de lo contrario no es amor. ¿Y quién puede llegar a alcanzar ese amor por sí mismo?: ¡*nadie*! No está en las fuerzas humanas. No consiste el Amor en que nosotros nos propongamos y nos empeñemos en ello. Porque el

amor, la caridad no consiste en que nosotros amemos a Dios, sino en que Dios nos ha amado primero. No se trata de que nosotros alcancemos la caridad, sino que la caridad nos alcance a nosotros. El hombre no podría jamás llegar a amar a Dios, si Dios no le amara primero. Nosotros podemos amar a Dios, si nos dejamos *primero* amar por Él, si aceptamos el don de su Amor, y si tenemos puestas todas nuestras esperanzas en Él y si tenemos en Él confianza «*vivida*».

«Sé a quien me he confiado –dice el Apóstol– y estoy cierto de que es poderoso para guardar mi depósito» (2 Tim, 1, 12). Santo Tomás enseña que la palabra *confianza* parece significar principalmente el que uno conciba esperanza porque da crédito a las palabras de otro que le promete ayuda o porque al considerar y reconocer que tiene un amigo poderoso, tiene la confianza de que le va a ayudar. ⁴³ La confianza es la esperanza robustecida, fortalecida, por una opinión firme basada en las palabras y las obras de quien nos promete ayuda. ⁴⁴

En la devoción y culto al Corazón de Jesús no puede, pues, olvidarse este elemento fundamental de *confianza* que abarca todos los niveles y aspectos de la vida concreta personal. Atendiendo a las promesas del Sagrado Corazón a santa Margarita María parece incluso que Cristo da a entender a santa Margarita que bastaría con que las almas se enfervorizasen con el culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, para que éste las colmara con toda clase de bendiciones y gracias para su vida personal, familiar, profesional, social y espiritual.

En un mundo en el que la pequeñez es inaceptada, pequeñez entendida como falta de un éxito debido; en un mundo en el que la falta de reconocimiento social, el fracaso profesional o matrimonial o en el que tan solo el no ser un «tipo genial» es causa de tanta «baja estima», de tantos cuadros aparentemente depresivos y de tanto malestar psicológico, se hace urgentísimo comprender que nuestra gloria y nuestro consuelo es precisamente eso, el ser pequeños y limitados. Nuestro Señor se complace en los pequeños, en los fracasados, en los humillados y en los tullidos psíquica y espiritualmente. La devoción al Corazón de Jesús entendida como lo hacía el padre Ramón Orlandis y su discípulo Francisco Canals es justamente la que nos puede ayudar a comprenderlo. ¡Cuán verdad es que sólo ella, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, puede curar de sus «enfermedades» al hombre de hoy!

42. SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS Y DE LA SANTA FAZ. Ver por ejemplo: «Qué dulce es el camino del amor! ¡Cómo deseo guiarme con el más absoluto abandono a cumplir la voluntad de Dios! (MA f. 84) Mi camino es todo de confianza y de amor. Veo que basta reconocer la propia nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios (Carta 203). Este camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en los brazos de su padre (MB 1). El abandono es el fruto delicioso del amor (poesía 42).

43. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 129, a. 6, in c.

44. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 129, a. 6, ad.3.

El padre Agustín de Cardaveraz, místico del siglo XVIII

(II)

IGNACIO M^a AZCOAGA BENGOCHEA

Manifestaciones del Corazón de Jesús

EN el «Diario del Noviciado» (1722 y 1723), donde iba dando cuenta al padre Loyola, su director y maestro, de los beneficios, que entonces mismo el Señor le dispensaba, hallamos varias frases, que parecen destellos del divino Corazón, reflejados en el pecho de Agustín.

«Tuve –dice– grandes ansias de amar a Dios; y porque no podía amarle tanto como quisiera, decía a Su Majestad, unas veces: *¡Oh Jesús mío! Si el corazón de Agustín fuera de Jesús, y el de Jesús de Agustín, ¡cuánto os amaría!*

»Otra vez, a este propósito, deseando que me hiciese todo suyo, me dijo: *Hijo, yo te tengo dentro de las entrañas de mi amor. Y otra: Mis delicias son estar dentro de tu corazón»*

Estas y otras manifestaciones que tuvo durante el noviciado ponen de manifiesto «Que entendió la infinita clemencia, el amor y otros atributos del Corazón de Jesús»; sin que estas excelentísimas propiedades se le mostraran todavía concretas y simbolizadas en el corazón físico de nuestro Salvador. Es el preludio del que en el futuro será confidente del divino Corazón.

La primera vez que nuestro joven, estando en Valladolid, refiere visiones claras del Corazón de Jesús, es en el verano de 1727, al comienzo del estudio de la teología.

Así el día 8 de junio de 1727, consolando al padre Loyola en sus penosas amarguras escribe estas significativas palabras:

«Lo que principalmente suplico a mi dulcísimo Dueño, es que ahora, y por toda, la eternidad, le tenga a mi Padre *dentro de su amabilísimo Corazón* estrechamente unido (aunque al exterior, y sensiblemente, no lo conozca); y que nunca le desampare en medio de sus trabajos y cuidados, ni le deje apartarse de su especialísima amistad».

Celebración de la fiesta del Sagrado Corazón

En aquel mismo año, celebró, por primera vez, aunque privadamente, como era natural, la fiesta del

Sacratísimo Corazón de Jesús, que cayó en el día 20 de junio:

«Yo –escribía años más tarde– desde mi primer año de Teología, he celebrado, según mi tibieza, esta dulcísima festividad, al otro día de la octava» (*del Corpus*).

No hay constancia en los escritos y cuentas de conciencia que el Señor le pidiese por sí mismo el homenaje de celebrar esta fiesta; lo más probable es que lo hizo a raíz de la lectura del libro latino, que estaba recientemente publicado en Roma por el padre José de Galliffet, sobre el culto del Corazón de Jesús.

«Yo me consolé mucho en el Señor –escribía bastante después al P. Loyola– cuando leí el tomo del P. Galliffet, en San Ambrosio, y lo leí muchas veces».

Primeras manifestaciones del Corazón de Jesús

A estos fervientes cultos de Agustín, correspondía su divino Dueño con el extraordinario amor que siempre le había mostrado. Por este mismo tiempo, no sabemos precisamente la fecha, probablemente en el mismo mes de junio, pero lo más tarde durante el verano, cuando el mismo Agustín lo refería, el Señor se dignó mostrarle patente su Sagrado Corazón. Terminantes son las siguientes frases que nuestro hermano teólogo escribía en el mes de agosto, para el padre Calatayud, su director, como ya sabemos, en el colegio de San Ambrosio:

«En las comuniones, y en la oración, me decía y dice Su Majestad muy regaladas palabras...: unas veces me decía: *Hijo mío, no temas...*: Otras me dice o me muestra, la gran pena que aflige aquel *su divino Corazón*, porque no le dan lugar los hombres para que les comunique sus dones... Otras veces me da a entender: *Quiero que veas mi divino Corazón*. Y luego abre aquel benignísimo Corazón, lleno de inmensas misericordias, y yo quedo abrasado de amor y de dolor, entendiendo sus beneficios y nuestros pecados».

Consta, pues, que por este tiempo, no una, sino

COMPENDIO
DE LA
VIDA DEL PADRE AGUSTIN CARDAVERAZ,
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,
POR
EL P. JULIAN DE FONSECA,
DE LA MISMA COMPAÑÍA.

Lo escribió en el destierro por encargo del P. Francisco
Javier de Idiaguez.

Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

MADRID.—1862.
Imprenta de Tejado,
á cargo de Rafael Ludeña,
Silva, 12, bajo.

*Portada de la biografía del padre Cardaveraz
escrita por el padre Fonseca.*

varias veces, el Señor le mostraba patente y descubierto su divino Corazón, y le manifestaba sus íntimos secretos y sus inagotables riquezas.

En las breves frases de Agustín, se ve que en estas manifestaciones se contenían los dos componentes fundamentales del culto al Corazón Sacratísimo de Jesús: *la reparación y el amor*. Jesucristo le mostraba primeramente «la grande pena, que afligía su divino Corazón»; y de aquí surgían las reparaciones que Agustín ofrecía a su Señor, por las ingratitudes de los hombres. Le mostraba en segundo lugar su corazón como fuente inexhausta de «beneficios y misericordias»; y entonces Agustín quedaba abrasado en deseos de corresponder por su parte a aquella inmensa caridad. «Yo quedo —nos ha dicho— abrasado de amor y de dolor, entendiendo sus beneficios y nuestros pecados».

La devoción a la Virgen María

LA devoción que Agustín profesaba a la Reina de los cielos, era tiernísima y regaladísima, como hemos podido notar en varias de sus cartas. Muchos de los favores extraordinarios, y en cierta manera pudiéramos asegurar que todos, se los había dispensado el Señor por medio de María. Pues bien, el mismo Señor dispuso que por este tiempo su favorecido siervo recordase y agradeciese de una vez todos estos beneficios.

«Diré aquí brevemente —escribe al padre Calatayud— algo de la devoción a la Santísima Virgen, nuestra regaladísima Madre. Y aunque no es fácil reducir a cartas los muchos favores y regalos de esta soberana Señora, diré *summatim* algo de lo que V. R. ignora hasta el estado presente. Desde niño me comunicó el Señor un afecto y deseo encendidísimo de ser verdadero esclavo y querido hijo de esta dulcísima Madre; pues casi con la leche me infundió mi madre (que Dios haya) esta devoción, porque la tenía muy tierna, y me hablaba muy a menudo de ella. Después creció en mí tanto, que desde los once años (que ya frecuentaba la comunión en sus fiestas) rezaba el *Oficio parvo* todos los días, y hacía otros señalados obsequios a esta Señora, por la devoción y ternura que sentía con su memoria.

»Por este tiempo, mi madre me hizo hacer *Carta de Esclavitud* para con esta Señora, y me dijo que aquel día (era el de su santísimo esposo san José) había de tener, después de comulgar, una hora de oración mental, y dedicarlo todo al Señor. Yo, padre mío, no sabía lo que era, pero sólo el nombre de *oración mental*, me pareció tan bien, que luego fui a la iglesia, y tuve mi hora de oración delante del altar de Nuestra Señora, y quedé tan contento y aficionado a este ejercicio, que desde entonces me llamó el Señor a la soledad, y sin magisterio humano me enseñó a tenerla de la misma suerte, que estilamos en la Religión».

»Próximo al sacerdocio la Virgen le enriqueció con nuevas gracias. El día 5 de agosto, fiesta de Nuestra Señora de las Nieves, parece que debió de poner el colmo a sus misericordias. Entre otras maravillas, que le anegaron en un mar de inexplicables goces, apareciósele la serenísima Reina de los cielos radiante de gloria y de hermosura, y mostróle en una admirable visión cuatro ardientes corazones, que ella contemplaba ante su trono con indecible complacencia. Vio Agustín que fundiéndose entre sí por el fuego del amor aquellos cuatro corazones, venían a ser uno solo; y que tomándolos así unidos en sus purísimas manos la benignísima Señora, los encerraba, como en preciosísima urna, dentro de su Corazón maternal, más resplandeciente que el sol, manifestando de este modo los estrechos y amorosos lazos que entre sí, y con la Reina del cielo, los unían. Estos cuatro corazones eran el de Agustín, el de

Calatayud, el de Loyola y el de Bernardo de Hoyos. Grande sería nuestra satisfacción, si, como otras veces, pudiéramos hacer que el mismo Agustín de Cardaveraz nos diera cuenta de este prodigio, con el lenguaje del cielo que él sabe emplear, cuando narra estas altísimas comunicaciones. Mas aunque sabemos, por su correspondencia, que lo refirió extensamente a los padres Calatayud y Loyola, para que se consolasen en el Señor; estas preciosas relaciones han desaparecido ya de entre sus manuscritos. Al hermano Bernardo de Hoyos no se lo descubrió, porque la misma Santísima Virgen se encargó de declarárselo.

Conclusión del «Compendio de la vida del padre Cardaveraz», escrito por el padre Fonseca

SÓLO añadido aquí, por muestra, el preámbulo que se halla en su vida, antes de declarar sus virtudes. Dice así:

«Cuantos han conocido y tratado al padre Agustín de Cardaveraz, unánimemente aseguran haber sido heroicas y en grado excelente sus virtudes. Pero no convienen todos en señalar lo que le caracterizaba ó sobresalía más. Unos dicen que fue su humildad. A la verdad fue tan rara y singular, que jamas tuvo (lo que de pocos se contará), ni pensamiento, ni asomo de soberbia ó vanagloria.

Otros dicen que fue su obediencia. Otros, que su dulzura y afabilidad. Otros, que su celo y laboriosidad en el bien de los prójimos. Y lo mismo pudiera decirse también de las demás virtudes: de su limpieza de corazón, que fue extremada; de su paciencia, mortificación, etc. Nace esta variedad de ignorarse en gran parte su vida interior y escondida, que hizo dentro del Sagrado Corazón de Jesucristo, donde las aprendió todas, y con especialidad el amor a este Señor, de donde procedían las demás. Y a mi juicio este fue su carácter distintivo. Por lo cual, hasta que descubramos, como se hará luego, los secretos y misterios de su vida, no es fácil hacer el debido concepto de sus virtudes.

Por ventura sería la más acertada y discreta pintura de ellas, si se dijese sólo, que Dios escogió desde la infancia el alma de este su siervo para morada y templo suyo, en el cual habitó como en un lugar de recreo, de que nunca se ausentó; que por consiguiente le iba adornando cada día con nuevos dones, gracias y labores de su poderosa mano, haciendo crecer y florecer las plantas de las virtudes, y descubriendo a este fin las inestimables riquezas de amor, sabiduría y gracia, que están escondidas en el Santísimo Corazón de Jesús, para que a imitación y ejemplo de éste, conformase el suyo. Y si a esto se añade, que el padre Cardaveraz nunca resistió ni puso impedimento al cuidadoso cultivo de tan soberano y misericordioso Dueño, antes con una hambre y sed

insaciable de la justicia y perfección, junto con una profunda humildad, no aspiraba a otra cosa que a ofrecerle su corazón, dócil, aparejado y pronto para que en él obrase su Majestad cuanto le agradase, hasta hacerle todo suyo, quedaría acabada la pintura de sus virtudes, y ajustada a la realidad. Hacerlo por partes es dificultoso.

Y así el venerable padre Pedro de Calatayud, celeberrimo misionero, que enternecido con la dulce memoria de este gran jesuita, a quien sobrevivió dos años y más, y a quien trató y dirigió juntamente con el padre Juan de Loyola, quiso tomarse el trabajo, de los ochenta y un años de su edad, de dejarnos por escrito alguna noticia de su vida, compendiada en diez y seis hojas de letra menuda, y todas de su puño, y empieza diciendo: No es fácil formar suficiente concepto de las virtudes y misterios que el Señor obró en la mente y corazón del padre Agustín de Cardaveraz. La razón de esta dificultad es, el no poderse explicar bien la subida y la realzada perfección de lo interior, cuando se hace estudio de que el exterior no pase los límites de lo ordinario y común, como lo hizo por su humildad el padre Agustín, que en esto fue singularísimo.

Prosigue el citado padre Calatayud, y dice: Los rectores suyos... los provinciales, y los hombres más graves de la Religión, siempre le tuvieron por jesuita de eximia perfección y por santo. Y si he de dar asenso a lo que se derrama de sus escritos, que he leído, y a lo que yo, así desde el año de 1726 hasta el de 70, en que tuve correspondencia con él y le traté varias veces, el juicio que he formado es, que sus virtudes teologales y morales fueron heroicas en sumo grado.

De sus escritos dice, que están, a su juicio, llenos de unción del Espíritu Santo, y que los hombres doctos y prácticos directores de almas, singularmente ilustrados del Cielo, versados en la lección de libros ascéticos y expositivos de la Sagrada Escritura, si despues de leer y registrar bien las obras de santa Gertrudis, la *Vida interior* y *Moradas* de santa Teresa, la *Mística ciudad de Dios*, etc., pasasen a leer los escritos del padre Cardaveraz, me inclino, dice, a que habían de dar gloria a Dios, admirando su vida escondida *cum Christo in Deo*.

Dice más, que juzga conveniente se manfiesten al público, para edificación y admiración de los fieles y confusión de los tibios, los favores, ilustraciones, unión con Dios, y secretos avisos, que como liberalísimo Dador y Maestro Divino, fundó su Majestad sobre la heroica perfección de sus virtudes. Que la oración, de que el Señor para comunicarle tan íntimamente le dotó, fue de muchos y sublimes grados, de afectos tiernos y deliciosos, de estrechísima unión con su Majestad, y de quietud y silencio, y de alta contemplacion. De donde resultaba quedar su alma «sumergida y transformada en aquel abismo y piélagos inmenso del Ser Divino», al modo que «un terso y puro cristal puesto dentro del cuerpo del sol», sin perder su ser natural, «queda transformado en él.»

Tal es el juicio que de este siervo del Señor formó y declaró por escrito el ya citado padre Pedro de Calatayud, cuyo testimonio vale por mil, por ser de persona de tanta santidad, doctrina y experiencia.

De estos favores especialísimos y regalos celestiales, que se refieren en su vida, apuntaré también algún otro para muestra y no más, por la brevedad que pretendo. Desde el noviciado le descubrió el Señor los tesoros que están encerrados en Jesucristo, convidándole a que entrase por esta puerta de la vida eterna. A este fin se le aparecía muchas veces; unas, en forma de niño graciosísimo y lleno de inmenso resplandor; otras, en figura de mancebo modestísimo, ya cargado con la cruz a cuestas; ya coronado de espinas, convidándole a que le siguiese, pues Él iba delante; ya en traje de hombre mortal, y como anduvo su Divina Majestad en el mundo; ya como está ahora glorioso y sentado a la diestra de su Eterno Padre. Quería yo siempre, dice él mismo, echarme a sus dulcísimos pies, en espíritu, para llorar mis pecados. Pero algunas veces no me dejaba aquel divino y amoroso joven; antes con afabilísima blandura me levantaba con su poderosa mano, y le unía consigo, con un abrazo tan estrecho y suave, que me dejaba anegado en un mar de lágrimas, que no sé cómo no moría de dulzura y amor.

Poco antes de ordenarse de sacerdote (11-09-1729 de la carta al padre Loyola del 7-10-1729), le sucedió lo siguiente, que pondré con sus mismas palabras. Día del Dulcísimo Nombre de María Santísima, mi regaladísima Madre, me puse casi al anochecer a tener lección espiritual, por haberme tenido ocupado el Superior. Y me quejé amorosamente, hablando con este mi dulcísimo amor Jesús, de que aquella tarde no había podido ir a visitarle, y a descansar un rato con su Majestad en la tribuna. De allí a poco, como en ademán de quien me llamaba, me hizo su Majestad mirar a sí; y estando deleitándome con su hermosura inefable, vi como con sus divinas y poderosas manos abría su divino pecho y lлага del

costado, hasta descubrirse claramente su divino Corazón, volcán de amor infinito, relicario riquísimo de la Trinidad Beatísima; y habiéndose también abierto aquel Sagrario de la Divinidad, el benignísimo amor Jesús me dijo con muestras de inefables caricias, que entrase a descansar en él. «Hijo, entra en este mi corazón y descansarás en él a tu gusto.» Yo estaba suspenso, y su Majestad me metió luego con sus manos en aquel amorosísimo centro de eternas delicias. ¡Ay Jesús! Amor mío ¿Quién, Señor, podrá proseguir sin tomar alas para la eternidad, y morir aquí luego de amor tuyo? Entró por aquella puerta de Vida del Amor, que dijo: *Ego sum Ostium* (Yo soy la Puerta). Y al llegar mi alma a meterse en su divino Corazón, fue tan divina, tan fragante y peregrina su suavidad, que le bañó toda, que luego me sumergí y perdí en el golfo inmenso de la Divinidad... » y vi en aquellas divinas tinieblas e inmersión de la Divinidad... altísimos secretos... Al volver en mí, me dijo este Señor con tiernísimo amor: Hijo, esta es la primera vez que has entrado en mi divino Corazón. De aquí en adelante tendrás puerta franca para entrar en él a tu gusto, y descansa en mí. Aquí has de tener tu habitación y morada. Yo soy tu Dios y tu amado. Soy, y deseo ser todo tuyo, y que tú seas todo mío. Yo te escogí y te quiero tener por mío. Estas y otras altísimas cosas incluyó aquel favor, y después acá he «experimentado su cumplimiento. Sea el Señor de la Majestad glorificado por siempre; que sola mi ingratitud puede ser óbice para no morir de amor con la pluma en hacer memoria de estas invenciones divinas de mi amor Jesús. De este género de favores, prosigue él mismo, y regalos de dulcísimas palabras y promesas, de un modo de mirar divino, de dulces y penetrantes heridas y flechas de amor, de castísimos abrazos y otras mil demostraciones de mi dulcísimo amor Jesús, están llenas las telas y médulas de mi corazón, y son otros tantos estímulos de amor para despertar mi entorpecido, infiel, ingrato y tibio corazón.

«Aula de Teología desde el Corazón de Cristo»

El pasado 23 de enero, solemnidad de san Ildefonso, el señor arzobispo de Toledo, don Braulio Rodríguez Plaza, en calidad de presidente del Instituto Teológico San Ildefonso, y el señor obispo de Coria-Cáceres, don Francisco Cerro Chaves, como presidente del Instituto Internacional del Corazón de Cristo, firmaron el acuerdo para la creación del «Aula de Teología desde el Corazón de Cristo», con sede en el Instituto Teológico «San Ildefonso» de la archidiócesis de Toledo. El «Aula de Teología desde el Corazón

de Cristo» es una institución de investigación, formación y docencia en el ámbito de la teología católica, cuyo fin es promover el estudio de la teología, en cualquiera de sus especialidades (dogmática, fundamental, bíblica, patrística, litúrgica, moral, espiritual o histórica) desde la perspectiva del Sagrado Corazón de Jesús, en conformidad con el magisterio vivo de la Iglesia. La Ddirección del Aula ha sido encomendada a los sacerdotes de la Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

El padre Francisco Javier de Hoyos: «REINARE EN ESPAÑA»*

FRANCISCO CANALS VIDAL (†)

EN los años en los que se acercaban las tragedias políticas y las persecuciones religiosas de los años 1934 y 1936-1939, con frecuencia oíamos de nuestros padres, de nuestros profesores religiosos, o pronunciadas en la predicación sagrada, las palabras «Reinaré en España y con más veneración que en otras partes».

También era muy vivo el sentimiento de la persecución religiosa en México, y el grito de ¡Viva Cristo Rey!, pronunciado por el jesuita mártir, el padre Pro, hoy ya beatificado, alentaba como un estímulo a los que entonces éramos todavía niños, jóvenes, y servía de ejemplo a los que iban a ser pronto, también en España, mártires del Reinado de Cristo.

Eran más conocidas las palabras que en 1733 había comunicado el Señor al joven estudiante jesuita, prometiendo el Reinado del Corazón de Jesús en España, que la figura y la vida de Bernardo Javier Hoyos. De la esperanza del Reinado de Cristo en España hablaban entre sí el obispo mártir Irurita y el padre Ramón Orlandis. Aquel mensaje había movido a cuantos en la Iglesia y en la vida social española habían promovido la consagración de España al Corazón de Jesús, simbolizada en el Cerro de los Ángeles.

Ha sido una de estas admirables sorpresas de la Providencia el hecho de que hoy, casi del todo olvidada la promesa de 1733, casi siempre silenciada la palabra España, nos llegase la noticia de que en 19 de enero de este año, la Congregación para la causa de los santos haya declarado las virtudes heroicas y la aprobación de los escritos del jesuita Bernardo Javier Hoyos, nacido en Torrelobatón en 21 de agosto de 1711 y muerto en Valladolid en 29 de noviembre de 1735.

El reconocido autor cuyo nombre literario es Adro Xavier, ha escrito un libro: *Padre Hoyos. Su época. Su mensaje* (Editorial Balmes, Barcelona, 1996). Su oportuna aparición nos permite entrar en contacto vivo con la admirable biografía de aquel santo religioso, que Dios escogió para apóstol y profeta del Reinado del Sagrado Corazón de Jesús en España.

La vida del padre Hoyos fue una vida oculta. Murió al comienzo de su «tercera probación», es

decir, antes de que llegase a ser profeso con los últimos votos en la Compañía. Es una vida rápida e intensa. Nacido en un pueblo de la diócesis de Palencia, Torrelobatón, hijo de un notario, su familia procuró que cursase estudios en los colegios de la Compañía de Jesús de Medina del Campo, en el que estuvo por breve tiempo, y en el célebre colegio de Villagarcía de Campos, en el que entre los nueve y los catorce años de su edad estudió el ciclo característico de la formación humanística: tres cursos de gramática, ínfima, media y suprema, humanidades, y retórica.

Antes de cumplir los quince años de edad consiguió ser admitido en el noviciado de la Compañía, también en Villagarcía de Campos. Encontró ya los primeros obstáculos para su entrada en la Compañía, primero por parte de su familia y después por parte de sus superiores, que vacilaban en admitirlo, tal vez por su aspecto externo que no sugería una personalidad brillante.

Bernardo Javier de Hoyos fue conducido por la gracia de Dios por los caminos de una elevada vida mística. Este fue el motivo por el que sus superiores quisieron que comunicase por escrito al padre Agustín de Cardaveraz los íntimos secretos de su vida espiritual, y que además la correspondencia entre ambos fuese siempre conocida por el padre Juan de Loyola. La divina Providencia dispuso así que aquel joven que moriría tan prontamente, y que no alcanzaría a publicar escrito alguno, pueda ser hoy conocido por las cartas que se conservaron en que el padre Cardaveraz respondía a sus consultas, y que son el principal testimonio de aquella elevada vida mística.

Durante sus estudios vivió la experiencia del «desposorio espiritual con Cristo». He aquí las palabras que refiere haber oído dichas a él por Jesús:

«Alma escogida: yo te quiero por esposa... Igual es mi poder, mi grandeza, mi inmensidad, mi bondad, mis atributos y mis perfecciones con las del Padre y el Espíritu Santo.

»Esto fue en nombre de la divinidad, y lo que sigue, de la humanidad santísima: yo soy Dios y Hombre; dotado, en cuanto hombre de todas las dotes correspondientes a mi dignidad... a mí se me ha entregado el mando de todo lo criado, siendo rey de todo ello.

* Este artículo fue publicado en CRISTIANDAD, en el número 781-782, de julio-agosto de 1996.

Imagen del Sagrado Corazón que preside el altar de la basílica de la Gran Promesa de Valladolid.



»Esta hermosa máquina del universo con todas sus perfecciones me está sujeta como hacedor, en cuanto Dios y en cuanto heredero del cetro de Judá» (ob. cit., p. 125). Al escribir esto en 1730, no había cumplido Bernardo Javier todavía diecinueve años y cursaba el tercer año de filosofía. Es digno de notarse este texto por la conexión que siempre ha tenido el apostolado del Sagrado Corazón de Jesús con la afirmación del Reinado de Cristo en el mundo.

La vocación del padre Hoyos a este apostolado, por el que sería en España lo que fue para Francia santa Margarita María de Alacoque, ocurriría en el año 1733. La certeza del llamamiento divino la expresaba así en carta al padre Juan de Loyola:

«Yo no se cómo me vienen estos pensamientos, porque yo discurro muy poco sobre esta materia y sin discurso –es decir, sin razonamiento propio– me lo hallo todo hecho» (p. 299).

Pero Dios había querido que el primer sentimiento de la voluntad divina viniese después de la lectura de unas páginas de la obra del padre Gallifet, el gran apóstol que en 1726 publicó en Roma su obra en latín *Sobre el culto del sacrosanto corazón de Nuestro Dios y Señor Nuestro Jesucristo*. El motivo de esta lectura fue el atender al ruego del padre Agustín de Cardaveraz que tenía que pronunciar en la parroquia de San Antonio Abad de Bilbao un sermón en tomo a la fiesta del Corpus Christi, y le pidió a Bernardo Javier le copiara algunos párrafos del primer capítulo de la obra.

Aquel gran teólogo del Corazón de Jesús argumentaba, frente a los que ya entonces discutían sobre el origen de la devoción en «revelaciones privadas», que también la propia fiesta del Corpus había tenido su origen en las comunicaciones del Señor a santa Juliana de Falconieri, y apoyándose en esto defendía la autenticidad del mensaje contenido en los escritos de santa Margarita María de Alacoque. He aquí cómo refiere Bernardo Javier lo que Dios obró en él en ocasión de aquella lectura:

Día 3 de mayo (1733)

«Yo que no había oído jamás tal cosa, empecé a leer el origen del culto del Corazón de nuestro amor Jesús, y sentí en mi espíritu un extraordinario movimiento...»

Día 4 de mayo

«No pude echar de mí este pensamiento hasta que adorando la mañana siguiente al Señor en la hostia consagrada me dijo clara e distintamente que quería, por mi medio, extender el culto de su corazón para comunicar a muchos sus dones».

Día 5 de mayo

«Todo el día anduve con notables afectos al Corazón de Jesús, y ayer... repitióme la elección que había hecho de este indigno siervo suyo para adelantar su culto... que sería singular agrado suyo que esta provincia de su Compañía tuviese oficio y celebrase la fiesta de su corazón...»

Día 10 de mayo

«El domingo pasado inmediato a la fiesta de nuestro San Miguel, después de comulgar sentí a mi lado este santo arcángel que me dijo cómo extender el culto del Corazón de Jesús por toda España y, más universalmente, por toda la Iglesia, aunque llegará

día en que esto suceda, ha de tener gravísimas dificultades, pero que se vencerán; que él, como príncipe de la Iglesia, asistirá a la empresa...»

Día 14 de mayo: Ascensión del Señor

«Dióme a entender que no se me daban a gustar las riquezas de este corazón para mí sólo, sino para que por mí las gustasen otros. Pedí a toda la Santísima Trinidad la consecución de nuestros deseos. Y pidiendo esta fiesta en especialidad para España, en que ni aún memoria parece que hay de ella, me dijo Jesús: REINARÉ EN ESPAÑA CON MAS VENERACIÓN QUE EN OTRAS MUCHAS PARTES (pp. 244 a 248).

Aunque el padre Agustín de Cardaveraz vivía, desde hacía muchos años, la espiritualidad del Corazón de Jesús, no se había sentido movido a difundirla en otros, y mucho menos a darla a conocer públicamente. En 1733, no había casi memoria de ella en España.

A Bernardo Javier de Hoyos le daría la divina providencia la oportunidad de cumplir el encargo recibido sólo en el período que va del mes de mayo de 1733 al mes de noviembre de 1735 en que había de morir. En aquel breve período el fervor de su acción, en especial por correspondencia epistolar, iba a cambiar por completo la situación.

En 1734 el jesuita Pedro de Calatayud publicó en Murcia un libro sobre *Incendios sagrados del Corazón de Jesús en las almas devotas*. Aquel mismo año apareció en Pamplona la traducción de la obra *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, del jesuita francés Croiset, discípulo de san Claudio la Colombière y que había tenido intensa comunicación epistolar con la propia santa Margarita María de Alacoque. También por iniciativa de Bernardo Javier, su director y amigo el padre Juan de Loyola publicó en Valladolid la primera edición de su libro: *Tesoro escondido en el*

sacratísimo Corazón de Jesús descubierto a nuestra España. Siguieron las ediciones de Barcelona (1735) y Madrid (1736).

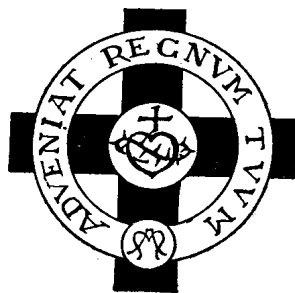
En esta edición de 1736 escribe ya el padre Loyola:

«Encendióse con casualidad misteriosa esta sólida devoción en un corazón amante de Jesús, que vivía, y murió ya en la nobilísima ciudad de Valladolid. De aquí volaron las centellas de este fuego sagrado por toda España».

Aquel pequeño grupo movido por Bernardo Javier Hoyos –los padres Cardaveraz, Calatayud, que en 1734 fundó en Lorca la primera cofradía del Corazón de Jesús, Peñalosa, el traductor de Croiset, Juan de Loyola–, habían conseguido que en pocos años la devoción al Corazón de Jesús pasara en España del desconocimiento a la difusión general y pública. Recién ordenado de sacerdote (en enero de 1735), el padre Hoyos conseguiría vencer todas las dificultades y celebrar, en tomo a la fiesta del Corpus de 1735, la primera novena pública al Sagrado Corazón, en la capilla de la Congregación Mariana del Colegio de la Compañía de Jesús de Valladolid (pp. 357 a 359).

Es aleccionador y estimulante advertir la plena conciencia que tenían aquellos primeros apóstoles del Corazón de Jesús en España de que estaban iniciando una obra que por designio divino tenía que fructificar definitiva y universalmente en España y en el mundo. La certeza de que serían vencidas todas las dificultades que el mismo Señor les había anunciado, es también para nosotros un renovado mensaje. El reinado del Corazón de Jesús en España, prometido en 1733, se habrá ido cumpliendo no tanto en la pública consagración oficial al Sagrado Corazón, sino también y muy especialmente en la semilla fecunda de los mártires de la gran persecución de los años 1936-1939, que fructificará sin duda en el futuro.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Abril

General: Para que toda tendencia hacia el fundamentalismo y el extremismo sea contrarrestada por el constante respeto, la tolerancia y el diálogo entre todos los creyentes.

Misionera: Para que los cristianos perseguidos por causa del Evangelio, sostenidos por el Espíritu Santo, perseveren en el fiel testimonio del amor de Dios por toda la humanidad.

Mayo

General: Para que se ponga fin al vergonzoso e inicuo comercio de seres humanos, que tristemente involucra a millones de mujeres y niños.

Misionera: Para que los ministros ordenados, las religiosas, religiosos y los laicos comprometidos en el apostolado, sepan infundir entusiasmo misionero a las comunidades confiadas a su cuidado.

San José Oriol (1650-1702)

Fidelidad y carismas en su labor sacerdotal

GUILLERMO PONS PONS

ME parece que en el presente año sacerdotal resulta muy oportuno evocar la figura de un sacerdote santo de Barcelona, José Oriol y Burgunyà. Fue un eclesiástico de humilde condición, tanto por sus raíces familiares como por su situación dentro del muy numeroso clero secular afiliado a las ocho grandes parroquias que por entonces existían dentro de la populosa Ciudad Condal.

Estaba muy bien preparado en cuanto a estudios y sobre todo tenían mucho arraigo en su espíritu una profunda espiritualidad y un encendido celo pastoral. Nunca ocupó, sin embargo, puestos de relieve dentro de la diócesis barcelonesa. Fue un simple beneficiado parroquial; pero su vida estuvo llena de fructuosas labores como sacerdote, y humildemente se ganó la estima del pueblo que recibió de él grandes bienes y favores, transmitidos siempre con la mayor sencillez.

En Cataluña y en otras diócesis del Levante español el clero era muy copioso, mientras que las parroquias, aunque fueran ampliando su vecindario, no se dividían ni se multiplicaban, al revés de lo que ocurría en las poblaciones que se iban desarrollando en Castilla y otras regiones del centro y norte de España. Los párrocos y sacerdotes que gozaban de más prestigio procuraban mantener esa estructura, alegando que este sistema era más favorable para los pobres, ya que los párrocos, según las normas y el espíritu del derecho eclesiástico, tenían la obligación de atender a las personas indigentes con todo cuanto les sobrara de sus copiosas rentas, mientras que si las parroquias eran muchas y pequeñas, los emolumentos sólo bastarían para mantener la vida y el decoro de los titulares de esas iglesias parroquiales.

Las parroquias barcelonesas por entonces eran como una especie de colegiatas, aunque sin prebendas canónicas, pero con un ingente número de beneficiados y presbíteros a ellas acogidos.¹ Este numeroso colectivo clerical del siglo XVII, por lo general, llevaba una vida honesta y piadosa, marcada por una notable austeridad y pobreza de medios económicos. Los beneficios parroquiales y las capellanías tenían una dotación muy tenue, que se complemen-

taba con pequeños estipendios y distribuciones que se recibían por participar en frecuentes actos de culto que los fieles en aquella época mandaban celebrar por sus particulares intenciones.

Quienes aspiraban al sacerdocio no lo hacían por afán de lucro, sino con una recta intencionalidad de orden religioso y de sentimiento cristiano, notas que se habían ido incrementando en la época de la implantación de la reforma tridentina. Entre esta clerecía no faltaban personas de una profunda vida espiritual y ejemplos de una santidad muy acendrada. Uno de estos sacerdotes ejemplares fue el eximio presbítero José Oriol, beneficiado durante bastantes años de la parroquia del Pino, dedicada a Santa María de los Reyes. En este trabajo trataré de destacar especialmente su espiritualidad sacerdotal y su actuación pastoral para con los fieles que iban en busca suya, no sólo los del interior de la ciudad, sino también los de muchas otras poblaciones de Cataluña. Todo esto hace que podamos descubrir una especial semejanza de san José Oriol con san Juan María Vianney. Incluso se ha calificado a ese sacerdote barcelonés como «un Cura de Ars catalán».²

Infancia y vocación sacerdotal

EN la infancia de José Oriol se reflejan las dificultades y angustias que en el siglo XVII afectaban a muchas familias instaladas en pequeñas casas de las angostas calles de las ciudades más populosas. Se veían sujetas a enfermedades contagiosas, a una mortalidad infantil muy elevada y a unas condiciones higiénicas precarias. El padre de José se llamaba Juan Oriol y su madre Gertrudis Burgunyà. Habían contraído matrimonio el 6 de junio de 1634. Los ocho primeros hijos de esta familia morirían todos siendo de corta edad. Finalmente el 23 de noviembre de 1650 nació José, el cual fue bautizado el mismo día en la iglesia parroquial de San Pedro de las Puellas, imponiéndosele los nombres de José, Miguel y Antonio.³

1. Cf. J. M^a. MARTÍ BONET, «La Iglesia de Barcelona», en *Historia de las diócesis españolas*, 2, BAC, Madrid 2006, pp. 240-244.

2. J. PIQUER, «Un Cura de Ars catalán». Artículo o nota de prensa recogida en una hoja dominical de Menorca, cuya fecha precisa desconozco.

3. En su partida de bautismo, siglos después se añadiría

Cuando el niño José contaba sólo unos ocho meses, en el mes de agosto de 1651, falleció su padre al producirse una horrible peste que assolaba la ciudad, y a causa de la cual parece que fallecieron también el segundo y el séptimo de los hermanos del pequeño, el cual, como es lógico, nunca pudo conservar memoria alguna de su padre y hermanos mayores.

Unos tres años después, el 22 de marzo de 1654, la viuda contrajo segundas nupcias con el también viudo y honrado zapatero Domingo Pujolar, el cual respecto del hijo de su esposa actuó siempre como un bondadoso padre. Madre e hijo, después de haberse contraído dicho matrimonio, trasladaron su domicilio a la casa del nuevo esposo situada en la calle llamada *d'en Xucllet*, dentro del distrito parroquial de Santa María del Mar. Del matrimonio de Domingo y Gertrudis nació un niño llamado también Domingo, el cual moriría a los trece años de edad.⁴

Domingo Pujolar cuidó de que José asistiera a la escuela de un maestro del barrio y le daba ejemplo con su vida de piedad muy vinculada al convento de los dominicos, de lo cual darían testimonio estos religiosos, relacionándolo con el ejemplar sacerdote José Oriol, quien desde niño se había manifestado muy piadoso y discreto en su porte y conducta. Pero no muchos años después, en 1663, falleció Domingo Pujolar, que tan amablemente había actuado con el hijo de su esposa. Parece que fue por entonces cuando José fue recibido como monaguillo en la parroquia de Santa María del Mar. Se daba, en efecto, preferencia para ello a los huérfanos o hijos de familias más necesitadas.

José, que ya desde muy pequeño se distinguía por su piedad y ansiaba encaminarse hacia el sacerdocio, experimentó en el servicio del altar un gozo espiritual muy intenso. Los sacerdotes de la parroquia descubrieron en él cualidades y anhelos muy singulares y contribuyeron a facilitarle el camino para poder continuar sus estudios a fin de seguir la vocación al sacerdocio que estaba muy enraizada en su corazón.

Unos dos años sirvió en la iglesia como monaguillo, pues al tener que seguir estudios no le era ya posible permanecer varias horas en el templo, como hacían los muchachos que ayudaban en una iglesia donde se desarrollaba un culto muy intensivo, sien-

do como eran más de un centenar los beneficios y capellanías que allí se habían fundado.

José Oriol siguió los cursos en la Universidad, instalada en el lugar que ahora se conoce aún como la *Rambla dels Estudis*, donde siguió los cursos de las facultades que se llamaban de Artes, o sea, de las materias de letras y filosofía, y después los de teología. En cuanto a la formación espiritual halló una valiosa dirección y guía en los padres del Oratorio de San Felipe Neri, que por entonces, en 1673, acababa de ser instituido.

Su inteligencia despejada y su intensa aplicación al estudio dieron muy buenos resultados, especialmente en teología, en la que obtuvo el título de doctor, y también en las materias relativas a la Sagrada Escritura y a la lengua hebrea, de tal modo que incluso opositó a una cátedra de este idioma. Con una notable preparación en ciencia y espiritualidad se encaminó, pues, a las órdenes sagradas.

Ordenación y primeros ministerios sacerdotales

EL 30 de mayo de 1676 José Oriol, a los veinticinco años de edad fue ordenado sacerdote en la capilla de las monjas de Santa Clara de la ciudad de Vic por el obispo Dr. Jaime Mas. El 29 de junio del mismo año cantaba su primera misa en la iglesia parroquial de San Pedro de Canet de Mar, pueblo donde tenía vínculos familiares, especialmente con la casa de los señores Milans, quienes le había apoyado mucho para poder realizar sus estudios.⁵

¿Cuál sería su primer campo de labor sacerdotal? No era fácil por entonces que un novel sacerdote hallara una capellanía o un beneficio que le vinculara de un modo estable a una iglesia determinada. José Oriol para poderse ordenar consiguió un beneficio en la diócesis de Gerona, pero se trataba de una ficción más que de una realidad, ya que posiblemente por la antigüedad de su fundación, sólo producía una renta anual de un escudo de oro, habiéndosele ofrecido una persona amiga a asignarle una pensión complementaria, por lo menos hasta que obtuviera un medio de sustentación más seguro, como imponía los cánones para poder recibir las órdenes sagradas.

Este complemento pecuniario le llegó poco después cuando una familia distinguida y piadosa, la del militar don Tomás de Gasnieri, de origen italiano y establecido en Barcelona, le ofreció el encargo de preceptor de sus dos hijos, José, de seis años, y Francisca, que sólo tenía dos. Diez años permaneció

esta nota: «Fou est noy Beatificat per Pio 7º en 15 de Maig 1806: y se li començà a donar culte en Barcelona a 6 de Juny de 1807». La parroquia de San Pedro de las Puellas era al mismo tiempo iglesia conventual de monjas benedictinas, cuya abadesa mandó colocar en la capilla bautismal un cuadro al óleo representando al beato. (JUAN BALLESTER CLARAMUNT, *Vida de san José Oriol*, Barcelona 1909, p. 16).

4. TOMÁS VERGÉS, *El Doctor Pa i Aigua. Sant Joseph Oriol*, Barcelona 1992, p. 25.

5. J. BALLESTER CLARAMUNT, *Vida de san José Oriol*, cit., pp. 70-72.



Imagen de san José Oriol que se venera en la iglesia barcelonesa de Nuestra Señora del Pino.

cería con esta familia, con muy buenos resultados en la educación de estos niños a los que preparó para su primera comunión que recibieron él a los diez años y ella a los ocho, temprana edad por lo que entonces se estilaba.

Muy pronto el preceptor dejó de comer en la mesa de los señores, pues comprendió que el Señor le llamaba a una vida más austera. Por las noches se retiraba a su vivienda en la que moraba su madre. Como se acostumbraba en las familias de posición elevada, el preceptor dedicaba algún tiempo a la enseñanza de los niños, pero en las horas que le quedaban libres acudía al Oratorio de San Felipe Neri, donde con gran dedicación ejercía los ministerios, sobre todo de confesión y predicación. Muchas personas piadosas frecuentaban este centro de espiritualidad y devoción. Así el joven sacerdote Oriol entró en contacto con un círculo de eclesiásticos y fieles de especial sensibilidad religiosa, siendo él muy apreciado por sus singulares virtudes.

A comienzos de 1685 falleció su buena madre Gertrudis a los 68 años de edad, a la que él asistió asidua y cariñosamente durante su enfermedad. Este acontecimiento produciría importantes cambios en la vida del santo sacerdote. Aconsejado probablemente por los celosos miembros del Oratorio, decidió entonces encaminarse hacia la ciudad de Roma.

Peregrinación a Roma

LA visita a la Ciudad Eterna, con el fin de venerar los sepulcros de san Pedro y san Pablo, las antiguas y venerables basílicas y las reliquias o «memorias» de otros muchos mártires y santos, así como el poder contemplar al Papa, constituía un vivo anhelo para muchas personas espirituales. No era, sin embargo, una empresa fácil, sobre todo si se hacía con un estilo de pobreza y sacrificio, como lo hizo José Oriol.

Realizó el itinerario casi sin emplear recursos pecuniarios. Corría el año 1686⁶. Iba provisto del documento eclesiástico o letras testimoniales del vicario general de Barcelona que acreditaban su condición de eclesiástico y su ejemplaridad de vida. Tenía por entonces unos 35 años. Sabemos que se sustentaba de limosna y pocos más son los datos que conocemos acerca de su ruta. Permaneció en Roma por espacio de unos ocho meses. Era por entonces Sumo Pontífice Inocencio XI (1676-1689), de la familia milanesa Odeschalchi. Se trata de uno de los papas más beneméritos de su época, que fue beatificado por Pío XII en 1956.

Los eclesiásticos del Oratorio filipense de Barcelona fueron, sin duda, quienes le pusieron en contacto con los de su congregación en Roma. Por eso le vemos relacionado con un sacerdote de Perpiñán residente en Roma, apellidado Balma, muy amigo del Sr. Olaguer de Montserrat, fundador del Oratorio barcelonés. Por cartas de dicho sacerdote de Perpiñán sabemos que José Oriol fue muy apreciado por el cardenal Patrucci y por monseñor Liberati.⁷ Estos excelentes varones muy adictos al Oratorio debieron tratar de encauzar favorablemente los asuntos del ejemplar sacerdote barcelonés, de tal modo que el Papa le otorgó un beneficio fundado en Santa María del Pino de Barcelona. En efecto, por entonces el derecho canónico establecía que correspondía directamente al Papa la provisión de una parte de los beneficios eclesiásticos vacantes.

En Santa María del Pino

EN esta venerable parroquia, cuyo título es el de Nuestra Señora de los Reyes, o sea, de la Epifanía, y cuyo edificio del siglo XIII, que no es el primitivo, constituye un precioso ejemplar del gótico catalán,⁸ desarrollaría san José Oriol su preciosa labor pastoral por espacio de unos quince

6. T. VERGÉS, *El Doctor Pa i Aigua*, cit., p. 37.

7. J. BALLESTER, *Vida de san José Oriol*, cit. pp.96-100.

8. J. M. GARRUT ROMÁ, *Itinerarios de piedad en Barcelona*, 1952, pp. 33-36.

años, hasta el día de su glorioso tránsito a la patria celeste. También a este templo acudirían en busca del santo sacerdote una multitud de personas de toda Cataluña y quizá de otros territorios, y se manifestarían los muy especiales dones de consejo y de curación tanto para los cuerpos como para las almas, carismas que el Señor le concedió en beneficio del pueblo cristiano.

Su tenor de vida y su sagrado ministerio fueron un precioso ejemplo y testimonio, tanto para el numeroso clero barcelonés, como para los feligreses y demás fieles que se le acercaban constantemente. Participaba en el intenso culto litúrgico que cada día se desarrollaba en el templo, con el canto de la misa y de las Horas canónicas. Además durante la mañana en sus numerosos altares y capillas se celebraban misas y se administraba el sacramento de la Penitencia. José Oriol pidió poder celebrar cada día la última de las misas, a pesar de que se había de permanecer sin tomar alimento desde la media noche anterior. Casi durante toda la mañana y parte de la tarde se dedicaba a oír confesiones de los penitentes, que de modo semejante al caso del Cura de Ars, era a él personalmente a quien deseaban tener como confesor.

Tenía su confesonario en la capilla del Santo Cristo de la Sangre, que era también la del Sagrario. Allí se presentaban los penitentes y enfermos. Una vez terminado el tiempo destinado a las confesiones, José Oriol, revestido del sobrepelliz y de la muceta formada por la esclavina de paño negro con vueltas de seda de color morado, acompañándole el sacristán que llevaba el acetre del agua bendita, se iban acercando junto a la barandilla del altar las personas dolientes. El santo rezaba con ellas, les consolaba, les daba buenos consejos, les imponía las manos y con el agua santa ungía sus heridas implorando la salud de alma y cuerpo. Todos los enfermos se sentían aliviados y no pocos reconocían después que sus males habían desaparecido. Los testimonios sobre curaciones maravillosas solían ser abundantes y muchas de ellas serían testificadas en el proceso de beatificación.⁹

La dirección de almas fue otra faceta muy destacada en la vida pastoral del santo. Además de visitar a muchos enfermos, acudía también a las casas de familias con las que había trabado amistad, sobre todo si ello le ofrecía la oportunidad de tratar temas espirituales. He aquí un ejemplo: Una de estas casas era la de Josefa Rossell de la calle Condal, en donde funcionaba un taller de costura al que acudían niñas y jóvenes. El bondadoso sacerdote se sentaba entre ellas y les hablaba del Señor, de la Virgen y de los santos, dándoles buenos consejos e infundiéndoles sentimientos de piedad. Ellas le contemplaban con afecto; veían la pobreza de su vestuario, pero al mis-

mo tiempo su limpieza, y sobre todo descubrían su gran amor a Dios y cómo con frecuencia dirigía su mirada hacia la imagen del Santo Cristo que había en el taller.¹⁰

En cuanto a su espiritualidad recordemos sólo algunos rasgos. Desde su infancia anhelaba estar ante el sagrario, donde la gente sabía que se le podría encontrar cuando le buscaba. Al celebrar misa, los acólitos advertían que su rostro se transfiguraba después de la consagración. A los enfermos a quienes bendiciéndoles les aliviaba o curaba, les conducía después ante un cuadro de la Virgen de la Leche y hacía que todos se encomendaran a María, a quien él veneraba con filial afecto. De la Pasión de Cristo él era devotísimo. A las niñas que ataviadas con una corona de flores asistían a la procesión de Corpus, les decía: «Ya que lleváis en la cabeza una corona de flores, acordaos de la de espinas que con tanta afrenta llevaba el buen Jesús para salvarnos.»¹¹

Ansias de martirio y muerte santa

EN 1698 el carismático y santo sacerdote emprendió viaje hacia Roma, como lo había comunicado por carta a su amigo Balma, residente en la ciudad papal. Quería pedir la aprobación, por parte del organismo *De propaganda fide*, a fin de pasar a Tierra Santa y desde allí a tierras de misión, dispuesto a entregar su vida posiblemente con el martirio. Los sacerdotes y el pueblo de Barcelona sentían mucho esta decisión, pero la respetaban. Las costureras del taller que solía visitar y de las que fue a despedirse, le suplicaban que no se fuera. Él les dijo sencillamente: *Déu sap el que faré* («Dios sabe lo que voy a hacer»).

Estando en Marsella, enfermó de gravedad. La Virgen le devolvió la salud, advirtiéndole en una visión que debía regresar a Barcelona. Así lo hizo en un barco que se vio envuelto en una fuerte tempestad. Ya no pensó más en ese su tan generoso proyecto.

A finales de febrero o principios de marzo de 1702 se puso enfermo. Se instaló en casa de su buen amigo Esteban Llobet, donde estando en cama recibió los sacramentos. Previéndose cercana su muerte, el 22 de marzo el maestro Tomás Milans acudió allí llevando un arpa y acompañado de algunos niños de coro. Cantaron a voces la secuencia de la Virgen Dolorosa *Stabat Mater*. El moribundo escuchó el canto con gran devoción y exclamó: *Que bonic que es això!* («¡Qué hermoso es esto!»). A las pocas horas, hacia la una de la madrugada del día siguiente, entregó plácidamente su alma al Señor.

10. T. VERGÉS, *El Doctor Pa i Aigua*, cit., p. 44.

11. J. BALLESTER, op. cit., p. 396.

9. J. BALLESTER, *Vida de san José Oriol*, cit., pp.434-438.

Katyn 1940–2010: el dolor y la esperanza

MARCIN KAZMIERCZAK

EL MÉRITO PÓSTUMO DEL PRESIDENTE POLACO LECH KACZYNSKI HA SIDO UNIR EN UNA SOLA VOZ AL PUEBLO POLACO PARA REIVINDICAR SU HISTORIA Y SU IDENTIDAD NACIONAL.

Los avatares de la historia

A cualquiera que conozca al menos un poco la historia reciente de Polonia la palabra *Katyn* le recuerda uno de los numerosos episodios del martirologio nacional polaco de los últimos dos siglos. Se trata de la matanza de más de veinte mil oficiales e intelectuales polacos a manos del invasor soviético en primavera de 1940.

Además de ser una gran tragedia en sí misma, este hecho resulta particularmente doloroso en la memoria colectiva de los polacos, puesto que se convirtió en objeto de una lamentable manipulación mediática por parte de ambos invasores totalitarios: la Alemania nazi y la Unión Soviética que inicialmente se repartieron el territorio polaco entre sí (el pacto Ribbentrop-Mólotov de agosto de 1939) y, rota su efímera amistad, a partir de 1941 se disputaron su territorio dentro del teatro de la segunda guerra mundial llamado el «Frente Este».

Al descubrir en 1941 las fosas repletas de cadáveres vestidos de uniformes militares los alemanes intentaron aprovechar la matanza stalinista para sus fines: romper el recién formalizado acuerdo entre la Rusia soviética y el gobierno polaco en el exilio e incluso, a ser posible, abrir una brecha entre Stalin y los aliados occidentales. A su vez, los soviéticos, achacando mentirosamente la autoría de los hechos a los alemanes, intentaron limpiar su imagen a la vez que ganarse la simpatía y el apoyo de los polacos.

La mentira histórica de Katyn

Lo grave del asunto es que esta mentira histórica no se acabó al terminar la segunda guerra mundial, sino que duró hasta el final del gobierno comunista en Rusia y en Polonia a finales de los ochenta. El autor de este artículo recuerda con claridad la actitud heroica de su profesor de historia en la escuela primaria en la Polonia de los años

Marcin Kazmierczak es profesor de la Universitat Abat Oliba CEU



Cadáveres de una de las fosas de Katyn

80 quien al decir la verdad sobre Katyn cometía un crimen político contra el régimen y corría el riesgo de la expulsión del colegio y hasta privación de la libertad. No todos los profesores tenían el mismo coraje.

Recuerdo también otra escena, cuando la profesora de lengua polaca, preguntada por la invasión soviética del 17 de septiembre del 1939 (era una persona mayor que sin duda alguna recordaba aquellos hechos), se sonrojó y dijo: «yo de esto no sé nada». Insisto: de esos recuerdos míos han pasado apenas más de dos décadas y, aunque desde la época de Gorbachov y Yeltsin las autoridades rusas han ido reconociendo la autoría del crimen por parte del equipo de Stalin, en las últimas dos décadas el tema seguía siendo sumamente incómodo para ellas. Es así por diversas razones, pero sobre todo porque ello desfiguraba la imagen heroica del Ejército Rojo, visto como defensor victorioso de la patria rusa contra los alemanes y un indispensable aliado de Occidente en la lucha contra Hitler. Ambas cosas son verdad, pero solamente desde que en junio de 1941 Hitler traicionó a su aliado Stalin y empezó su *blitzkrieg* hacia Moscú, San Petersburgo y los pozos petrolíferos del Cáucaso.

Lo que hasta hace poco resultaba incómodo a los líderes de la Rusia actual era hablar de lo que había sucedido entre el año 1939 y 1941: la alianza militar de Stalin con Hitler (el mencionado pacto



Polonia recuerda a las víctimas del accidente aéreo.

Ribbentrop-Mólotov de agosto de 1939) y la eliminación de las elites polacas mediante la matanza de Katyn.

La victoria póstuma del presidente Kaczynski

EN este sentido, el fatídico accidente cerca del aeropuerto de Smolensk acaecido recientemente el 10 de abril de 2010 se convierte paradójicamente en una victoria póstuma del presidente Lech Kaczynski. En ese viaje el jefe del Estado polaco acompañado por muchos personajes relevantes de la vida pública de su país se dirigía a Katyn para rendir homenaje a los oficiales polacos en el setenta aniversario de la matanza.

Kaczynski ha convertido en uno de los empeños principales de su mandato la reivindicación de la historia y la identidad nacional de su pueblo. No solamente en su lado martirial y trágico, como es el caso de las investigaciones sobre Katyn, el Museo de la Insurrección de Varsovia contra los alemanes en 1944, etcétera, sino también de las páginas gloriosas.

Para volver con otro recuerdo personal: la última vez que tuve la posibilidad de ver al difunto presidente de cerca fue hace un par de años asistiendo a la celebración del aniversario del llamado «Milagro del Vístula», la gran batalla polaco-soviética del 1920, en la cual el ejército polaco obtuvo una sonora victoria salvando de este modo no solamente su capital, sino también la existencia de su estado, de nuevo amenazado por el invasor del este. Dicho sea de paso, muchos historiadores consideran –lo mencionó el mismo primer ministro Vladimir Putin– que la matanza de Katyn pudo ser una venganza de Stalin contra los soldados polacos por la Batalla de Varsovia de veinte años atrás. Una hipótesis más que probable.

Así pues, el presidente Kaczynski, quien luchó por salvar la historia de su pueblo del olvido, mediante su muerte ha conseguido más de lo que hubiera soñado: el nombre de Katyn ha pasado no so-

lamente a la memoria colectiva de sus compatriotas, sino a la memoria colectiva del mundo entero. La noticia de la catástrofe, que recorrió y conmocionó al mundo entero, trajo, como reacción en cadena, un aumento del interés por los terribles sucesos acaecidos setenta años antes. Un ejemplo de ello es el hecho de que las cadenas televisivas de muchos países del mundo han contactado en los últimos días con la televisión polaca mostrando su interés por emitir la película de Andrzej Wajda: *Katyn. Post mortem*, que hasta ahora ha pasado desapercibida por el gran público.

El camino hacia la reconciliación

EN general, las muestras de solidaridad y simpatía por parte de los dirigentes políticos de todos los países, empezando por los más poderosos, han sido extraordinarias. Pero lo que merece la pena ser destacado en particular es la oportunidad que este dramático suceso brinda a las relaciones ruso-polacas.

Los medios de comunicación polacos, así como los personajes públicos al unísono declaran su agradecimiento a las autoridades rusas, que actuaron de una manera impecable en relación con las instituciones polacas y las familias de los pericados en la catástrofe. El pueblo ruso a día de hoy sigue dando muestras de unión en el luto encendiendo velas y depositando flores ante los edificios de la embajada y los consulados polacos en Rusia.

Según concluyó a raíz de estos sucesos el cardenal de Cracovia Stanislaw Dziwisz: «tenemos que madurar para ser capaces de decir a nuestros hermanos rusos: perdonamos y pedimos perdón», haciendo alusión a la famosa frase pronunciada por el episcopado polaco en una carta al episcopado alemán en el año 1965, que marcó un hito fundamental en el camino de la reconciliación polaco-alemana.

La actitud del presidente Medvediev y del primer ministro Putin, así como la proyección inmediata de la película *Katyn* en el *prime time* de la televisión pública de Rusia parecen apuntar hacia este camino. En respuesta, igualmente esperanzadora, se erige el mensaje de agradecimiento y amistad leído por el popular actor polaco Daniel Olbrychski en el momento de máxima audiencia de la televisión polaca y firmado por personajes relevantes de la vida política y cultural y miles de internautas polacos.

Si este suceso pudiera servir como un paso importante en el camino de reconciliación entre los eternos enemigos: Polonia y Rusia, ya no sería meramente la victoria de un hombre, sino de dos grandes naciones, encadenadas hasta ahora en una dramática enemistad histórica.

La Pascua, esperanza mesiánica

Con ocasión de la predicación del padre Cantalamessa el Viernes Santo en la Basílica Vaticana

JAVIER DE ARALAR

CADA 19 años nuestra Pascua católica cae en la misma semana que la Pascua judía. Aludiendo a ello, el padre Raniero Cantalamessa OFM Cap., predicando en la basílica de San Pedro el pasado Viernes Santo, y en referencia a los reiterados ataques contra el Papa y la Iglesia católica, dijo en presencia del Pontífice: «...los hermanos judíos saben por experiencia qué significa ser víctimas de la violencia colectiva, y también por esto están dispuestos a reconocer sus síntomas habituales. He recibido en estos días carta de un amigo judío y, con su permiso, comparto aquí una parte. La carta dice: «Estoy siguiendo con disgusto el ataque violento y concéntrico contra la Iglesia, el Papa y todos los fieles por parte del mundo entero. El uso del estereotipo, el paso de la responsabilidad y la culpa personal a la colectiva, me recuerdan los aspectos más vergonzosos del antisemitismo. Deseo por tanto expresarle a usted personalmente, al Papa y a toda la Iglesia mi solidaridad de judío de diálogo, y de todos aquellos que en el mundo judío (y son muchos) comparten estos sentimientos de fraternidad».

Por referir este reconocimiento del amigo judío manifestando algo tan obvio como que la utilización del estereotipo –pasar de la anécdota de la culpa personal a la categoría de culpa colectiva– es táctica usual de los calumniadores, empleada sistemáticamente por el antisemitismo, el predicador capuchino ha sido objeto de las más agresivas críticas; se ha visto desautorizado y ha debido excusarse y pedir perdón. No voy a referirme a esta cuestión, sino a algo más notable.

«Nuestra Pascua y la vuestra tienen indudables elementos de alteridad»

LA carta del amigo judío sigue diciendo: «Nuestra Pascua y la vuestra tienen indudables elementos de alteridad, pero viven ambas en la esperanza mesiánica que con seguridad nos reunirá en el amor del Padre común», afirmaciones que merecen analizarse.

Que «nuestra Pascua [judía] y la vuestra [cristiana] tienen indudables elementos de alteridad», es

evidente, y no sólo porque los judíos religiosos celebran su *Pesaj* o Pascua en el plenilunio, día 14 de la luna nueva del mes de nisan, ni porque la Pascua judía conste de dos fiestas sucesivas: la de pascua o tránsito, y la de los ázimos o del pan sin levadura, sino fundamentalmente porque el hecho que se recuerda y celebra en la Pascua judía y en la cristiana es distinto: en la judía es el hecho histórico de su liberación por Yahvé de la aflicción y amarguras sufridas en el cautiverio en Egipto, mientras que para los cristianos se festeja el hecho histórico de la Resurrección de Cristo, Hijo de Dios, segunda persona de la Santísima Trinidad.

Los judíos siguen el calendario lunar y los cristianos orientales siguen en buena parte el calendario juliano, propio del Imperio romano, mientras que en la Iglesia católica rige desde 1582 el calendario llamado gregoriano, que por los nuevos conocimientos astronómicos avanzó 10 días, pero en ciclos de 19 años la luna nueva coincide en los mismos días del año solar, y así ha sucedido en 2010, en que la celebración de la Pascua ha tenido lugar en la misma semana por parte de católicos, ortodoxos y judíos, lo que ha desbordado Jerusalén de celebraciones.

El simbolismo histórico de la Pascua judía

PARA los judíos religiosos «*la Pascua es el paso del Señor*» (Ex 12-11) pues en ese día pasó su emisario, el Ángel del Señor, por las casas de los egipcios matando en una noche a todos sus primogénitos. La celebraron por primera vez apresuradamente, aun esclavos en Egipto, y hoy cumplen el mandato de festejar su memoria como fiesta en honor de Yahvé todos los años (Ex 12-14).

El simbolismo histórico de la fiesta judía reproduce su última noche en Egipto; así el 14 de nisán tras la puesta del sol, cuando comienza el día para los pueblos nómadas, deben asar en casa un cordero, para comerlo por familias por la noche, con panes ázimos y hierbas amargas, de pié, con las sandalias puestas, ceñidos los lomos y el bastón en mano, comiendo de prisa, como viajeros a punto de partir, y quemando los restos. Re-

cuerdan como con la sangre del cordero degollado sus antepasados debieron tinter las jambas de las puertas y el dintel de sus casas para que el ángel exterminador pasara de largo. Moisés les anunció: «Y cuando hayáis llegado al país que os ha de dar, conforme prometió, observaréis este rito. Y si vuestros hijos os preguntan ¿qué significan estas ceremonias?, responderéis: es el sacrificio de la Pascua en honor de Yahvé, quien pasó de largo cuando hirió a los egipcios y salvó nuestras casas.» (Ex 12,25-27). «Noche de vela fue aquella para Yahvé para sacarlos de la tierra de Egipto; esa noche es noche de vela en honor de Yahvé para todos los israelitas en sus diversas generaciones.» (Ex 12,42). El día siguiente, 15 de nisán, se celebra la fiesta de los ázimos o del pan sin levadura, día de sacrificio y acción de gracias por la liberación del pueblo.

El simbolismo profético de la Pascua cristiana y judía

PERO la fiesta de la Pascua, además del recuerdo de un hecho histórico –para los judíos la liberación de la esclavitud de Israel, y para los cristianos la Resurrección de Cristo, Hijo de Dios– la fiesta encierra para judíos y cristianos un simbolismo profético de promesa de salvación. Para los judíos la esperanza de «*un mundo en el que reine la justicia y la paz, el “shalom” deseado por los legisladores, los profetas y los sabios de Israel.*» (Benedicto XVI)

Para los cristianos, «La salvación de la Iglesia está místicamente prefigurada en la salida del pueblo elegido de la tierra de esclavitud» (Concilio Vaticano II, *Nostra aetate*, 4), pues en la figura del cordero degollado en la Pascua judía se prefigura a Cristo, «inmolado para ser nuestra Pascua» (Cor 5-7.) «nuestro cordero pascual inmolado» (Jo 19-36), el Hijo de Dios que quita los pecados del mundo, pues sólo Él, siendo Dios, puede quitar los pecados de los hombres, «ningún otro puede salvar; bajo el cielo, no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos» (Hechos 4,11-12).

La celebración del oficio cristiano está así presidida por el cirio pascual, imagen de Cristo resucitado, luz del mundo, por cuya sangre nosotros hemos sido hechos «hijos de la luz.» La cera es la figura del cuerpo de Cristo, la mecha lo es el de su alma, y la llama de su divinidad, representando los tres elementos la unión de la naturaleza divina y humana en la persona divina de Cristo.

«Nuestra Pascua y la vuestra... viven ambas en la esperanza mesiánica»

PERO la fiesta de Pascua es también, para unos y otros, signo profético de esperanza. Para los judíos es signo de la culminación de su elección como pueblo de Dios, mediante la que serán bendecidas todas las naciones, esperanza, que si es interpretada farisaicamente por muchos como dominio, para nosotros los cristianos, es signo del cumplimiento de las promesas de paz y unidad para todos los hombres, que ha de traer el Mesías. Esta esperanza es a la que alude el citado texto del amigo judío del padre Cantalamesa: «*Nuestra Pascua y la vuestra... viven ambas en la esperanza mesiánica que con seguridad nos reunirá en el amor del Padre común.*»

Es hermoso constatar cómo en la Iglesia y en judíos piadosos se vive la Pascua en la esperanza mesiánica de que se han de cumplir las promesas que anunciaron los profetas, y de que, como afirma el comunicante judío «*con seguridad*», el Padre común nos reunirá en su amor. Esta esperanza ecuménica de la Iglesia no es otra que la expresada en el verso joánico: «*Y tengo otras ovejas que no son de este redil; también a éstas tengo que traerlas, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor*» (Jn 10,16).

Intuimos que el Papa, al escuchar la lectura de esta carta, oíría como un eco de respuesta a su discurso del domingo 17 de enero de 2010 –2 shevat 5770 de la era judía– a la comunidad judía de Roma durante su visita a la Gran Sinagoga, en el que les dijo: «Con el ejercicio de la justicia y la misericordia, judíos y cristianos están llamados a anunciar y a dar testimonio del Reino del Altísimo que viene, y por el que rezan y actúan cada día en la esperanza.» Allí anunció el Papa, sin dubitaciones ni condicionantes, que el Reino del Altísimo viene, y que por él rezan y actúan cada día en la esperanza, «*Adveniat Regnum tuum*», cristianos y judíos.

Esta «*seguridad*» con que el amigo judío sostiene el cumplimiento de la esperanza mesiánica, es la misma seguridad con que, citando al profeta Sofonías, se afirma categóricamente la esperanza ecuménica de la Iglesia en el profético texto de la declaración del Concilio Vaticano II *Nostra aetate* (4): «*La Iglesia, juntamente con los Profetas y el mismo Apóstol espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y le servirán como un solo hombre*» (Sof 3,9).

Después de la primera Pascua

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

Durante esta primera Pascua, que describe san Juan, Jesús recibió a un fariseo, de nombre Nicodemo y que fue a verle de noche. Éste aparecerá, más tarde, en dos ocasiones, siempre en el relato de este evangelista (Jn 7, 50 y Jn 19, 39). Como es sabido, los fariseos no aceptaban a Jesús como Mesías, pero, a diferencia de la secta saducea, en su origen no eran perversos. Jesús les increpará repetidamente, porque, siendo creyentes, estaban tergiversando la Ley y haciendo de ella una religión humana que, además, ignoraba la misericordia de Dios. Hay que decir que, contra lo que se suele oír en algunas homilías, la misericordia está muy presente en el Antiguo Testamento, sobre todo en los Profetas, aunque naturalmente será Jesucristo Hijo de Dios quien la coloque en el primer lugar de la Revelación siendo, Él mismo, la Misericordia. Nicodemo, no obstante esto, visita a Jesús:

«Un fariseo, aristócrata entre los judíos, llamado Nicodemo, se acercó a Jesús por la noche para decirle: Maestro, sabemos que vienes como doctor de parte de Dios, pues nadie puede obrar los prodigios que tú obras, si Dios no estuviese con él. Le respondió Jesús: En verdad, en verdad te digo, que quien no naciere de arriba, no puede ver el Reino de Dios ...»

Jesús se declara a Nicodemo como Mesías, Hijo de Dios, y de momento no se sabe el impacto que estas palabras tendrán en el fariseo. Sólo más adelante veremos a Nicodemo en la fiesta de los Tabernáculos del tercer año, defendiendo la misión mesiánica de Jesús, y después de la crucifixión participará con José de Arimatea en la colocación de su santísimo cuerpo en el sepulcro.

«... Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, del mismo modo es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado; para que todo el que crea en Él tenga la vida eterna, pues de tal modo amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo unigénito, a fin de que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Porque Dios no envió su Hijo al mundo para condenar al



Pozo de la Samaritana

mundo, sino para que mediante Él se salve el mundo ...» (Jn 3, 1 - 21)

Tras la Pascua, Jesús predica en Judea:

En esta primera Pascua, Jesús no vuelve enseñada a Galilea; se queda un tiempo indeterminado en Judea predicando y bautizando, en forma similar a lo que estaba haciendo san Juan Bautista.

«Después, Jesús marchó con sus discípulos al territorio de Judea, donde moraba con ellos y bautizaba.

También Juan bautizaba en Ainón, cerca de Salim, donde el agua era abundante y la gente venía a hacerse bautizar.

Pues Juan aún no había sido encarcelado ...» (Jn 3, 22 - 24)

Esta actividad de Jesús en Judea es poco conocida, porque no es un fragmento del evangelio de san Juan que aparezca normalmente en la liturgia de la palabra, en la Santa Misa. Sin embargo es muy ilustrativo para nuestra lectura contemplativa, porque nos permite ver que, al comienzo del segundo año de la vida pública de Jesús, y cuando san Juan estaba en Galilea («... Ainón, cerca de Salim ...»), Jesús

predicaba entre Jerusalén y la frontera con Samaria. Recordemos que esta ubicación del Bautista ya la pudimos comentar, precisamente en la contemplación del Bautismo de Juan. A Jesús lo bautizó cerca del vado de Jericó (aunque en la otra orilla, en Transjordania), pero después se desplazó más al norte.

Pero esta predicación, que incluía el bautismo de penitencia, duró relativamente poco (en realidad no podemos saber cuanto), porque finalmente, Jesús decidió volver a Galilea para no competir con el Precursor.

«Pero cuando conoció Jesús que los fariseos habían sabido que Él reunía más discípulos, y bautizaba más que Juan, aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos, dejó la Judea y partió nuevamente hacia Galilea. Debía por tanto pasar por Samaria ...» (Jn 4, 1 - 4)

El regreso a Galilea lo hace atravesando Samaria. No era una ruta muy habitual entre galileos y judíos porque estaban muy enemistados con los samaritanos. Ellos preferían, especialmente si viajaban en grupo, remontar el curso del Jordán, por el otro lado, después de «bajar» a Jericó. No era la ruta más lógica debido al desnivel, y a que debían cruzar el río dos veces, pero solían hacerlo en estos viajes propios de las celebraciones pascuales.

En esta ocasión, sin embargo, Jesús prefiere la ruta directa. No dice el evangelista por qué, pero lo que acontece en Siquem a medio camino será, como veremos, para mayor gloria de Dios.

La Samaritana

«... Llegó, pues, a una ciudad de Samaria, llamada Sicar, cerca de la finca que legó Jacob a su hijo José; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, se sentó junto al pozo. Eran las doce del mediodía poco más o menos. Llegó una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dijo: Dame de beber. Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar comida. Respondióle la mujer samaritana: Siendo tú judío, ¿Cómo me pides de beber a mi, que soy samaritana? porque los judíos no se avienen con los samaritanos. Replicóle Jesús: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, sin duda le pedirías tú y Él te daría agua viva ...»

[...]

«... Señor, le dijo la mujer, dame de este agua, para que no tenga sed ni venga aquí a sacarla. Je-

sús le contestó: Ve, llama a tu marido y vuelve. Respondió la mujer: No tengo marido. Díjole Jesús: Tienes razón al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu marido. En esto dices verdad. Señor, replicó la mujer, veo que eres un profeta. Nuestros antepasados adoraron en este monte; pero vosotros decís que es en Jerusalén donde hay que adorar. Díjole Jesús: Créeme a mí, mujer, porque ha llegado ya la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, pues la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, y es ésta ya, cuando los verdaderos adoradores adoren al Padre en espíritu y en verdad. Pues éstos son los adoradores que Dios quiere. Dios es espíritu, y sus adoradores deben adorarlo en espíritu y en verdad ...»

[...]

«... Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él, fundados en la palabra de la mujer, que afirmaba: Me descubrió todo cuanto he hecho. Por eso, cuando los samaritanos se presentaron a Jesús le rogaban que se quedase con ellos. Y se quedó allí dos días. Al cabo de los dos días salió de allí hacia Galilea ...» (Jn 4, 5 - 42)

Sicar o Siquem, es actualmente la población de Cisjordania llamada Nablus. El pozo que Jacob había mandado cavar a su regreso de Mesopotamia, estaba allí en tiempo de Cristo y, aunque actualmente se halla bajo tierra, allí sigue todavía. El brocal no es el mismo, evidentemente, pero sí el pozo propiamente dicho. Se encuentra en un subterráneo, como ocurre con la mayoría de los lugares santos, porque las sucesivas construcciones y demoliciones del paso de los siglos, obligan a excavar para encontrar los restos auténticos.

La pequeña capilla, a la que se accede hoy por la nave de un nuevo templo en construcción, bajando unas escaleras, es atendida por monjes ortodoxos. La profundidad del pozo es de 32 metros y se ofrece a los peregrinos una jarrita de agua, que derraman al interior para comprobar el tiempo de caída.

En la actualidad, y pese a que Nablus (Siquem) es mayoritariamente de religión musulmana, existe una pequeña comunidad samaritana que sigue reuniéndose para celebrar la Pascua en el monte Garizim, tal como refiere la mujer en la pregunta que le hace a Jesús.

Esta mujer samaritana, de la que habla el evangelio, es venerada como *santa Potina*. Según la tradición se retiró a Cartago con uno de sus hijos, y dio a conocer allí el Evangelio, muriendo en la cárcel bajo la persecución de Nerón.



Pequeñas lecciones de historia

El Cura de Ars (VI): El camino hacia el sacerdocio (1)

GERARDO MANRESA

FALLECIDA su madre, en febrero de 1811, ¿quién sería en adelante el abogado de la vocación de Juan María ante su padre? Pero, desde el cielo, la madre velaba y Mateo, su padre, permitió que Juan M^a marchara a Écully a casa del señor Balley.

Después de un año de recibir formación en casa del señor Balley, en el último semestre de 1812, se creyó que era el momento de que Juan M^a, ya de 24 años, siguiera el plan de estudios que se exigía para el sacerdocio: un año de Filosofía y dos años de Teología, estudiados en latín. Fue enviado al seminario menor de Verrières. El cardenal Fesch, arzobispo de Lyon y tío de Napoleón, lo había reabierto, sin contar con el permiso del Emperador. La primera vez que fue preguntado, en latín, en clase, Juan M^a confesó que no entendía el sentido de la lección y se quedó sin decir palabra. Las risas resonaron en la clase. Pero cómo no era el único que no entendía el latín se formó un grupito que recibió la enseñanza en francés.

A pesar de su buena voluntad, el nuevo seminarista entendía muy poco la filosofía y, aunque, tras nueve meses en el seminario menor escribía a su padre «en cuanto a mis estudios van mejor de lo que hubiera creído»; sin embargo «fue un alumno extremadamente flojo en sus estudios», según decían sus profesores. Por contra, Juan M^a podía expansionarse en la capilla con su amigo Jesús, que entiende de los silencios y de los latidos del corazón.

Allí encontró un compañero, algo más joven que él, con el que hizo gran amistad, que también tuvo problemas con sus estudios pero que era un gran devoto de la Virgen, Marcelino Champagnat, futuro fundador de los Hermanos Maristas.

El curso siguiente ya pasó al seminario de San Ireneo de Lyon donde volvió a encontrar a Marcelino y también a Colin, futuro fundador de la Sociedad de María: El seminario de Lyon después de la Revolución francesa fue un nido de grandes apóstoles que sembraron de monasterios y vocaciones la Iglesia francesa. Todos conocían al nuevo seminarista por «el recogimiento, la modestia, la abnegación de sí mismo, la penitencia llevada hasta la maceración, que se translucían en el exterior», frente la recomendación que hacía el cardenal Fesch de que los seminaristas «llevaran un porte eclesiástico, con el uso de cosmético en el cabello y uso de hebillas en los zapatos».

Desgraciadamente, según el señor Bezacier, «el resultado de sus estudios era nulo, pues no entendía bastante bien la lengua latina. Muchas veces yo mismo le di lecciones, que no acababa de coger. A pesar de ello,

su aplicación era continua». Todos sus compañeros sabían de su dificultad pero todos veían en él la entrega amorosa al estudio y su gran vida de piedad. El director del seminario quiso apoyarle más y le dio como ayuda al primer seminarista en estudios, cosa que le ayudó bastante, pues le hacía las explicaciones en francés, mas siendo el latín el idioma oficial de las clases, los profesores no le preguntaban para no humillarlo.

¡Cuánto tuvo que sufrir al ver la esterilidad de sus esfuerzos! Nadie como él deseaba el sacerdocio y nadie parecía estar más alejado. Para colmo de la pena, cinco o seis meses después, los directores, pensando que no podría salir adelante, le rogaron que se retirara. Su retirada causó un fuerte impacto entre sus compañeros. «El recuerdo de su humildad y de sus prudentes palabras al hablar con él en aquellas circunstancias, quedó profundamente gravado en mi espíritu», explicaba cincuenta años más tarde el cardenal Donnet. Ya que no podía ser sacerdote, decidió ser hermano. El señor Balley le recibió con los brazos abiertos y le aseguró que Dios lo había escogido para ser sacerdote y «yo quiero que continúes los estudios». Maestro y alumno, después de haber orado juntos, se pusieron manos a la obra. Él le explicaría todo lo necesario y ¡el Espíritu de Dios haría el resto!

Pasados tres meses, empezaban los exámenes canónicos y el señor Balley decidió presentar a su alumno, pues pensaba que como tenía 29 años, ya era hora de probar... y confiar en la Providencia. Introducido en la sala del tribunal, presidido por el canónigo Bochard, vicario general, el aspirante se quedó impresionado y desconcertado, entendió mal las preguntas que se le hicieron en latín y las contestó de forma incompleta. El tribunal, que conocía perfectamente el recto juicio y natural criterio del señor Balley, se quedó perplejo. Conocían los elogios que había hecho de la piedad y de la energía de su discípulo y se preguntaron si se podía rechazar a aquel seminarista de tan buena voluntad o al menos prorrogar su espera; decidieron declinar la responsabilidad del retraso y le concedieron la libertad de solicitar su admisión en otra diócesis, si algún obispo quería admitirle.

Aquel mismo día por la tarde, Juan M^a regresó a Écully, y explicó al señor Balley lo que habían decidido los superiores del seminario de Lyon. El señor Balley vio enseguida el peligro y no estaba dispuesto a que un futuro sacerdote con el celo apostólico de Juan pudiera acabar en otra diócesis; Juan M^a había de ser sacerdote de la diócesis de Lyon.

Esto ocurría en junio de 1814.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Benedicto XVI visita Malta

CON ocasión del 1950 aniversario del naufragio de san Pablo y la llegada de la fe a la isla de Malta, el papa Benedicto XVI visitó el archipiélago los pasados 17 y 18 de abril. A su llegada y tras reunirse con las más destacadas autoridades civiles del lugar, el Santo Padre se dirigió a la «gruta de San Pablo en Rabat». Allí Benedicto XVI recordó la paternidad espiritual de san Pablo para los malteses y les invitó «a aceptar el desafío apasionante de la nueva evangelización, a vivir de manera cada vez más plena la fe con los familiares y amigos, en los barrios y lugares de trabajo, así como en todo el tejido de la sociedad maltesa. (...) El mundo necesita este testimonio. Frente a tantas amenazas contra el carácter sagrado de la vida humana, y la dignidad del matrimonio y la familia, ¿no será necesario recordar constantemente a nuestros contemporáneos la grandeza de nuestra dignidad de hijos de Dios y la sublime vocación que hemos recibido en Cristo? ¿Acaso no necesita la sociedad recuperar y defender aquellas verdades morales fundamentales que son la base de la auténtica libertad y del genuino progreso?»

Al día siguiente, el Papa ofició la santa Misa ante la iglesia de San Publio de Floriana donde, durante la homilía, exhortó al pueblo maltés a perseverar en la fe, poner la confianza en Dios y seguir sus enseñanzas para obtener grandes frutos. «No todo lo que el mundo de hoy propone es digno de ser asumido por el pueblo maltés. Muchas voces tratan de convencernos de dejar de lado nuestra fe en Dios y su Iglesia, y elegir por nosotros mismos los valores y las creencias con que vivir. Nos dicen que no tenemos necesidad de Dios o de la Iglesia. (...) También nosotros nos sentimos tentados por la idea de que la avanzada tecnología de hoy puede responder a todas nuestras necesidades y nos salva de todos los peligros que nos acechan. Pero no es así. En cada momento de nuestras vidas dependemos completamente de Dios, en quien vivimos, nos movemos y existimos. Sólo él nos puede proteger del mal, sólo él puede guiarnos a través de las tormentas de la vida, sólo él puede llevarnos a un lugar seguro.»

Por la tarde, Benedicto XVI se trasladó al Puerto Grande de La Valletta para encontrarse con los jóvenes. Durante su encuentro con la juventud, el Santo Padre se hizo eco de aquellas palabras de Juan Pa-

blo II que tantas veces salen en la Escritura: «¡No tengáis miedo!». «Cada encuentro personal con Jesús es una experiencia sobrecogedora de amor. (...) Dios ama a cada uno de nosotros con una profundidad y una intensidad que no podemos ni siquiera imaginar. Él nos conoce íntimamente, conoce cada una de nuestras capacidades y cada uno de nuestros errores. Puesto que nos ama tanto, desea purificarnos de nuestros errores y fortalecer nuestras virtudes de manera que podamos tener vida en abundancia. (...) Este amor perfecto aleja todo temor (cf. 1 Jn 4,18). Por eso os digo a todos vosotros: «No tengáis miedo. (...) A los que deseáis seguir a Cristo, como esposos, padres, sacerdotes, religiosos o fieles laicos que llevan el mensaje del Evangelio al mundo, os digo: No tengáis miedo. Encontraréis ciertamente oposición al mensaje del Evangelio. (...) Por eso, os repito: No tengáis miedo, sino alegraos del amor que os tiene; fíaos de Él, responded a su invitación a ser sus discípulos, encontrad alimento y ayuda espiritual en los sacramentos de la Iglesia. (...) ¡No tengáis miedo de ser amigos íntimos de Cristo!»

En sus palabras de despedida, el Papa animó a los malteses a sentirse orgullosos de su vocación cristiana y a mantener su herencia religiosa y cultural, marcada por la predicación de San Pablo.

Fieles de todo el mundo se acercan a ver la Sábana Santa

DESDE el pasado 10 de abril y hasta el 23 de mayo, la Síndone de Turín volverá a ser expuesta a la veneración de los fieles de todo el mundo. De hecho, ya son casi un millón y medio los pases reservados para visitar el Sudario Santo, mayoritariamente por fieles italianos pero no exclusivamente ya que también está previsto que se acerquen a Turín franceses, alemanes, españoles, suecos, polacos, rusos, americanos, asiáticos, africanos y australianos.

Uno de los peregrinos de honor será el papa Benedicto XVI, que venerará la Sábana Santa el 2 de mayo. A este acontecimiento se refirió durante el rezo del Regina Caeli desde Castel Gandolfo congratulándose por el vasto movimiento de peregrinos suscitado por la Ostensión así como por los estudios y reflexiones que surgirán a partir de ella, siendo todo ello una llamada extraordinaria hacia el miste-

rio del sufrimiento de Cristo. «Auguro que este acto de veneración ayude a todos a buscar el Rostro de Dios, que fue la aspiración íntima de los Apóstoles, como también la nuestra.»

A todos los peregrinos el cardenal Severino Poletto, arzobispo de Turín y custodio de la Sábana Santa, recuerda que «la ostensión es ante todo un acontecimiento espiritual». «Los frutos que auguro de esta ostensión –afirmó el cardenal– son la conversión del corazón y la ayuda concreta ofrecida a los demás».

«Estamos en el último capítulo de la historia»

CON esta afirmación el cardenal Rouco, en una entrevista concedida al semanario *Alfa y Omega* situaba recientemente el contexto en el que deben interpretarse los repetidos ataques que la Iglesia, con el Santo Padre a la cabeza, está sufriendo en estos últimos tiempos.

Coincidiendo con el quinto aniversario de la subida al solio pontificio del papa Benedicto XVI, numerosos medios de comunicación internacionales han recrudecido sus campañas de enfrentamiento y difamación de la Iglesia. Pero «la Iglesia –recordaba el cardenal Rouco–, a la luz del Apocalipsis, sabe con certeza que va a ser combatida por el Príncipe de este mundo, y por todas las fuerzas del mal, que han sido en raíz vencidas, pero aún no de forma total. Esa explicación teológica de los últimos tiempos está vigente.» Sólo desde este punto de vista, con un marcado carácter preternatural, puede entenderse la actual oposición del «mundo» a la buena nueva que predica la Iglesia.

Llama la atención –prosigue el cardenal Rouco– «por qué molesta tanto el magisterio –coherente, claro, luminoso– del Santo Padre, esa cualidad tan suya de transmitir la fe y el Evangelio, de aplicarlas a la sociedad de nuestro tiempo de forma intelectualmente inobjetable, utilizando un estilo literario, un estilo humano, que hace su magisterio extraordinariamente sencillo y, a la vez, hondo, profundo y bello». Llama la atención por qué molesta tanto el magisterio de un Papa que, conociendo «la coyuntura cultural y espiritual del hombre contemporáneo: sus dudas y depresiones, su angustia existencial, su desorientación moral, su escepticismo religioso, sus miedos ante un futuro histórico después de la soterrada –o abierta– decepción sobrevenida por las crisis de los modelos de desarrollo, acusadamente materialistas y agnósticos, propuestos para «el después» de la caída del Muro de Berlín», se presenta ante el mundo como «un sencillo y humilde trabajador de la viña del Señor». Llama verdaderamente la atención este continuo ataque a una institución que, ade-

más de proponerse la salvación de todos los hombres, es la única que defiende íntegramente todos los valores universales de la humanidad (la vida, el matrimonio, la mujer, la familia, la educación, el trabajo, la cultura, la paz, etc.) de tal manera que, como afirmaba Pío XI en la *Ubi arcano*, la Iglesia, «aunque por ordenación divina entiende directamente en los bienes espirituales e imperecederos, sin embargo, por la estrecha conexión que reina en todas las cosas, es tanto lo que ayuda a la prosperidad aun terrena, lo mismo de los individuos que de la sociedad, que más no ayudaría si para fomentarla hubiera sido primariamente instituida.»

Por eso, concluye el cardenal Rouco, esta lucha contra el mortal enemigo de la naturaleza humana «sólo se vence con el ayuno, la oración, la penitencia» porque ya nos advirtió Jesús que «esta clase de demonios se expulsa sólo con la oración» (Mc 9,29) ... «Y con el testimonio claro de una vida en la caridad de Cristo».

Hacia la beatificación de diecisiete mártires de Laos

Al finales del siglo XIX llegaron al pequeño estado de Laos para anunciar el Evangelio el primer grupo de sacerdotes de las Misiones Extranjeras de París a los que se les unieron, hacia los años treinta del siglo XX, los Oblatos de María Inmaculada. Sin embargo, la misión comenzada en Laos fue pronto perseguida, especialmente desde el ascenso al poder del partido comunista en 1975, año en que se expulsó del país a todos los misioneros extranjeros y cuyo exclusión se mantiene hasta el día de hoy, de tal manera que no le es posible entrar ni desarrollar su labor en el país a ningún instituto religioso internacional con miembros extranjeros.

Sin embargo, a pesar de las terribles amenazas, algunos misioneros decidieron continuar con su labor evangelizadora. Entre ellos se encuentran once religiosos y laicos extranjeros que junto a seis laosianos fueron muertos entre 1954 y 1970 por odio a la fe y que podrían ser declarados beatos próximamente después de la reciente conclusión de la fase diocesana de quince de ellos en Francia y seguir su curso la de los otros dos, ya en la fase romana. Se trata de cinco religiosas francesas, cinco miembros de la Sociedad para las Misiones Extranjeras de París (MEP), cinco laosianos (un sacerdote, el P. José Tiên, y cuatro laicos), un misionero italiano de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada y un catequista laosiano de etnia hmong. El padre José Tiên y sus compañeros son los primeros cristianos autóctonos de Laos que tienen abierta una causa de beatificación.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

La actualidad que vivimos está marcada por el arreciar de ataques a la Iglesia y, muy en especial, al Papa. Que ha habido y hay sacerdotes indignos que han cometido abusos sexuales es algo que precisamente Benedicto XVI no sólo ha reconocido, sino que ha actuado enérgicamente para atajarlo, sabiendo también que los hombres somos pecadores, capaces también de tan horribles actos. No obstante, las denuncias de buena parte de la prensa no van dirigidas a los culpables (hace pocos meses, el director de cine Roman Polanski era defendido casi universalmente contra quienes quieren llevarlo a un tribunal por un delito de violación de una menor presentándolo como un mártir de la intolerancia), sino contra un Papa y una Iglesia que el Occidente apóstata, se comprende, detestan. Traemos a nuestras páginas tres artículos, por orden cronológico, que abordan la cuestión con valentía y clarividencia. El primero es la carta que Marcello Pera envió al Corriere della Sera el 17 de marzo pasado, señalando el verdadero combate que se esconde en esta cuestión. Seguimos con el artículo de Alejandro Navas, publicado en el Diario de Navarra, y que señala algo que se quiere silenciar por completo, la progresiva erotización de nuestra sociedad y el ambiente en que la pedofilia ha adquirido una dimensión importante. Por último, Juan Manuel de Prada, desde las páginas de ABC, glosa el quinto aniversario del pontificado de Benedicto XVI a la luz de la teología de la historia, algo que desde Cristiandad nos parece decisivo para comprender en todo su alcance lo que estamos viviendo.

Carta de Marcello Pera al director del «Corriere della Sera»

Estimado director:

La cuestión de los sacerdotes pedófilos u homosexuales desencadenada últimamente en Alemania tiene como objetivo al Papa. Pero se cometería un grave error si se pensase que el golpe no irá más allá, dada la enormidad temeraria de la iniciativa. Y se cometería un error aún más grave si se sostuviese que la cuestión finalmente se cerrará pronto como tantas otras similares. No es así. Está en curso una guerra. No precisamente contra la persona del Papa ya que, en este terreno, es imposible. Benedicto XVI ha sido convertido en invulnerable por su imagen, por su serenidad, su claridad, firmeza y doctrina. Basta su sonrisa mansa para desbaratar un ejército de adversarios.

No, la guerra es entre el laicismo y el cristianismo. Los laicistas saben bien que, si una mancha de fango llegase a la sotana blanca, se ensuciaría la Iglesia, y si fuera ensuciada la Iglesia lo sería también la religión cristiana. Por esto, los laicistas acompañan su campaña con preguntas del tipo «¿quién más llevará a sus hijos a la iglesia?», o también «¿quién más mandará a sus chicos a una escuela católica?», o aun también «¿quién hará curar a sus pequeños en un hospital o una clínica católica?».

Hace pocos días una laicista ha dejado escapar la intención. Ha escrito: «La entidad de la difusión del abuso sexual de niños de parte de sacerdotes socava la misma legitimidad de la Iglesia católica como garante de la educación de los más pequeños». No importa que esta sentencia carezca de pruebas, porque se esconde cuidado-

samente «la entidad de la difusión»: ¿uno por ciento de sacerdotes pedófilos?, ¿diez por ciento?, ¿todos? No importa ni siquiera que la sentencia carezca de lógica: bastaría sustituir «sacerdotes» con «maestros», o con «políticos», o con «periodistas» para «socavar la legitimidad» de la escuela pública, del parlamento o de la prensa. Lo que importa es la insinuación, incluso a costa de lo grosero del argumento: los sacerdotes son pedófilos, por tanto la Iglesia no tiene ninguna autoridad moral, por ende la educación católica es peligrosa, luego el cristianismo es un engaño y un peligro.

Esta guerra del laicismo contra el cristianismo es una batalla campal. Se debe llevar la memoria al nazismo y al comunismo para encontrar una similar. Cambian los medios, pero el fin es el mismo: hoy como ayer, lo que es necesario es la destrucción de la religión. Entonces Europa pagó a esta furia destructora el precio de la propia libertad. Es increíble que, sobre todo Alemania, mientras se golpea continuamente el pecho por el recuerdo de aquel precio que ella infligió a toda Europa, hoy, cuando ha vuelto a ser democrática, olvide y no comprenda que la misma democracia se perdería si se aniquilase el cristianismo.

La destrucción de la religión comportó, en ese momento, la destrucción de la razón. Hoy no comportará el triunfo de la razón laicista, sino otra barbarie. En el plano ético, es la barbarie de quien asesina a un feto porque su vida dañaría la «salud psíquica» de la madre. De quien dice que un embrión es un «grumo de células» bueno para experimentos. De quien asesina a un anciano porque no tiene más una familia que lo cuida.

De quien acelera el final de un hijo porque ya no está consciente y es incurable. De quien piensa que «progenitor A» y «progenitor B» es lo mismo que «padre» y «madre». De quien sostiene que la fe es como el coxis, un órgano que ya no participa en la evolución porque el hombre ya no tiene necesidad de la cola y se mantiene erguido por sí mismo.

O también, para considerar el lado político de la guerra de los laicistas al cristianismo, la barbarie será la destrucción de Europa. Porque, abatido el cristianismo, queda el multiculturalismo, que sostiene que cada grupo tiene derecho a la propia cultura. El relativismo, que piensa que cada cultura es tan buena como cualquier otra. El pacifismo que niega que exista el mal.

Esta guerra al cristianismo no sería tan peligrosa si los cristianos la advirtiesen. En cambio, muchos de ellos participan de esa incompreensión. Son aquellos teólogos frustrados por la supremacía intelectual de Benedicto XVI. Aquellos obispos equívocos que sostienen que entrar en compromisos con la modernidad es el mejor modo de actualizar el mensaje cristiano. Aquellos cardenales en crisis de fe que comienzan a insinuar que el celibato de los sacerdotes no es un dogma y que tal vez sería mejor volver a pensarlo. Aquellos intelectuales católicos apocados que piensan que existe una «cuestión femenina» dentro de la Iglesia y un problema no resuelto entre cristianismo y sexualidad. Aquellas conferencias episcopales que equivocan su orden del día y, mientras auspician la política de las fronteras abiertas a todos, no tienen el coraje de denunciar las agresiones que los cristianos sufren y las humillaciones que son obligados a padecer por ser todos, indiscriminadamente, llevados al banco de los acusados. O también aquellos embajadores venidos del Este, que exhiben un ministro de exteriores homosexual mientras atacan al Papa sobre cada argumento ético, o aquellos nacidos en

el Oeste, que piensan que el Occidente debe ser «laico», es decir, anticristiano.

La guerra de los laicistas continuará, entre otros motivos porque un papa como Benedicto XVI, que sonríe pero no retrocede un milímetro, la alimenta. Pero si se comprende por qué no cambia, entonces se asume la situación y no se espera el próximo golpe. Quien se limita solamente a solidarizarse con él es uno que ha entrado en el huerto de los Olivos de noche y a escondidas, o quizás es uno que no ha entendido para qué está allí.

El caldo de cultivo de la pedofilia, por Alejandro Navas

Hace veinticinco años, el partido de Los Verdes de Renania Westfalia pidió la supresión de los artículos 174 a 176 del Código Penal alemán, relativos a los abusos sexuales en situación de dependencia y a la pedofilia. Para justificar esa petición se decía: «La sexualidad practicada de común acuerdo es una forma de comunicación entre seres humanos de cualquier edad, sexo, religión o raza, y debe estar a salvo de toda limitación». El sexo con niños «resulta para ambas partes agradable, productivo, estimula el desarrollo; en resumen: es algo positivo». «Las relaciones sexuales entabladas de mutuo acuerdo no se deben criminalizar... No es aceptable que se amenace con penas de hasta diez años de prisión a adultos que se toman en serio los deseos sexuales de niños y adolescentes y mantienen con ellos relaciones amorosas». Ese texto se modificó posteriormente, pero de entrada se aprobó con 76 votos a favor y 53 en contra y pasó a formar parte del programa del partido. El caso de los verdes alemanes no constituye un hecho aislado. En el contexto de la revolución sexual de los sesenta y de la convergencia de planteamientos inspirados en Marx y en Freud, socavar los viejos tabúes de la moral sexual tradicional parecía

un objetivo inseparable de la lucha contra el orden social capitalista-burgués. El fenómeno rebasa el ámbito de la política y se hace perceptible en la pedagogía y en la cultura en general. La erosión de los viejos valores se convierte en un elemento central del programa educativo antiautoritario y emancipador.

El hecho es que la exaltación de la sexualidad en todas sus modalidades implica admitir la pedofilia, en la teoría y en la práctica. Muchos experimentos de «estilos alternativos de vida», que proliferan durante los años setenta y ochenta en Occidente, con esas comunas en las que, en principio, todo se compartía, también incluían la iniciación sexual de los pequeños.

Conocemos el estrepitoso fracaso de esas fórmulas sociales pretendidamente revolucionarias, pero parece que nos cuesta extraer todas las lecciones que nos brinda su experiencia. Si se ponen determinadas causas, resulta inevitable que se sigan los efectos correspondientes. Ante los escandalosos sucesos de pedofilia que ocupan la atención pública de diversos países es de rigor la aplicación de la tolerancia cero y, en consecuencia, el castigo penal de los responsables. Parece igualmente oportuno revisar y endurecer códigos y reglamentos allí donde la legislación era demasiado laxa o dejaba inquietantes zonas de sombra.

Y además de atender a las víctimas y castigar a los culpables, es urgente adelantarse y trabajar en la prevención. Si no se incide en los factores culturales y educativos que, en buena medida, están en el origen de esos lamentables incidentes, gastaremos nuestra energía en perseguir efectos sin atacar las causas que los producen. La promiscuidad sexual como programa y como forma de vida tiene consecuencias. Algunas manifestaciones de la ideología de género, herederas de la revolución de los sesenta, pretenden haber dejado atrás los conceptos de naturaleza y de normalidad. Incluso la

idea de identidad de género, construcción socio-cultural con que se intenta desplazar al sexo biológico, llega a estorbar, pues la mera noción de identidad impone limitaciones. Ahora priman conceptos como el de «transición»: no hay una identidad estable, sino un juego libre de transiciones, ayudadas o no por la cirugía y los tratamientos hormonales. El papel lo soporta todo, pero la realidad es notoriamente tozuda (ahí siguen sin inmutarse los virus y bacterias responsables de la extensión casi epidémica de las infecciones de transmisión sexual, que van a lo suyo al margen de lo políticamente correcto).

Se entiende, por ejemplo, que el gobierno inglés se muestre consternado por los numerosos casos de abusos físicos y sexuales producidos en los famosos internados británicos. Pero se entiende menos que, simultáneamente, ese mismo gobierno y el parlamento saquen adelante una ley de familia, infancia y educación que, pasando por encima de la voluntad de los padres, establece la educación sexual a partir de los cinco años de edad, con un enfoque que apunta de modo inevitable a la sexualización de la infancia. Otro ejemplo: el gobierno suizo va a distribuir millón y medio de preservativos de tamaño reducido, para uso de los chicos de doce años.

La ministra sueca de educación declaraba en los años sesenta: «Hay que enseñar a la gente a servirse de su sexo como a manejar los cubiertos. Cuando se sabe estar a la mesa, no se piensa más en ello. Con el sexo debe pasar lo mismo, no plantearse más el problema. Por otra parte, nada está mal, nada es anormal». Quien siembra vientos, desde luego, recoge tempestades.

Cinco años de Benedicto XVI, por Juan Manuel de Prada

En un artículo muy atinado que el semanario *Alfa y Omega* co-

mentaba el pasado jueves, el vaticanista Sandro Magister reflexionaba sobre los cinco años de papado de Benedicto XVI a la luz de una paradoja recurrente: allá donde el Papa más se ha esforzado por ejercitar de forma inequívoca su misión de guía ha sido precisamente donde de forma más agria y belicosa se le ha combatido, en un intento desquiciado por negar ese esfuerzo. En donde se demuestra que hemos alcanzado ese último capítulo de la historia en que la ofuscación de nuestra capacidad de juicio nos permite llamar luz a las tinieblas y tinieblas a la luz, según profetizara Isaías. Sólo así se explica que un Papa que invita a predicar en un sínodo a un rabino judío sea caracterizado como un enemigo de los judíos. Sólo así se explica que un Papa que se ha esforzado por presentar a Dios como logos, que se ha preocupado por trabar diálogo con el pensamiento filosófico de su época haya tenido que renunciar a visitar una universidad. Sólo así se explica que el Papa que ha incorporado a la comunión a un sector del anglicanismo y limado asperezas con las iglesias ortodoxas sea tildado de antiecuménico. Sólo así se explica que un Papa que se ha esforzado por revitalizar el legado del Concilio Vaticano II, favoreciendo su injerto en el tesoro de la Tradición, sea acusado de retrógrado. Y, en fin, sólo así se explica que un Papa que desde el comienzo de su pontificado, y aun antes, se ha empleado con denuedo en combatir la suciedad que anida en el seno de la Iglesia, adoptando medidas quirúrgicas sin que jamás le haya temblado el pulso y extremando el celo en el escrutinio de las vocaciones religiosas, haya sido acusado sin pruebas (o con pruebas tergiversadas de forma soez) de amparar abusos sexuales, en una campaña desquiciada que pretende presentarlo ante el mundo como un delincuente.

Y todo ello, ¿por qué? El cardenal Rouco, en una magnífica

entrevista publicada en la misma entrega del semanario *Alfa y Omega*, nos ofrece una respuesta de gran hondura teológica que, con desdichada frecuencia, los propios católicos prefieren soslayar. El Papa, como pastor supremo de la Iglesia, es el encargado de guiarla hacia su consumación en el Reino. «Y la Iglesia, a la luz del Apocalipsis –prosigue Rouco–, sabe con certeza que va a ser combatida por el Príncipe de este mundo y por todas las fuerzas del mal, que han sido en raíz vencidas, pero aún no de forma total. Esa explicación teológica de los últimos tiempos –con el anti-Cristo, el contra-Cristo– está vigente». Y, a continuación, Rouco traza una panorámica de la historia del pontificado en los siglos recientes, en los que el intento de imponer «una forma de ver la persona, la sociedad y la comunidad política radicalmente secular, e incluso opuesta a Dios», se ha tropezado siempre con el escollo de la Iglesia católica, organizada en torno a su pastor supremo. Así se explica que «la cruz del martirio» haya acompañado la vida de todos los papas a partir de la Revolución; y así se explica que, a medida que ese intento de imposición se hace más hegemónico, el martirio del Papa se haga más afflictivo. Rouco, en fin, nos está hablando de ese tiempo de la «gran tribulación» sobre el que nos advirtió san Pablo; un tiempo –el último capítulo de la Historia– en el que la Iglesia sufrirá tenaz persecución, antes de su victoria definitiva.

Sin esta lectura teológica, las mistificaciones en torno a su magisterio y los virulentos ataques que en estos cinco años ha sufrido Benedicto XVI se tornan ininteligibles. Resulta gratificante y reparador que Rouco lo haya expuesto, para consuelo de los católicos, de forma tan lúcida: porque sólo se puede tener esperanza en la victoria definitiva cuando se conoce la naturaleza verdadera de la tribulación.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



Esperando juntos
Autor: David Gritz; Jonah Lynch
Editorial: Rialp
228 páginas
Precio: 17,00 €
Esperando juntos narra la profunda amistad entre dos estudiantes universitarios agnósticos, expresada a través de las cartas que se escribieron. En pocos años, uno será sacerdote católico y el otro profundizará en sus raíces hebreas, hasta compartir la suerte trágica de su pueblo y morirá en un atentado en Jerusalén. El libro es un testimonio de búsqueda de Dios,

de amistad y de esperanza.



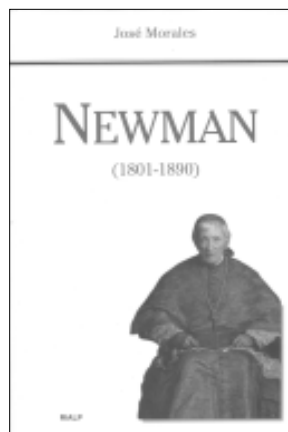
La oración eucarística en la vida sacerdotal
Autor: Gonzalo Aparicio Sánchez
Editorial: Edibesa
357 páginas
Precio: 12,75 €

Quien se adentre en las páginas de estos escritos espirituales, máxime si es sacerdote, descubrirá que la oración es la fuente de donde brota y se alimenta el fuego apostólico de los verdaderos discípulos del Señor. El autor retoma el testigo de los grandes padres sacerdotales para reavivar las ansias espirituales de los actuales presbíteros. Se pregunta: «¿Qué pasaría en la Iglesia, en el mundo entero, si los sacerdotes se animasen u obligasen a tener todos los días una hora de oración?».



Los rituales secretos de la Masonería anticristiana
Autor: Ricardo de la Cierva
Editorial: Fénix
301 páginas
Precio: 19,80 €
Mientras la Iglesia católica se mantiene firme en el rechazo total a la Masonería, las sectas masónicas tratan de introducirse en la actividad religiosa. Por ello, el autor de este libro analiza la posición totalmente anticristiana de los principales grados masónicos dentro, sobre todo, de los Altos Grados que se presentan

con un origen falsamente cristiano y que, en realidad, representan una infiltración del paganismo en las estructuras religiosas de nuestro pueblo.



Newman (1801-1890)
Autor: José Morales
Editorial: Rialp
480 páginas
Precio: 29,00 €
La rica personalidad de John Henry Newman se hace presente en la Iglesia del siglo XXI. Newman –actualmente camino de los altares– comprendió bien la importancia de difundir una cultura cristiana, promovió la formación de los sacerdotes y acertó a descubrir las falacias del liberalismo desde una honda comprensión de lo profano. Quien fue un gran intelectual fue

también un hombre santo.

CONTRAPORTADA

Himno al padre Hoyos

Texto y música: Manuel Lizárraga

¿Quién dio a la España la rue - va a - le - gre de los a
- mo - res del Sal - va - dor? ¿Quién fue el pri - me - ro que i - zó la en -
se - ña en san - gren - ta del Co - ra - zón? Fué el Pa - dre
Ho - yos, que en San Am - bro - sio del mis - mo Cris - to la re - ci
- bió. Fué el Pa - dre bió.

2. Jesús le dice: Soy de Bernardo,
Bernardo dice: Soy de Jesús;
mas sólo quiero que me regales
con las espinas y con la cruz;
pues por la herida me estás diciendo
que de este modo me amaste Tú.

3. Contra este exceso de amor al hombre
todo el infierno vendrá a luchar:
No temas, Hoyos, estoy contigo;
la España a Cristo conquistarás.
Esto a Bernardo dijo el Arcángel
del fuerte ejército celestial.

4. Son mucho suyos los serafines,
y a veces ama tanto a su Dios,
que ni con ellos, aunque quisieran,
Hoyos trocara su Corazón;
mas no es extraño, si en él grabada
tiene la imagen del Redentor.

5. Gonzaga y Kostka le acariciaban,
que Hoyos otro ángel como ellos es;
serle propicios le prometieron
en sus empresas el gran Javier,
Ignacio y Sales, y aquel apóstol,
que más amado de Cristo fue.

6. Teresa, Pazzis y Margarita
miran en Hoyos al Benjamín
de los amores, que el Dios del Cielo
en este suelo quiso infundir;
y oye a Gertrudis que era llegado
el ya predicho tiempo feliz.

7. Dase a María por vil esclavo,
y la que es Madre del mismo Dios,
por hijo amante también recibe
al hijo amado del Corazón;
y le promete las aguas vivas
darnos de aquella fuente de amor.

8. Tu pecho abierto, a Jesús dice
ha medio siglo que ve el francés.
¿Por qué mi patria, tu amada España,
se halla privada de tanto bien?
Con mayor gloria, Jesús responde:
En esta España yo reinaré.

9. El Padre, el Hijo y el Santo Espíritu
sus complacencias tienen en Ti:
y tú en retorno de amor les pagas
con los ardores de un serafín;
prenda en mi pecho llama tan viva,
para que pueda de amor morir.